ELLY Griffiths

EL SECRETO DEL CONTRABANDISTA

LOS MISTERIOS DE JUSTINA JONES

MAEVA young

ELLY
Griffiths

EL SECRETO DEL CONTRABANDISTA

LOS MISTERIOS DE JUSTINA JONES

MAEVA young

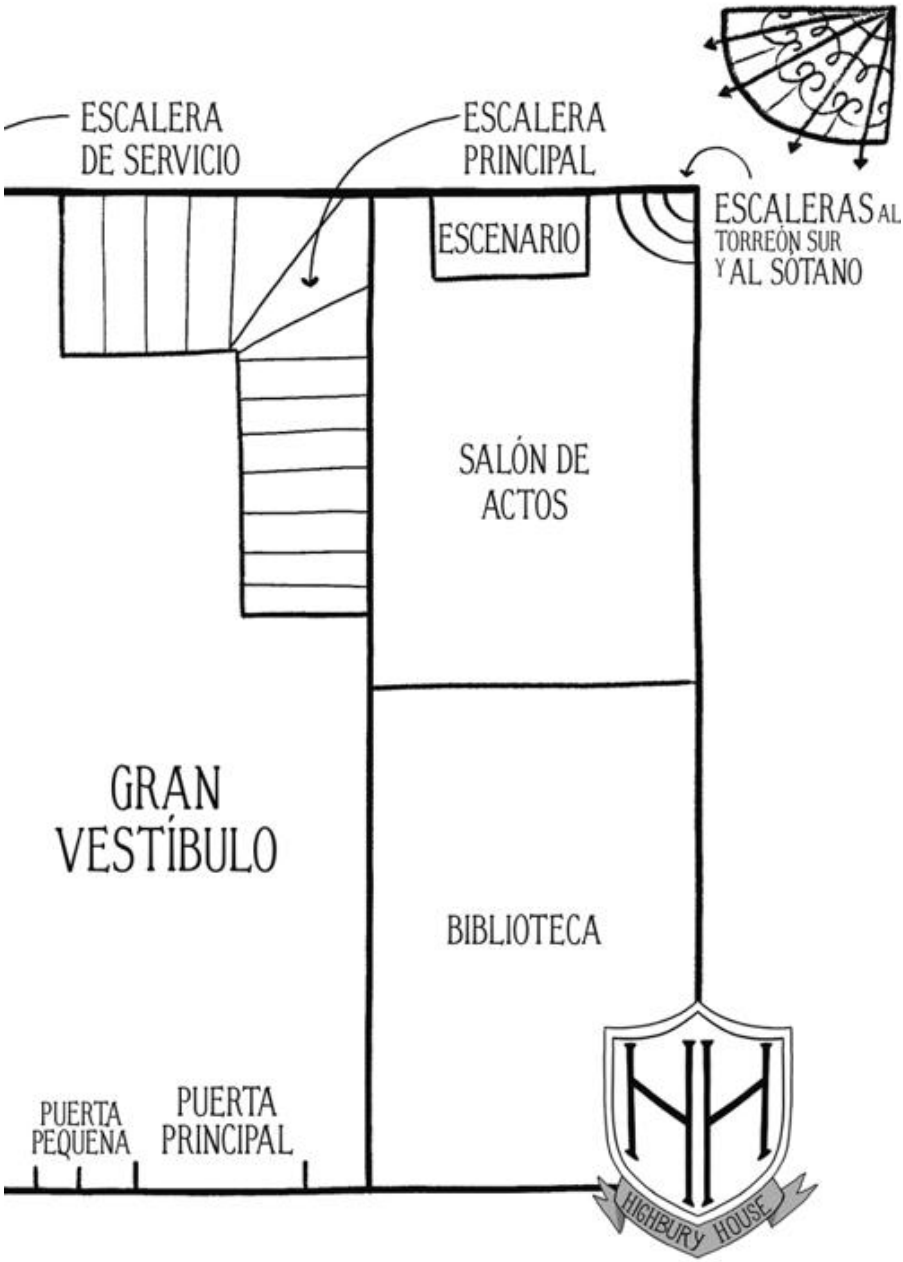
Índice

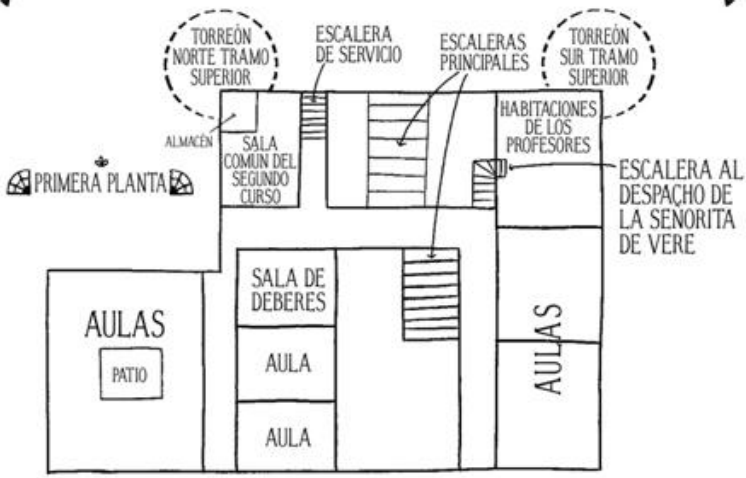
Portada
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Notas
Agradecimientos
Créditos

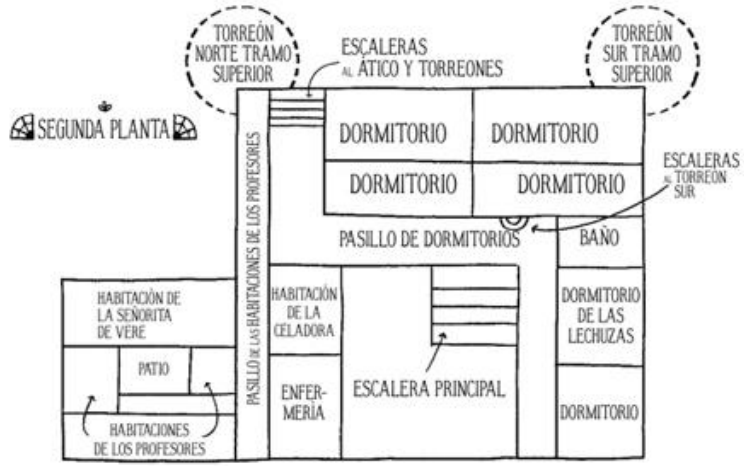
Para Gabriella y Rafael Brown

HIGHBURY HOUSE

Escuela para señoritas de buena familia


ESCALERA
DE SERVICIO
ESCALERA
PRINCIPAL
ESCENARIO
ESCALERAS AL
TORREÓN SUR
Y AL SÓTANO
SALÓN DE
ACTOS
GRAN
VESTÍBULO
BIBLIOTECA
PUERTA
PEQUEÑA
PUERTA
PRINCIPAL
HIGHBURY HOUSE


TORREÓN NORTE TRAMO SUPERIOR
ESCALERA DE SERVICIO
ESCALERAS PRINCIPALES
TORREÓN SUR TRAMO SUPERIOR
ALMACÉN
SALA COMÚN DEL SEGUNDO CURSO
HABITACIONES DE LOS PROFESORES
PRIMERA PLANTA
ESCALERA AL DESPACHO DE LA SEÑORITA DE VERE
SALA DE DEBERES
AULAS
PATIO
AULA
AULA
AULAS


TORREÓN NORTE TRAMO SUPERIOR
ESCALERAS AL ÁTICO Y TORREONES
TORREÓN SUR TRAMO SUPERIOR
SEGUNDA PLANTA
DORMITORIO
DORMITORIO
DORMITORIO
DORMITORIO
ESCALERAS AL TORREÓN SUR
PASILLO DE DORMITORIOS
BAÑO
PASILLO DE LAS HABITACIONES DE LOS PROFESORES
HABITACIÓN DE LA SEÑORITA DE VERE
HABITACIÓN DE LA CELADORA
DORMITORIO DE LAS LECHUZAS
PATIO
ENFERMERÍA
ESCALERA PRINCIPAL
DORMITORIO
HABITACIONES DE LOS PROFESORES

HIGHBURY HOUSE

Escuela para señoritas de buena familia

Personal del colegio

Directora Señorita Dolores de Vere

Subdirectora y profesora de Latín Señorita Brenda Bathurst

Profesora de Matemáticas Señorita Edna Morris Profesora de Lengua Señorita Susan Crane Profesora de Historia Señorita Ada Hunting Profesora de Ciencias y Arte Culinario Señorita Eloise Loomis Profesora de Dramaturgia y Oratoria Señorita Joan Balfour Profesora de Música y Geografía Señorita Myfanwy Evans Profesor de Francés Monsieur Jean-Maurice Pierre Profesora de Educación Física Señorita Margaret Heron Celadora Señorita Maureen Robinson

Ama de llaves Señora Jean Hopkirk

Jardinero y Mantenimiento Señor Robert Hutchins Doncella Dorothy

Segundo Curso de Highbury House

Tutora: señorita Morris

Alicia Butterfield Elizabeth Moore
Moira Campbell Freda Saxon-Johnson

Cecilia Delaney Leticia Smith
Eva Harris-Brown Susan Smythe
Stella Goldman Rose Trevellian-Hayes

Joan Kirby Nora Wilkinson
Justina Jones

Enero de 1937

La siniestra silueta de Highbury House se iba acercando cada vez más y más. Justina pensó que, ahora que conocía el lugar, aquellos torreones y los muros espeluznantes del edificio ya no poseían la fuerza necesaria para infundirle miedo. Pero, de todos modos, el colegio presentaba una imagen sobrecogedora, erguido, allí, con las luces del atardecer, surgiendo en medio de las marismas, con unos pájaros —o probablemente murciélagos— revoloteando alrededor de las cuatro torres. Aún quedaba algo de nieve, aunque en Londres las calles llevaban limpias muchas semanas. Justina se alegraba de que su padre hubiera decidido acompañarla; iba canturreando una cancioncilla, con las manos relajadas y apoyadas en el volante. Era muchísimo mejor que la primera vez que llegó al internado, pues en aquella ocasión había ido sola en un taxi que conducía el siniestro Nye.

—¿Cómo estás? —preguntó su padre, como si hubiera adivinado lo que pensaba.

—Bien —contestó la niña—. Estoy deseando volver a ver a Stella y a Dorothy.

—Stella es una niña encantadora —dijo su padre. Había estado en casa en Navidad.

—Sí —dijo Justina—. Aunque a veces es un poco reacia a saltarse las normas del colegio.

Su padre hizo una mueca.

—Procura no saltarte demasiadas reglas este trimestre, Justina.

Estaban ya cruzando la gran verja del colegio, que estaba abierta, aunque por lo general se encontraba cerrada a cal y canto. El cartel que colgaba de la cancela decía, en implacables letras negras:

HIGHBURY HOUSE

INTERNADO PARA SEÑORITAS DE BUENA FAMILIA

Mientras avanzaban poco a poco por el interminable camino que conducía al colegio, se cruzaron con algunos coches que, probablemente, ya habían dejado allí a otras niñas: un Rolls Royce, con una banderita en el capó, que debía de ser de los padres de Rose; una camioneta que conducía un hombre que era igualito que Nora —hasta en las gafas torcidas— y varios vehículos normales con padres de buenas familias dentro.

El padre de Justina aparcó delante de las grandes puertas de roble. Ella salió, con su bolsa de viaje en la mano, y sintió un escalofrío por culpa del viento gélido. Hutchins, el hombre-para-todo del colegio, apareció de repente, sin saber de dónde, y se encargó del baúl de Justina. Para su sorpresa, el hombre le dio una palmadita en el gorro y le dijo: —Bienvenida de nuevo, señorita.

—Gracias —contestó ella—. Espero que haya pasado una buena Navidad.

—Sí, gracias, señorita. —Hutchins se alejó dando trompicones. El padre de Justina la tomó del brazo y juntos entraron al enorme vestíbulo del colegio, con sus armaduras y sus retratos de la familia Highbury, muertos hacía mil años. Había una mujer, con indumentaria de enfermera, junto a la chimenea encendida.

—Tú debes de ser Justina Jones —se presentó—. Soy la nueva celadora. Puedes llamarme señorita Robinson.

Justina no se atrevió a contestar enseguida, porque la mujer era casi la cosa más terrorífica que había visto en su vida. Era alta y delgada, con el pelo negro recogido atrás en un moño riguroso, y tenía una nariz y una barbilla prominentes, como los dibujos de brujas que hacen los niños. El padre de Justina se quitó el sombrero educadamente.

—Buenas tardes, señorita Robinson. Soy Herbert Jones, el padre de Justina.

La celadora inclinó la cabeza con una amable reverencia.

—Encantada de conocerle, señor Jones. Justina, ¿tienes tu certificado de salud?

La muchacha revolvió en su bolsa de mano y lo sacó. Sabía que había llegado el momento de despedirse de su padre y solo quería que ese momento pasara cuanto antes.

—Adiós, papá —se despidió—. Espero que tengas algunos juicios de asesinatos jugosos. —La señorita Robinson se apartó un poco. Y Justina se lo agradeció.

—Adiós, Justina. —Le dio un beso y un abrazo rápido—. Que tengas un buen trimestre. Te quiero.

—Yo también te quiero —dijo—. No olvides enviarme alguna «caja de contrabando».

No esperó para ver marcharse a su padre. Se dirigió a la puerta del fondo del vestíbulo, subió por la escalera de servicio y, recorriendo la larga galería, se encaminó hacia los dormitorios. Le pareció que había algo agradable en el hecho de conocer ya el camino. Se detuvo en la puerta con el cartel «Lechuzas», inspiró hondo y abrió.

Parecía que la habitación estaba llena de chicas hablando todas a la vez.

—¿No es encantadora?

—Es guapísima, igual que una princesa de cuento.

—Y parece tan amable. Se acordaba de mi nombre. «Hola, Eva», me dijo. Como si me conociera de siempre.

—Y sabía que yo era la capitana del equipo de *lacrosse*. Me dijo que teníamos que hablar sobre ello…

Justina suspiró y dejó la bolsa de mano sobre la cama. Casi había estado deseando volver a ver a las Lechuzas, pero, ahora que estaba allí, delante de aquella algarabía, empezaba a cambiar de opinión. Además, Stella ni siquiera había llegado todavía.

—¿La has visto, Justina? —preguntó Eva, con los ojos resplandecientes.

—¿A quién?

—A la señorita Heron, la nueva profesora de Educación Física. Me dijo: «Hola, Eva».

—Sí, ya… —dijo Justina—. Ya he oído. Increíble. No, no la he visto. Acabo de llegar. Pero he conocido a la nueva celadora —añadió.

—Ah, ¡es espantosa! —exclamó Rose mientras se cepillaba el pelo en el único espejo de la habitación, que estaba tan alto que una tenía que subirse a una cama para ver su reflejo.

—Me cae bien —afirmó Justina. En realidad no había tenido tiempo de formarse una opinión, pero ya estaba deseando llevarle la contraria a Rose, en parte porque la niña siempre estaba segura de que todo el mundo pensaba como ella.

—Muy propio de ti —dijo Rose sin volverse y sin dejar de mirarse al espejo.

—A mí me dio un poco de miedo —admitió Nora colocándose las gafas—. Parece una bruja.

—No digas eso —le regañó Eva, fingiendo un escalofrío con aire melodramático—. Podría lanzarnos un hechizo.

—No seas tonta —protestó Rose—. ¿Dónde se ha visto que haya brujas en un internado? Muévete, Justina. No querrás llegar tarde a la cena. Vuelvo a ser la delegada del dormi y puedo ponerte una falta

por mala conducta.

Stella no llegó hasta mitad de la cena. Justina, que había intentado en vano comer lo que tenía en el plato (una especie de pudin que las chicas llamaban «niño muerto»), se levantó de un salto y gritó: —¡Stella!

Desde la mesa de las delegadas, Helena Bliss, la delegada principal, le lanzó a Justina una mirada amenazadora. Esta le hizo un pequeño saludo con la mano, porque sabía que aquello la irritaría sobremanera, ya que Helena Bliss tenía un elevado sentido de su propia dignidad.

Stella se acercó a la mesa: parecía cansada y bastante harta. Aún no llevaba puesta la ropa del colegio y, por un segundo, dio la impresión de ser una extraña.

—¿Por qué no te has cambiado? —le preguntó Rose a modo de saludo.

—La nueva celadora me dijo que podía venir a cenar así —contestó Stella sentándose junto a Justina—, porque ya era muy tarde.

—¿Y por qué has llegado tan tarde? —preguntó Eva—. ¿Habéis tenido algún accidente?

—El coche de mi padre se averió —informó Stella— y tuvimos que caminar mil kilómetros hasta encontrar un taller.

A Justina le dio la impresión de que Stella quería cambiar de tema. Por fuera parecía que estaba tan tranquila como siempre, pero Justina pudo ver indicios de… una leve tensión en la mandíbula y una pierna moviéndose nerviosa bajo la mesa. Sabía que la familia de su amiga era pobre y que su coche estaba viejo y destartalado. Se imaginó a Stella y a su padre caminando por las marismas y un escalofrío le recorrió la espalda. Recordó la primera vez que vio las marismas de Romney y el apunte que escribió en su diario: «Posibilidades de escapar del colegio sin ser vista: mínimas». En realidad estaban aisladas en Highbury House, solas en medio de esas inmensas y aburridas tierras pantanosas, a mil kilómetros del pueblo más cercano. El trimestre anterior, en pleno invierno, se habían quedado incomunicadas por la nieve y con un asesino suelto en el colegio. Pero le había prometido a su padre que no se preocuparía por eso.

—Me alegra que estés aquí —le dijo a su amiga Stella—. Tengo pastel de frutas en el dormi.

—Genial —contestó Stella, que estaba comiéndose lo que tenía en el plato procurando tragarlo sin saborearlo. «Probablemente esa es la mejor manera de comerlo», pensó Justina. Sin embargo, ella aún no había adquirido la destreza de tragarse esa espantosa bazofia solo por ingerir algún alimento.

—Podemos hacer una fiesta —aventuró Eva—. Una Fiesta de Bienvenida. ¡Hemos vuelto a casa!

«¿A casa?», pensó Justina. El colegio no era una casa. Su casa estaba en Londres, con las alfombras y las cortinas que había comprado su madre, y con su habitación, con todas sus novelas de misterio y de crímenes en las estanterías. Pero, en aquel momento, el colegio se parecía bastante a un hogar: las chicas hablaban mientras comían, las lámparas estaban encendidas y las cortinas corridas para ocultar la noche.

—La nueva profesora de Educación Física es encantadora —le dijo Eva a Stella.

—Sabía que yo era la capitana del equipo de *lacrosse* —insistió Rose —. Y espero ser la del equipo de tenis en verano —añadió con su habitual y sobresaliente confianza en sí misma, probablemente justificada en ese caso—. ¿Tú juegas al tenis, Justina?

—Por supuesto —contestó ella, que había lanzado una vez una pelota de tenis contra una pared.

—El trimestre de primavera promete ser superdivertido —comentó Eva.

Justina miró a todas sus compañeras. Las cinco Lechuzas estaban otra vez juntas: Rose, acicalándose el pelo y admirando su propio reflejo en una cuchara; Stella, aún algo nerviosa, mordiéndose el labio mientras seguía pensativa; Nora, como siempre, colocándose bien las gafas, y Eva, iluminando la mesa con su alegría.

«Bueno, puede que sea un buen trimestre», pensó Justina. Se sintió un poco avergonzada por desear que también hubiera un espeluznante crimen sangriento que pudiera resolver.

La campana de irse a dormir ya había repicado y Justina estaba subiendo las escaleras que iban desde el cuarto común del segundo curso a las habitaciones cuando escuchó claramente un «¡Pssst!». A Justina se le iluminó la cara con una sonrisa cuando se dio la vuelta. ¡Dios mío, era Dorothy, escondida detrás de una cortina de terciopelo rojo en el descansillo de arriba!

—¡Dorothy! ¡Estás aquí!

—¡Chssst…! —susurró su amiga—. La señora Hopkirk podría oírnos. —La señora Hopkirk era el ama de llaves, pero Justina apenas había visto en alguna ocasión a aquella criatura mítica. En todo caso, sabía que una de las reglas más absurdas del colegio era que las alumnas no debían hablar con las criadas. Así que, echando un vistazo rápido a su alrededor, Justina se metió con Dorothy detrás de la cortina, un tejido pesado y polvoriento, ligeramente deshilachado en algunas partes. Dorothy llevaba su uniforme de criada, negro con delantal blanco, y, como siempre, parecía que el pelo se empeñaba en escapársele del moño. Sonrió a Justina, al principio con timidez, pero sus ojos castaños resplandecían como siempre.

—¿Por qué dejaste de escribirme? —preguntó Justina bajando la voz, aunque era evidente que no había nadie en el rellano—. Siempre me escribías un montón de cartas.

—Quise hacerlo —contestó Dorothy—, pero mi hermana pequeña se puso enferma y tuve un montón de cosas que hacer en casa…

Dorothy era la mayor de cinco hermanos. Justina siempre había envidiado a la gente que tenía familias numerosas —en la de Stella eran siete hermanos—, pero ni siquiera era capaz de imaginar cómo

podía ser aquello. Confiaba en que la pequeña no estuviera muy grave.

—¿Qué hermana? —preguntó—. ¿Ya está bien?

—Elsie, la de ocho años. Sí, ya está bien, pero todavía un poco débil. Tuvo un catarro y acabó en neumonía. —La voz de Dorothy tembló ligeramente.

Antaño había habido una criada en Highbury House que había muerto de neumonía. Justina podía comprender que su amiga hubiera estado tan preocupada, y el leve resentimiento que tenía por la ausencia de correspondencia empezó a desvanecerse.

—A mí me encantaba recibir tus cartas —murmuró Dorothy—. Y saber de tu padre, y de Peter, y de ese hombre tan gracioso de los perros que vive en tu calle. Le leí alguna de tus cartas a mi madre y no paraba de reírse.

Justina se sintió aliviada. Había escrito hojas y hojas sobre Peter, su amigo, que estaba estudiando música, y sobre sus vecinos, incluido el bueno del señor Altman, que tenía doce perros carlinos a los que había puesto los nombres de los doce apóstoles. Cuando no tuvo respuesta de Dorothy, pensó que su amiga se había aburrido con aquel torrente de palabrería.

—¿Tuviste que venir a trabajar en Navidad? —preguntó Justina.

—¡Claro! —Dorothy pareció sorprendida—. Hay muchas cosas que hacer antes de que comience el trimestre. Tenemos que hacer todas las camas y preparar los dormitorios. Hay que organizar las comidas y adecentar las aulas. No te puedes ni imaginar la cantidad de polvo que se acumula…

Justina se sintió un poco culpable ante aquella respuesta. Nunca se había parado a pensar, ni por un momento, que había gente que preparaba el colegio para que estuviera perfecto cuando ellas llegaran. Solo pensaba en lo horrible que era la comida y lo incómodas que eran las camas, no en el trabajo que había que hacer para que todo estuviera en orden.

—¿Has tenido que quedarte a dormir aquí? —preguntó. Y lo hizo porque pensaba en lo espantoso que debía de ser el colegio cuando solo hubiera unas cuantas personas dentro, con todas aquellas enormes galerías vacías y los salones con eco.

—No, gracias a Dios —explicó Dorothy—. Volvía al pueblo todas las noches. Y libré el día de Navidad y el día de San Esteban.

Dorothy era solo tres años mayor que ella, pero ya llevaba mucho tiempo trabajando en Highbury House. Justina no podía ni imaginar que solo pudiera disfrutar de unos pocos días libres al año. Ella se había pasado la mayor parte de las vacaciones de Navidad tumbada en la cama, leyendo los libros de su madre. Su madre había escrito novelas de misterio y crimen, y la protagonista era una detective

privada llamada Leslie Light. Eran unas novelas de misterio bastante buenas, pero la muchacha a veces se ponía triste cuando las leía. Su madre había muerto el año anterior y, a veces, en los libros, era como si pudiera escuchar su voz, hablándole directamente a ella. No podía evitar sentirse un poco celosa de Dorothy, aunque tuviera que trabajar tanto. Al menos su amiga tenía una madre con la que poder reírse.

—¿Has visto a la nueva celadora? —preguntó Dorothy.

—Sí —dijo Justina—. Me gusta. Una mejoría respecto a la anterior.

—Creo que oculta algo —sentenció Dorothy.

Justina sintió que el corazón se le aceleraba por la emoción. Por fin había otro misterio. ¿O era solo Dorothy, que se imaginaba cosas? La celadora parecía la mala malísima de una historia de terror, y la criada, como Justina, era una gran aficionada a los libros con malos misteriosos.

Pero, antes de que Dorothy pudiera decir nada, escucharon unos pasos que subían por la escalera.

—Será mejor que me vaya —dijo Dorothy—. Se supone que estoy encendiendo las chimeneas en las habitaciones de los profesores.

Y se fue, dejando las cortinas ondeando tras ella.

El dormi de las Lechuzas estaba tan frío como siempre y el baño estaba verdaderamente congelado. A Justina le castañeteaban tanto los dientes que casi ni se los pudo cepillar. Como empezaba el trimestre de primavera, había imaginado que Highbury House estaría un poco menos fría, pero al fin y al cabo era enero y el invierno duraba mucho más en las marismas de Romney que en cualquier otro lugar del mundo. Justina se aseó con rapidez y corrió por el dormitorio con la idea de meterse en la cama tan rápido como pudiera.

Mientras las otras Lechuzas se preparaban para ir a dormir, Justina se las arregló para hablar un poco con Stella.

—Dorothy cree que hay algo raro en la nueva celadora.

Stella miró a Justina con una expresión característica, medio divertida, medio preocupada.

—Dorothy siempre cree que hay misterios en todas partes.

—Bueno, a veces tiene razón —replicó Justina—. El trimestre pasado hubo un crimen de verdad, no lo olvides.

—¿Cómo iba a olvidarlo? —dijo Stella con un escalofrío—. Espero que no vuelva a pasar nada parecido.

Cuando se metió en la cama, Justina pensó en las palabras de su amiga. Stella no se había divertido nada de nada con su aventura del trimestre pasado, aunque había sido valiente como una leona en su

momento. Justina tampoco lo había disfrutado, en realidad. Fue terrible que hubiera muerto una persona y había habido momentos en los que ella y sus amigas habían corrido un peligro muy real, pero, de todos modos, había sido muy emocionante intentar resolver el misterio. Y lo había resuelto, justo a tiempo.

Era extraño, estar otra vez en aquella pequeña cama de hierro, cubierta con una manta gris. Extraño, pero no del todo desagradable. Cuando Rose apagó las luces, Justina pudo escuchar la respiración profunda y tranquila en la cama de al lado. Eva seguía emitiendo sus pequeños chillidos, lo cual significaba que ya estaba dormida. Justina buscó bajo la cama el escondrijo y el tablón suelto del suelo donde ya había dejado su diario, el lápiz y la linterna. A cubierto bajo la manta, encendió la linterna y escribió:

Primer día (trimestre de primavera).

Resulta un poco raro estar otra vez aquí. Me daba miedo tener que decirle adiós a papá, pero a la hora de la verdad, sentí que tenía que hacerlo cuanto antes y volver a ser la estudiante Justina de Highbury House otra vez.

Me ha encantado volver a ver a Stella y a Dorothy. Y a Nora y a Eva también.

Rose no ha cambiado.

Niño muerto en la cena.

Número de veces que Eva ha dicho «súper»: 14

Nuevos empleados en el colegio: 2

Misterios posibles: 1. El caso de la nueva celadora misteriosa. (Nota: Tengo que conseguir que Dorothy me dé más detalles.)

—¡Justina! —el agudo susurro de Rose se escuchó en toda la habitación—. ¡Estás escribiendo! ¡Puedo oír tu lápiz raspando el papel! ¡A dormir!

—Solo un minuto —dijo la muchacha.

—A lo mejor le está redactando una carta de amor a *monsieur* Pierre… —dijo Nora riéndose entre dientes.

—*Oh là là,* mi *petite caguiñito* —canturreó Stella imitando la voz del profesor de francés.

—Te llevaré al alegre *Paggguís* —Nora, otra vez—. Y te *dagué de comeg cagacoles*.

—¡A callar, todas! —exclamó Rose—. O tendré que poneros una falta por mal comportamiento.

Pero su voz sonó como si también se estuviera riendo.

El año anterior, Justina había llegado tres semanas después del comienzo del trimestre y, por eso, como le dijeron las chicas, se había perdido la gran reunión de bienvenida que presidía la señorita De Vere.

—Es súper —dijo Eva, sirviéndose unas gachas—. Siempre nos cuenta una historia y dice cosas como «Chicas, vosotras sois el futuro de la Humanidad».

—Entonces la Humanidad va a tener problemas —refunfuñó Justina. Estaba malhumorada. Había sido espantoso despertarse en aquel dormitorio helado en vez de hacerlo en la acogedora habitación de su casa. Había hielo en la parte interior de la ventana del baño, y ahora tenía que desayunar aquellas gachas cementeras: tenían una textura particular, casi como de arenas movedizas, y temblaban y se estremecían en la cacerola. Se permitía que las chicas pudieran coger una cucharada de azúcar y la espolvorearan por encima, pero enseguida quedaba engullida por aquella masa grisácea. Justina pensó con nostalgia en los desayunos de casa: tostadas y mermelada, beicon los sábados, y a veces un sándwich con salchichas en el café del parque.

—También da noticias importantes —añadió Rose echándose una diminuta cantidad de gachas en el plato—. Quiénes van a ser las delegadas de grupo, y las capitanas de los equipos, ese tipo de cosas.

Se colocó las trenzas hacia atrás con aire engreído. Rose había sido capitana de deporte de segundo año el trimestre anterior y nadie dudaba de que volvería a serlo otra vez. Irene había sido delegada de segundo, pero eso, al parecer, cambiaba cada trimestre. Había solo

quince chicas por curso, así que, para cuando acabaran los estudios en Highbury, todas habrían sido delegadas al menos una vez. Justina pensó que probablemente le tocaría en sexto. La señorita De Vere había sido muy amable con ella en el informe trimestral, pero la niña pensaba que su costumbre de andar merodeando por la escuela de noche y en busca de misterios podía valerle alguna penalización cuando le tocara el turno de ser delegada.

Las Lechuzas se sentaron en la mesa de siempre. En la mesa de las delegadas, Helena Bliss dijo:

—*Benedictus, benedicat.*

Y todas empezaron a desayunar.

—¿Y Helena va a ser la delegada principal otra vez? —preguntó Justina.

Obtuvo la respuesta predecible por parte de las Lechuzas.

—¡Por supuesto que sí!

—¡Es la delegada perfecta!

—¡Va a ser delegada principal vitalicia! —eso lo dijo Eva, tan exagerada como siempre. Justina intercambió un par de miradas con Stella. Ambas sabían que la delegada principal no era tan perfecta como parecía. De hecho, Helena había roto tantas normas del internado como Justina. La diferencia era que parecía que a ella nunca la pillaban.

Después del desayuno, todas acudieron en tropel al salón de actos para la gran reunión de bienvenida trimestral. Las chicas se sentaron en filas, con las más pequeñas delante; las de sexto ocupaban la parte de atrás. Todas iban con el uniforme del colegio: chaqueta marrón, falda marrón, blusa a rayas amarillas y blancas y unos calcetines largos, también marrones. Los primeros años, el uniforme resultaba muy pulido y un tanto exagerado, con las chaquetas algo grandes y las faldas un poco largas. En los cursos superiores, los dobladillos eran más cortos y, aunque eso casi iba en contra de las normas de la escuela, las blusas se llevaban de tal manera que favorecían unas figuras más curvilíneas. A las de sexto se les permitía llevar jerséis en vez de chaquetas, que también resultaban sospechosamente ceñidos. Justina entró en el salón con las otras chicas de segundo año. Había quince niñas en su clase: las cinco del dormitorio de las Lechuzas, cinco Palomas y cinco Petirrojas. Su tutora era la señorita Morris, una mujer de aspecto severo que también daba Matemáticas.

Los profesores se sentaron en fila en el estrado y Justina pudo ver, por primera vez, a la nueva profesora de Educación Física: la señorita Heron. Se distinguía a la perfección porque, al contrario que el resto

de los profesores, ella no llevaba bata y tenía puesta una cosa que parecía… ¿qué era aquello?

—¡Lleva una falda pantalón! —le susurró a Eva, que estaba delante de ella.

—Creo que sí —murmuró Eva—. ¿No te parece fascinante?

La señorita Heron era joven —para ser profesora— y llevaba el pelo rubio atado atrás en una coleta. Observó a los reunidos con cierta frialdad, pero con una especie de sonrisa en los labios. Justina entendió que las otras chicas se sintieran impresionadas, pero por lo que a ella concernía, prefirió reservarse la opinión. «No te dejes deslumbrar por la actitud de un testigo en el estrado —decía siempre su padre—. Espera hasta que escuches lo que tenga que decir».

La nueva celadora, la señorita Robinson, se había sentado al final de la fila. Su actitud no podía ser más distinta: estaba con los brazos cruzados y el ceño fruncido; las cejas negras casi se juntaban en el entrecejo con un gesto reprobatorio y refunfuñón.

—¿No te parece aterradora? —susurró Eva—. Espero no ponerme enferma y que me manden a la enfermería.

—Seguro que no quieres ponerte enferma de todos modos —contestó Justina, y la señorita Morris les lanzó una mirada para que estuvieran calladas.

Sonó un acorde algo desafinado del piano y la señorita Evans, la profesora de Música, empezó a cantar el himno del colegio. Justina nunca se había molestado en aprenderse toda la letra, pero iba de algo sobre «los buenos tiempos y los malos, *en la felicidad y en la tristeza,* cuando llueva o brille el sol / tú y yo». Era evidente que el letrista había tenido graves problemas para encontrar una rima adecuada para «Highbury House», así que acababa con el verso: «Oh, Highbury, tu estrella siempre veremos, por muy lejos, muy lejos que estemos». Era una de las peores canciones que Justina había escuchado en toda su vida, pero las chicas la cantaban emocionadas y, antes de que aquel griterío cacofónico hubiera terminado, la señorita De Vere se había incorporado en el estrado, dispuesta a dar su discurso.

La directora era una mujer alta y elegante, que siempre parecía tranquila y serena. Llevaba su toga académica por encima de un vestido verde, unas medias claras y unos zapatos de piel a juego con el vestido con un poco de tacón. Todas las chicas la veneraban, incluso aquellas que también la temían un poco. El padre de Justina conocía a la señorita De Vere (por eso la había enviado a estudiar a Highbury House) y la apreciaba y la admiraba. Justina coincidía con frecuencia con las apreciaciones de su padre, pero de momento no estaba muy segura sobre la directora, tal vez porque parecía que siempre sabía cuándo estaba diciendo la verdad.

—Bienvenidas de nuevo a Highbury House, niñas. —La voz de la

señorita De Vere era grave y musical, pero no tenía que esforzarse para que se escuchara al fondo del salón—. Bienvenidas al trimestre de primavera. Esta es la estación de la renovación y el renacimiento. Muchas de vosotras recordaréis que vuestras madres hacen una limpieza a fondo en esta época del año. Bueno, pues nosotras debemos hacer la limpieza de primavera en nuestros corazones y en nuestras vidas.

Justina miraba el suelo. «No pienses en mamá —se dijo—. No pienses en mamá.» Era algo que se tenía que recordar al menos una vez al día. La vida era soportable si no la comparaba con la época en la que su madre estaba viva. Y no es que su madre tuviera mucho tiempo para hacer la limpieza de primavera. «La vida es demasiado corta como para andar quitando el polvo», era una de sus frases favoritas. «Una casa demasiado limpia es un indicio de que se ha echado a perder el día.»

—Tenemos muchas cosas apasionantes preparadas para este trimestre —estaba diciendo la señorita De Vere—. Habrá torneos de béisbol irlandés y de tenis, y representaremos una obra de teatro: una adaptación de *Alicia en el País de las Maravillas*.

«Me apuesto lo que sea a que Helena Bliss será Alicia», pensó Justina. En fin, tal vez ella pudiera conseguir algún papel en la obra, quizá para hacer de oruga o del conejo blanco. En la obra de Navidad del año anterior se había tenido que conformar con ser la narradora.

A continuación, la señorita De Vere les contó una historia sobre tres niñas que tenían un talento parecido para bailar, pero una nunca quería ensayar y otra solo practicaba cuando le convenía. Solo la tercera, que se esforzaba día y noche, progresó y afinó su don, y llegó a ser una bailarina famosa.

—El éxito es un uno por ciento inspiración y un noventa y nueve por ciento transpiración —afirmó la señorita De Vere—. Las señoritas no deben sudar, pero pueden transpirar un poco.

Las chicas mayores se echaron reír. Justina se preguntó de dónde demonios sacaban los profesores aquellas historias. ¿Habría algún libro que las recogiera? *Chistes inspiradores para jóvenes señoritas* o, tal vez, *Anécdotas aburridas perfectas para reuniones académicas*.

—Y ahora, nombraré a las delegadas de curso y a las capitanas deportivas para este trimestre. —La señorita De Vere leyó los nombres lentamente, con voz tranquila, ignorando los levísimos gritos de emoción que se suscitaban en el salón. Rose fue la capitana deportiva de segundo año y Stella fue la delegada. Justina apretó fuerte la mano de su amiga, muy contenta por ella.

La directora acabó recordándoles a todas que Helena Bliss era la delegada principal y todas aplaudieron como correspondía.

—Otra interesante innovación para este trimestre —continuó la

señorita De Vere— es nuestro Programa de Buena Ciudadanía. Quiero, queridas niñas, que seáis ciudadanas valiosas en el mundo, y eso significa que tendréis que expandir vuestros horizontes más allá del colegio.

Las chicas la miraron asombradas, sin saber exactamente qué había querido decir. Se escuchó a Eva preguntar qué significaba «innovación».

—He decidido que las chicas de segundo y tercer año vayan al pueblo y hagan buenas obras —anunció la señorita De Vere—. A cada una se le asignará un vecino… quizá una persona mayor o alguien que esté enfermo, y los visitaréis todas las semanas y realizaréis tareas útiles. Confío en que este programa beneficiará tanto a la escuela como a la comunidad local. *Ningún hombre es una isla.*

Lo dijo como si fuera una cita. Justina se la apuntó para buscarla más tarde.

—Y solo una cosa más… —La señorita De Vere miró desde el estrado a todas las filas de niñas con una grave expresión en el rostro —. Os recuerdo que no está permitido bajar al sótano. Sé que a ninguna de vosotras se os ocurriría bajar… —Era imposible saber si fue la imaginación de Justina o si, en realidad, la directora la estaba mirando a ella fijamente cuando dijo aquello. Justina y Stella habían entrado en las bodegas el año pasado, siguiendo la pista de un crimen —. Solo lo digo para que quede claro: si pillamos a una de vosotras en los sótanos de la escuela, se arriesga a ser expulsada de inmediato. Que tengáis un buen día, y muy productivo, niñas. La sesión ha terminado.

—Eso no me gusta nada —dijo Rose—. ¿Y si nos toca ir a una casa horrible y apestosa, y nos mandan limpiarla?

Tenían un rato libre y las chicas estaban paseando por el patio, intentando entrar en calor. A Justina esa actividad diaria siempre le recordaba las fotos de los convictos paseando en la cárcel.

—Pues yo creo que será divertido —comentó Justina—. Además, así saldremos de la escuela.

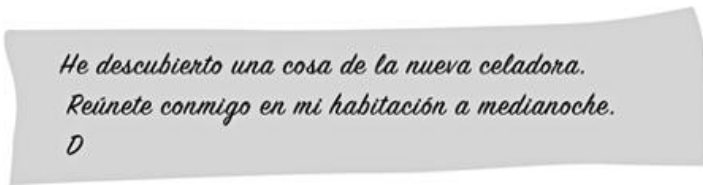
—¡Yo no quiero salir del colegio! —exclamó Rose—. Algunas de nosotras preferimos seguir jugando al *lacrosse* en nuestro tiempo libre.

Justina odiaba el *lacrosse*, el deporte oficial del colegio, y le daba la impresión de que el *lacrosse* también la odiaba a ella. En cambio, Rose era muy buena.

—¿Por qué tenemos que ser buenas ciudadanas? —lloriqueó Eva, que iba paseando con Nora, ambas con la cabeza inclinada contra el viento—. ¿Por qué no van otros cursos?

—Oí que la señorita Morris dijo que era porque las alumnas de segundo y tercer año no tenían que preparar exámenes —explicó Stella—. Y la señorita De Vere cree que es importante formar nuestro carácter ahora que somos jóvenes.

Estas últimas palabras las dijo en lo que claramente era una imitación de la voz de la señorita De Vere, profunda y elegante. Todas se rieron. Pero Justina se preguntó si habría algo más detrás de aquel Programa de Buena Ciudadanía, algo más de lo que se veía a simple vista. Y ¿por qué la señorita De Vere estaba tan empeñada en impedir que bajaran a los sótanos? Justina metió la mano en el bolsillo y sus dedos se toparon con una nota doblada. Era de Dorothy.



Justina estaba acostumbrada a los encuentros a medianoche. Dorothy siempre fijaba esa hora; le encantaban las historias de terror donde todo ocurría «a la hora bruja». Y era fácil creer que ese tipo de historias podían ocurrir en Highbury House. Cuando Justina miró por la ventana, antes de acostarse, pudo ver el torreón, recortado contra la rutilante nieve a la luz de la luna. De la vieja torre se decía que estaba embrujada, y que por allí deambulaba una niña que había muerto en ella muchos años atrás, encarcelada por un padre tiránico. Incluso en los tiempos modernos resultaba fácil ver un rostro blanquecino mirándote desde los ventanucos de la torre o imaginar que el viento que ululaba entre los árboles eran los lamentos y sollozos de Grace Highbury, penando en su triste prisión. Por suerte, Justina era demasiado juiciosa para creer en esos vuelos de la imaginación, o eso pensaba. Se metió en la cama y se restregó los pies para entrar en calor. Luego, escribió en el diario:

De nuevo en la escuela, primer día: todo tal y como era de esperar. La reunión general fue un aburrimiento, aparte de las novedades sobre una obra de teatro. Me encantaría hacer de Alicia. Y, por lo menos, esa cosa de las Buenas Ciudadanas nos dará la posibilidad de salir del castillo de Drácula alguna que otra vez. Todas las chicas piensan que la señorita Heron es maravillosa porque viste falda pantalón. Yo no estoy muy segura. La mantendré bajo observación. D piensa que la nueva celadora oculta algo. Lo sabré esta noche.

Otra cosa: ¿por qué la señorita DV dice que está prohibido bajar al sótano? ¿No ha estado siempre prohibido? ¿¿¿Este es otro misterio???

Rose le dijo que dejara de escribir, así que Justina cerró el diario y, cuando se apagaron las luces, lo depositó en su escondrijo, debajo de una tabla suelta del suelo. Luego se quedó quieta, en la oscuridad, metida en la cama y procurando mantenerse despierta. El problema era que estaba muy cansada después de su primer día en el colegio. Se le cerraban los ojos, así que se incorporó en la cama, esperando que el frío le impidiera quedarse dormida. Como era habitual, empezó a recitar mentalmente los listados de juicios criminales…

«El rey y el pueblo de Inglaterra contra Stanley; El rey y el pueblo de Inglaterra contra West; El rey y el pueblo de Inglaterra contra Hamilton; El rey y el pueblo de Inglaterra contra Pewsey; El rey y el pueblo de Inglaterra contra…»

No funcionaba. Daba cabezadas y no podía mantener los ojos abiertos. Procuró sentarse incluso más derecha y escuchó con atención los ruidos nocturnos: Eva y sus chillidos, Rose murmurando en sueños, los crujidos de la vieja tarima de la habitación, un zorro aullando en los contornos. Justina miró el reloj. Las once. Debería levantarse. Si se quedaba en la cama un poco más, acabaría durmiéndose, y quería saber qué era lo que Dorothy había averiguado de la nueva celadora.

La niña salió de la cama y buscó con los pies las zapatillas, luego avanzó muy despacio y se puso la pesadísima bata de lana que había dejado a los pies de la cama en vez de colgarla en el perchero. Eva dejó escapar un chillido más fuerte de lo habitual y Justina contuvo el aliento, pero nadie se despertó. De hecho, pareció que aquel ruidillo había sumido a Eva en un sueño aún más profundo y la habitación quedó en silencio. Justina avanzó de puntillas hacia la puerta.

Se escabulló por la galería, evitando los lugares donde sabía que había tablas sueltas que crujían escandalosamente cuando se pisaban. El peligro aguardaba al otro lado de la puerta verde grisácea: era la habitación de la celadora, que estaba al doblar la esquina, antes de las escaleras. La celadora anterior siempre parecía estar vigilando, toda la noche. La señorita Robinson había hecho su ronda a las nueve, deambulando por el pasillo con zapatos y haciendo tanto ruido que sus pasos se podían oír a kilómetros. Justina esperaba que la nueva celadora estuviera metida en la cama con un buen libro.

Se detuvo en el rellano. No se oía ni una mosca, salvo por el viejo carillón que, con su tictac, contaba los segundos dos pisos más abajo. Corrió hacia la escalera que conducía a las estancias de los criados. En realidad, Dorothy era la única persona que dormía en el ático, porque

la cocinera y la señora Hopkirk tenían habitaciones más confortables en la planta baja y otras criadas iban y venían todos los días desde el pueblo. Un segundo después, Justina llamaba a la puerta de la criada.

—Aún no es medianoche —dijo Dorothy abriendo la puerta.

—Me estaba quedando dormida.

La habitación de Dorothy era grande y estaba medio vacía. El único mobiliario era una cama de hierro con una mesilla al lado y un armario enorme. Se habían llevado la cama de Mary cuando murió, el año pasado. Cuando Justina pensaba en Mary, sentía una punzada en el pecho, aunque nunca la hubiera conocido. Había muerto allí, a mil kilómetros de su familia y sus amigos, y nadie, salvo Dorothy, parecía lamentar su pérdida. Aun así, Justina no le contaba esto a su amiga. Al menos había una colcha de *patchwork* en la cama de Dorothy, que conseguía que la habitación resultara un poco más alegre, y Justina envidiaba en secreto el oso de peluche que había sobre la almohada. Dorothy era tres años mayor que ella, y mucho más adulta en bastantes sentidos, pero no le importaba mantener esos recuerdos infantiles también. A las alumnas se les permitía tener «un recuerdo de casa», pero a Justina le habría dado vergüenza llevar un muñeco. En vez de un peluche, se había llevado su «kit de supervivencia»: el diario, un lápiz, una linterna y un cortaplumas.

Estaban las dos sentadas en la cama y se taparon con la colcha. Hacía muchísimo frío en el ático. El techo era muy alto y había una ventana abuhardillada, diminuta y sin cortinas, entre dos vigas. Justina podía oír el viento ululando desde las marismas y haciendo temblar el cristal. De todos modos, siempre tenía una cálida sensación cuando subía a ver a su amiga. Se dio cuenta entonces de lo mucho que había echado de menos a Dorothy.

—Muy bien —empezó—. ¿Qué es todo eso de la celadora?

—Bueno… —Dorothy se arrellanó en sus almohadas. Como a Nora, a ella también le encantaba contar historias—. ¿Tú sabes quién es Ada, la camarera?

—No.

—¿De verdad? —A Dorothy siempre le sorprendía lo poco que Justina y las otras chicas sabían de las criadas que hacían todo el trabajo en la escuela—. Bueno, esta mañana estaba Ada dando de comer a los cerdos y se resbaló en el hielo que se había formado a la puerta de la pocilga. Se le puso el tobillo todo azul e hinchado, y la cocinera le dijo que fuera a ver a la celadora. Apenas podía caminar, así que yo la ayudé. La señorita Robinson estuvo examinando el tobillo de Ada y le dijo que solo era un esguince y le puso una venda helada. Una hora después, Ada aún se moría de dolor, así que Hutchins la llevó al hospital. Tenía el tobillo roto.

—Pobre Ada.

—Sí, y su familia necesita el sueldo que gana aquí. No pueden permitirse un médico. En fin, el caso es que la señorita Robinson, que se supone que tiene que ser enfermera también, no fue capaz de reconocer un tobillo roto. Hutchins dice que casi se podía ver el hueso saliendo por el pie…

—Ay… —Justina a veces era demasiado remilgada para alguien que quiere ser detective.

—Estoy segura de que hay algo oscuro y misterioso en esa señorita Robinson —dijo Dorothy—. De verdad, parecía que no tenía ni idea de lo que había que hacer con el tobillo de Ada.

—¿Tú crees que no es ni enfermera ni nada? —Justina sentía que la emoción crecía en su pecho ante la sola idea de tener algo que investigar—. ¿Es obligatorio ser enfermera para ejercer como celadora en un colegio?

—Al menos tendrías que saber reconocer un tobillo roto —dijo Dorothy—. Y, además, a veces anda por ahí con uniforme de enfermera.

—Eso no significa nada —repuso Justina—. Cualquiera puede comprarse uno.

—Pero ¿por qué una persona iba a querer fingir ser enfermera y celadora en Highbury House?

—Eso es lo que tenemos que averiguar —dijo Justina—. Puede que tengamos que vigilar a la señorita Robinson. También hay un misterio en el sótano. Al final, puede que este trimestre resulte bastante emocionante, después de todo.

—Además, la señorita Robinson parece bastante siniestra también —añadió Dorothy.

—Mi padre dice que es de la gente que parece inocente de la que uno debe cuidarse —dijo Justina.

Dorothy descartó la opinión de Herbert Jones, abogado consejero de la reina, con un gesto de la mano.

—La señora Hopkirk, el ama de llaves, dice que algunas personas tienen la marca del demonio. Creo que la señorita Robinson la tiene.

—¿Y qué piensas de la señorita Heron, la nueva profesora de Educación Física?

—Ah, parece muy agradable. Me dedicó una encantadora sonrisa cuando fui a encender la chimenea de su habitación.

Justina abandonó el tema de la señorita Heron.

—¿Sabes que nos van a dejar ir al pueblo? —dijo—. Es parte de no sé qué de la ciudadanía. Será genial poder escapar del colegio al menos durante una tarde.

—Podrías venir a ver mi casa —exclamó Dorothy emocionadísima —. Está en la calle de la Rectoría, en el número 10, la última casita antes de llegar a la plaza.

—Ojalá pudiera ir y conocer a tu familia —dijo Justina—. A John, a Susan, a Elsie y al pequeño Tommy.

—Ojalá, eso digo yo también —apostilló Dorothy—. A mi madre le encantaría conocerte. He hablado muchísimo de ti en casa. ¿Ya sabes dónde te tocará ir?

—No. La señorita De Vere va a asignarnos a distintas familias.

—Bueno, con tal de que no vayas a la Guarida del Contrabandista…

Aquel nombre intrigó a Justina.

—¿Qué es eso?

—Es la casa grande que hay junto a la playa. Se dice que está encantada, embrujada con los fantasmas de los marineros ahogados. Los saqueadores de naufragios solían poner luces en la orilla y los barcos se acercaban a las rocas y encallaban. Entonces los contrabandistas robaban todo lo que había a bordo. La gente dice que a veces, por la noche, muy tarde, se pueden ver extrañas luces en la Guarida del Contrabandista.

—¿Y quién vive allí ahora?

—Solo un viejo y su ama de llaves. Mamá dice que no tiene relación con nadie.

—No creo que nos envíen allí a ninguna de nosotras. Una verdadera lástima. Apuesto a que hay algún misterio en esa casa. —Se pudieron oír las campanadas del carillón muy lejanas, en la planta baja—. Será mejor que me vaya —dijo Justina.

—No pierdas de vista a la celadora.

—Claro —confirmó Justina, más por complacer a Dorothy que porque creyera que había algo sospechoso en aquella mujer.

Bajó las escaleras y acababa de abrir la puerta que daba al rellano cuando oyó que otra se abría. Era la habitación de la celadora. Justina abrió muy lentamente la puerta de la escalera para intentar ver por la rendija. La señorita Robinson estaba allí plantada, delante de los dormitorios. Sujetaba una linterna muy grande y parecía como si estuviera escuchando. Justina contuvo el aliento. Tras unos minutos, la señorita Robinson se dirigió a la escalinata principal. Sus pasos no hicieron el menor ruido.

La niña contó hasta diez, abrió la puerta y corrió a toda velocidad por el pasillo hacia las habitaciones, sin importarle que algunas tablas de la tarima crujieran. Cuando estuvo a salvo en la cama, escribió en su diario:

La señorita Robinson no pudo identificar un tobillo roto. Pregunta: ¿es una enfermera de verdad o no?

¿Qué estaba haciendo la señorita Robinson despierta a medianoche y en el pasillo?

¿Y por qué llevaba zapatillas deportivas?

A la mañana siguiente, la tutora del curso de segundo año leyó las asignaciones del Programa de Buena Ciudadanía. Las chicas iban a ir al pueblo los miércoles por la tarde; habitualmente, esas horas eran tiempo libre que las niñas dedicaban a sus aficiones particulares.

—¿Nos va a llevar Hutchins en el coche? —preguntó Eva.

—No —dijo la señorita Morris levantándose las gafas y colocándoselas sobre el pelo corto y blanco—. Usa el sentido común, Eva. ¿Cómo van a caber treinta niñas en un coche? Iréis andando. Solo hay media hora de caminata si apuráis el paso. La señorita Heron os acompañará.

Algunas de las chicas parecían muy emocionadas ante aquella perspectiva. Justina tenía sentimientos encontrados. Se alegraba de salir del colegio durante una tarde, pero no le hacía mucha ilusión una marcha colectiva con los cursos completos de segundo y tercer año, y acompañadas por la señorita Heron haciendo sonar el silbato para mantener el ritmo.

La señorita Morris leyó los nombres por orden alfabético.

—Irene Atkins. Irás a casa de la señora Bates, que tiene tres niños. Alicia Butterfield, se te ha asignado el señor Jenkins, un hombre mayor que necesita ayuda para escribir cartas.

A Stella le asignaron a una tal señora Graham, que tenía cuatro hijos.

—Igualito que en casa —le susurró a Justina.

Eva fue la envidia de la clase, porque le tocó una señora mayor que quería que le pasearan al perro. Al final, la señorita Morris llegó a la «J».

—Justina Jones. Irás a visitar al señor Arthur. No sé qué tipo de ayuda necesita. Seguramente será un anciano y estará inválido. Un hombre que se pudiera valer por sí mismo no formaría parte de este programa.

—¿Y dónde vive el señor Arthur? —consultó Justina. Se preguntaba si, con suerte, viviría cerca de casa de Dorothy—. Por favor, señorita Morris —añadió al ver la cara de la profesora.

—No creo haber dicho que se admitieran preguntas, Justina —dijo la profesora. Entonces, cediendo a regañadientes a la solicitud, dijo—: Vive en una casa llamada la Guarida del Contrabandista. Suena de lo más pintoresco. Muy bien. Ahora, Joan Kirby…

La primera clase de aquella mañana era Educación Física. Justina odiaba el deporte. Era una de las pocas chicas de clase que no estaba en el equipo de *lacrosse* y Rose solía llamarla «conejo», un insulto reservado para cualquiera que no fuera capaz ni de lanzar ni de coger la bola. Pero, al menos, el paseo hasta el gimnasio le dio la posibilidad de hablar con Stella. Mientras bordeaban el campo de *lacrosse*, Justina se quedó un poco rezagada con su amiga, de modo que ninguna de las otras chicas pudiera escuchar lo que decían.

—Fui a ver a Dorothy anoche —dijo.

—¿Saliste de la habitación después de que apagaran las luces? —Stella parecía medio enfadada, medio divertida—. Creí que habías dicho que no ibas a saltarte las normas este año.

—¿He dicho yo eso? Bueno, da igual. Dorothy cree que la nueva celadora esconde algo. —Y le contó a Stella la historia del tobillo de Ada.

—Eso no significa nada —dijo Stella—. Mi madre fue enfermera durante la guerra y dice que incluso los médicos se equivocan a menudo.

—Ya, bueno, pero es un poco sospechoso —dijo Justina—. Y vi a la señorita Robinson merodeando por ahí a medianoche.

—¿Merodeando? ¿Qué quieres decir?

—Llevaba zapatillas de deporte para que no la oyeran. Y una linterna.

—¿Y qué estaba haciendo?

—No lo sé… Pero no voy a quitarle el ojo de encima. Ah, y Dorothy me dijo que la Guarida del Contrabandista era una casa embrujada.

—¿Ese es el sitio al que vas a ir como Buena Ciudadana?

—Exacto. Puede que acabe leyéndole a un fantasma o saliendo a pasear con un hombre lobo. —Justina puso cara de circunstancias.

—Daos prisa, niñas. No es hora de parlotear.

La señorita Heron estaba junto al gimnasio con un cronómetro en la

mano. Llevaba una chaqueta de críquet y la sorprendentemente moderna falda pantalón. A su espalda tenía la piscina vacía, ahora cubierta con una lona.

—Daos prisa y a cambiarse —dijo a las chicas de segundo año, que andaban por allí pateando el suelo para mantenerse en calor.

—Por favor, señorita Heron —dijo Rose—, ¿vamos a jugar al *lacrosse*?

—No —contestó esta—. Vamos a correr campo a través.

Algunas de las chicas gruñeron. Justina y Stella intercambiaron miradas de terror. En opinión de Justina, casi cualquier cosa era mejor que el *lacrosse*… pero ¿ir a correr por el campo helado en enero? Eso no estaba en su lista de actividades favoritas. Aun así, entró al gimnasio y se cambió: se puso su camiseta de *aertex*, la falda, los calcetines largos y las zapatillas deportivas. Cuando volvió a salir, le pareció que hacía aún más frío que antes.

—El atletismo campo a través aumenta la resistencia y es bueno para vuestro cuerpo y para vuestro cerebro —les dijo la profesora—. También desarrolla el sentido de la estrategia. En una carrera no se trata solo de ser la más rápida. Controlad el ritmo y no corráis demasiado rápido al principio. Dad la vuelta al campo, rodead la arboleda y la torre, y volvéis. Dos veces.

Algunas de las chicas empezaron a protestar, diciendo que el recorrido era muy largo, pero la señorita Heron hizo sonar su silbato mientras estaban hablando.

A pesar de la advertencia, Rose salió disparada como un cohete, seguida de Alicia y unas cuantas de las chicas más deportistas. Stella salió justo detrás de ese grupo. Justina se puso en marcha tan despacio como pudo, al final del todo.

El campo de *lacrosse* parecía infinito. Justina tuvo un pinchazo antes de llegar siquiera a la arboleda, un grupo de árboles que rodeaba la torre. A la luz del día el torreón parecía un edificio bastante inocente, pero después de haber estado encerrada allí una noche el trimestre anterior, la muchacha aún lo miraba con cierta aprensión.

Por lo menos, al pensar en lo mal que lo había pasado, se había olvidado del pinchazo. Cuando llegó a los árboles, superó a varias chicas que habían empezado demasiado rápido y ahora estaban paradas, con el rostro colorado y congestionado, y sin aliento.

—Vamos, chicas. Adelante —les animó Justina. No se había dado cuenta de que la señorita Heron iba corriendo detrás. Con la coleta al viento, la profesora de Educación Física ni siquiera parecía respirar con dificultad.

—Muy bien, Justina —le dijo la profesora—. Llevas muy buen ritmo.

Justina siguió corriendo. Estaba asombrada de que la señorita

Heron supiera su nombre. La antigua profesora de Educación Física la había tratado con un desprecio absoluto.

Era bastante divertido correr entre los árboles, aunque las chicas que iban por delante habían levantado el barro y la cara de Justina no tardó en estar salpicada de lodo. Cuando acabaron de rodear la arboleda, tuvieron que subir la cuesta que dirigía hasta el campo de *lacrosse* y varias chicas se pararon. Justina pasó a Nora y a Eva, que se sujetaban mutuamente para respirar. Las gafas de Nora estaban llenas de barro y Eva estaba casi llorando.

Justina corrió y corrió, recitando juicios criminales en la cabeza para evitar pensar en el dolor de sus piernas. No tardó en cazar a Stella.

—Esto es una tortura —jadeó Stella, que solía ser bastante buena en los deportes.

—Una tortura —dijo Justina. Pero, para su sorpresa, estaba casi disfrutándola.

—Nada de hablar —dijo la señorita Heron, justo detrás de ellas—. El aire se utiliza para correr.

Había que volver a rodear el campo de *lacrosse*. Y bajar a la arboleda. Ahora Justina había dejado atrás a su amiga y solo había tres chicas por delante de ella. Una era Rose. Justina podía ver sus trenzas rubias flotando al aire mientras corría entre los árboles. Las otras dos eran Alicia y Moira, una escocesa pelirroja que sobresalía en el *lacrosse* y en la natación.

El recitado de los juicios criminales llevó a Justina hasta la torre y hasta el camino empinado que la llevaría a la meta. Rose se había detenido para coger aliento, pero, cuando vio que su compañera la iba a adelantar, empezó a correr otra vez. Moira iba un buen trecho por delante y parecía que Alicia acabaría siendo segunda. La carrera por el tercer puesto estaba entre Rose y Justina. Esta intentó abstraerse, concentrarse en poner un pie delante del otro. Miraba al frente, a lo alto de la cuesta donde la señorita Heron les hacía señas, y procuró ignorar a Rose, que iba trotando a su lado. Justina siempre pensó que el deporte no le importaba en absoluto, pero, de repente, quiso derrotar a Rose más que cualquier cosa en el mundo

—¡Vamos, Justina! —gritó la señorita Heron—. ¡Un esfuerzo más!

Justina canalizó toda su voluntad hacia sus piernas cansadas. Recordó todas las veces que había querido rendirse y no lo había hecho, todas las ocasiones en que había luchado contra la pena por no tener a su madre, todas las que había tenido que arreglárselas por su cuenta, a pesar de tener miedo o sentirse insegura. De repente, se percató de que iba más rápido, casi como si alguien estuviera empujándola por la espalda. Sabía que ya estaba por delante de Rose. Solo unos pasos más, unos pasos más… Lo siguiente que notó fue que

la señorita Heron le estaba dando unas palmaditas en la espalda.

—Tercer puesto. Bien hecho, Justina.

La niña se derrumbó en el suelo, la sangre le palpitaba en los oídos. Había llegado tercera. De toda la clase, había llegado la tercera. Había derrotado a Rose.

Era el momento más feliz desde que había llegado a Highbury House.

El miércoles por la tarde, los cursos de segundo y tercer año fueron andando al pueblo para cumplir con el Programa de Buena Ciudadanía. Iban acompañadas por la señorita Heron, vestida, como siempre, con su falda pantalón. Era un día soleado, pero el viento era muy desapacible y la primera parte de la marcha, que discurría por un camino que cruzaba las marismas, resultó muy desagradable. Las niñas llevaban sus gabardinas y caminaban en fila india, encorvadas contra el viento. Al final llegaron al cruce y la señorita Heron indicó el lugar por donde debían dirigirse al pueblo.

—Hay un sendero detrás de ese murete —dijo—. Será más agradable que el camino de las marismas.

Sí: era mucho más agradable. Iban protegidas por árboles y arbustos, y podían caminar normalmente. La señorita Heron empezó a cantar canciones de marcha y enseguida todas se unieron al concierto, serpenteando por los grises campos invernales, envueltas en las nubecillas de vapor de sus alientos.

—¿De dónde será la señorita Heron? —le susurró Justina a Stella, mientras esta iba cantando «Izquierda, izquierda, yo tengo un nombre que nadie recuerda…»—. Parece que conoce muy bien estos lugares.

—¿Quién sabe? Yo solo me alegro de haberme librado del viento —dijo Stella, que ya tenía las orejas congeladas.

Todas llevaban los sombreros bien calados, tanto como podían, pero no servían de mucho. Justina echó de menos tener un gorro como el de su amigo Peter, que tenía unas solapas que le protegían las orejas. Pero, por supuesto, a las chicas de Highbury House no se les permitía llevar algo tan útil.

No pasó mucho tiempo antes de que pudieran ver la torre de la iglesia del pueblo y, poco después, los tejados de paja de las casas. Cuando llegaron a la plaza, la señorita Heron consultó la lista.

—Cuando diga vuestro nombre, podéis ir a buscar la casa en la que vais a hacer vuestro trabajo de Buena Ciudadanía. Todas tenéis el mapa y las direcciones. Nos reuniremos aquí de nuevo a las cuatro y media. ¿Tenéis todas reloj?

Eva dijo que el suyo funcionaba a medias.

—Asegúrate de que hoy funciona —dijo la señorita Heron enérgicamente—. Son las dos y media. Listo. Justina, tú espera un momento.

La muchacha esperó. Confiaba en que la señorita Heron no la retuviera mucho. Había mirado el mapa y había visto que la Guarida del Contrabandista estaba un poco alejada del pueblo, justo al borde del mar. Tendría que caminar otros diez minutos. Se sintió algo nerviosa ante la idea de tener que ir a una casa embrujada, pero, en términos generales, estaba más intrigada que asustada. Además, por lo que sabía, decir que un lugar está embrujado no es más que una artimaña para impedir que nadie vaya por allí.

Una vez despachadas todas las buenas ciudadanas, la señorita Heron y Justina se quedaron solas en la plaza.

—Lo hiciste muy bien en la carrera de ayer, Justina —dijo la profesora de Educación Física.

—Gracias —contestó Justina—. Fue divertido.

La señorita Heron se echó a reír.

—Supe que eras una buena corredora en cuanto te vi.

—¡Ah!, ¿sí? —exclamó Justina—. Pues soy un horror en deporte, pregúnteselo a cualquiera.

—No se trata de que seas buena haciendo deporte —contestó la señorita Heron—. Se trata de tu fuerza de voluntad.

Bueno, Justina lo sabía todo sobre la fuerza de voluntad. ¿Era eso todo lo que la profesora tenía que decirle?

—Estoy preparando un equipo de atletismo —dijo la profesora—. O mucho me equivoco, o tú formarás parte de él.

Justina apenas podía creer lo que estaba oyendo. Pertenecer a un equipo deportivo en Highbury House significaba que una era *alguien*. Podías saltarte ciertas clases y a veces te daban más comida con el té, a la hora de la merienda. La muchacha nunca pensó que pudiera ser una de esas criaturas de la élite. Resultaba extraño: siempre se había visto como un bicho raro en Highbury House, pero, si entraba en un equipo, sería *una de ellas*. No estaba muy segura de que le gustara la idea, por mucho que agradeciera los elogios. Luego recordó cuánto le había gustado derrotar a Rose en la carrera.

—¿Le permiten hacer equipos de atletismo de chicas? —preguntó.

—Oh, sí, claro —contestó la señorita Heron—. Algún día las mujeres llegarán a correr incluso maratones.

Justina recordaba que su madre le había contado la historia de un hombre de la Antigua Grecia que corrió cuarenta kilómetros, desde Maratón a Atenas, para dar un mensaje sobre una batalla. El nombre de la carrera se debía a esa hazaña, pero la niña siempre recordaba que el mensajero murió en cuanto comunicó las noticias. Estaba bastante segura de que, si ella tuviera que correr esos kilómetros, las consecuencias serían las mismas.

—¿Puedo irme ya, señorita? —preguntó—. Creo que tengo un camino bastante largo hasta la Guarida del Contrabandista.

—Iré contigo —dijo la señorita Heron, inesperadamente—. Quiero ver cómo es ese lugar.

Cuando bajaban por la calle principal —que solo tenía una tienda, un café o un bar bastante deprimente llamado El Galeón—, pudieron ver a varias chicas con sus abrigos marrones llamando a distintas puertas. Justina vio a Eva, a la que una anciana y un *cocker spaniel* sobreexcitado daban la bienvenida. En ese momento Justina deseó que le hubiera correspondido una de aquellas casitas tan monas en vez de un caserón embrujado. «¿Dónde estaría la calle de la Rectoría?», se preguntó. Sería estupendo ver la casa de Dorothy. Tal vez podría ir a visitarla algún día.

Llegaron al final de la calle y cruzaron el camino de la costa. Y allí, frente a ellas, estaba la nada: solo pizarra gris y cielo gris. Justina tardó unos minutos en darse cuenta de que aquello era la playa. Las rocas habían formado un banco y hasta que no llegaron allí no pudieron ver el mar propiamente: un mar aún más gris oscuro que el cielo, moteado con la espuma blanca de las olas. Las gaviotas volaban bajo, casi tocando el agua, chillando con sus graznidos misteriosos e inquietantes. El viento soplaba fuerte en esa parte y llevaba a la costa un olor áspero a salitre, a Justina incluso le picaban los ojos.

—Inspira profundamente —dijo la señorita Heron—. El aire del mar es muy bueno para los pulmones —añadió; luego estiró los brazos en cruz y levantó la cara hacia el cielo con los ojos cerrados.

Justina miró a su alrededor. Había solo una casa en aquella parte del camino: era un edificio blanco con techo de pizarra gris y una torre en un lateral. Tenía un aspecto sombrío y un poco amenazante, como si estuviera acechando. Las ventanas parecían blancas frente al mar, pero, cuando Justina se fijó, comprobó que solo era el reflejo del sol en los cristales… una, dos, tres veces. Era como un mensaje en morse… S. O. S.

—¿Esa casa es la Guarida del Contrabandista? —preguntó. Pensaba que la profesora conocería la respuesta.

La señorita Heron abrió los ojos.

—Supongo que debe de ser esa —dijo—. Qué casa tan curiosa. Es raro que la hayan construido tan cerca del mar.

—Me han dicho que está encantada —comentó Justina.

—Ah, siempre se cuentan historias sobre las casas antiguas —dijo la señorita Heron—. Yo no me preocuparía mucho. Estoy segura de que te lo vas a pasar muy bien y de que será todo muy interesante. Te veo luego en la plaza del pueblo, a las cuatro y media.

«No te vayas», suplicó Justina para sí misma. Pero la profesora se alejó, caminando sorprendentemente deprisa por el pedregal de la playa.

La única manera de llegar a la vivienda era pasando por la playa. Justina iba tambaleándose y tropezando con las piedras resbaladizas. La casa parecía que se alejaba cada vez más. El sol ya se había puesto y el viento húmedo soplaba desde el mar. Cuando se acercó, pudo escuchar el ladrido grave de un perro. A lo mejor solo iba a tener que pasear a uno, como Eva. Bueno, eso no estaría del todo mal. Llegó a la casa, que se asentaba en un pequeño roquedal, y subió los peldaños hasta la puerta principal. Las paredes parecían incluso más altas desde ese punto, con la pintura blanca descascarillada y deteriorada en otros lugares por las inclemencias del tiempo. La puerta le parecía a Justina demasiado grande, y era negra, con un aldaba metálica con forma de ancla. Justina inspiró profundamente y luego llamó con fuerza.

Otro ladrido, alto y claro, como una advertencia. Entonces se abrió la puerta y apareció una mujer alta con el pelo gris. Parecía tan terrorífica como la señorita Robinson, pero le dedicó a Justina una amable sonrisa y le dijo:

—¿Eres Justina Jones? Soy el ama de llaves, la señora Kent. El señor Arthur te está esperando. ¿Tienes frío? ¿Te apetece un chocolate caliente?

—Sí, por favor —dijo Justina. Empezaba a estar algo animada. En el colegio a veces les daban cacao, como si fuera un premio, pero era tan flojo y estaba tan aguado que nada tenía que ver con un verdadero chocolate.

La señora la hizo pasar a una sala en la que se imponía un enorme ventanal que parecía lleno de mar. Había un perro enorme —un alsaciano, o eso pensó Justina— tumbado junto a la puerta. Meneó el rabo cuando vio a la niña, pero no se acercó a ella. Justina pensó en su vecino de Londres, el señor Altman, y sus perros. Los carlinos siempre acudían raudos a saludar a las visitas, ladrando y resoplando, pero este parecía un animal distante y orgulloso.

Había un hombre sentado en un sillón junto a la ventana.

—Señor Arthur —dijo la señora Kent—, Justina ya está aquí.

El hombre se giró y sonrió, pero no miró en su dirección. El perro se acercó a su lado y el señor Arthur le palpó el collar y se levantó. Solo entonces Justina se dio cuenta de que el señor Arthur era ciego.

—Bienvenida, Justina —dijo—. Ven, siéntate aquí. La señora Kent te traerá algo de comer.

—Estoy haciendo chocolate —sugirió el ama de llaves—. ¿Le apetece a usted, señor?

—Eso sería una delicia —confirmó el señor Arthur.

Justina se sentó enfrente del caballero. El hombre no era muy viejo, pensó; era probable que andara cerca de los sesenta o quizá ya los había cumplido. A Justina no se le daba muy bien calcular la edad de la gente mayor; los profesores del colegio parecía que tenían todos cien años, por ejemplo, mientras que a su padre siempre lo veía joven. Pero el pelo del señor Arthur era gris, no blanco, y su rostro no estaba muy marcado por las arrugas. Tenía una gran cicatriz en un ojo, y la piel de alrededor estaba como fruncida. Debió de intuir que la niña lo estaba mirando, porque dijo:

—Me hirieron en la guerra. Era piloto y derribaron mi avión. Tuve suerte de no morir… pero me quedé completamente ciego.

—Lo siento. —Eso fue todo lo que se le ocurrió decir.

—No, está bien —dijo el señor Arthur—. Aquí tengo a *Sabre,* que me ayuda. —Y le dio unas palmaditas al perro, que lo miraba como si lo entendiera, como si estuviera adivinando cuál sería la próxima petición de su amo.

—Es precioso —apuntó Justina. Y luego se quedó callada. ¿No sería una falta de educación comentar el aspecto que tenían las cosas a alguien que no puede ver?

Pero el señor Arthur solo sonrió.

—¿A que sí?

La señora Kent les sirvió el chocolate caliente y unas rebanadas de pastel de frutas en una bandeja. El chocolate tenía nata de verdad por encima y el pastel estaba delicioso. Justina siempre tenía hambre cuando estaba en el colegio, así que tuvo que contenerse para no devorarlo todo en dos bocados.

El señor Arthur dio un pequeño sorbo a su chocolate.

—La razón por la que he querido que vinieras —empezó— es porque necesito que me ayudes con los periódicos. Me gusta estar al tanto de las noticias del mundo, pero la señora Kent tiene cosas mejores que hacer que estar leyéndome la prensa. Pensé que si venías y me leías los periódicos una vez a la semana, podría ser una manera estupenda de pasar un buen rato. ¿Qué te parece?

Justina tragó un pedazo de pastel que tenía en la boca.

—Creo que estaría muy bien —dijo, y lo pensaba de verdad. Estar

sentada en un salón calentito, comiendo pastel y leyendo periódicos era, desde luego, mucho mejor que cuidar niños pequeños o pasear perros. «Así que, aunque la casa esté embrujada —se dijo— al menos podré tomar un chocolate caliente todas las semanas.» Pero no pudo evitar un leve escalofrío de temor ante la idea de tener alrededor los fantasmas de los marineros ahogados y ver luces espectrales en la torre por la noche.

En una mesita estaban apilados los ejemplares de una semana del periódico *The Times*. Justina cogió el que tenía la fecha más reciente.

—¿Quiere que empiece a leer? —preguntó.

—Por favor —solicitó el señor Arthur volviéndose hacia ella, aunque pareció que su mirada iba mucho más allá de donde se encontraba Justina. *Sabre*, por otra parte, la miraba fijamente.

Las noticias versaban, en general, sobre los juicios que se estaban celebrando en Rusia contra algunos conspiradores que querían matar a Stalin. Justina intentó pronunciar a duras penas aquellos nombres, pero el señor Arthur asentía como si lo entendiera todo. Podría haber jurado que *Sabre* también asentía. El periódico también decía algo sobre la coronación del rey en mayo y sobre un hombre que estaba construyendo —al parecer— un coche volador en América. El señor Arthur estaba muy interesado en este artículo y le pidió a la muchacha que volviera a leerlo.

—¿Te gustaría volar en un coche, Justina? —preguntó el señor Arthur.

—No sé —contestó—. El de mi padre ya va bastante rápido… a casi cincuenta kilómetros por hora, en ocasiones. A veces parece que vamos volando.

—Tu padre fue piloto en la guerra, ¿no?

—Sí —dijo Justina—. ¿Cómo lo…? —Iba a preguntarle por qué lo sabía, pero se dio cuenta de que eso podía sonar un poco atrevido.

—Mi padre estuvo en el Real Cuerpo Aéreo —dijo—, pero no habla mucho de eso. Ahora es abogado.

—Herbert Jones, consejero de la reina —apuntó el señor Arthur—. Lo sé, lo sé…

Parecía como si estuviera a punto de decir algo más, pero, en ese momento, la señora Kent abrió la puerta.

—Son las cuatro y veinte —dijo—. ¿A qué hora tienes que volver, Justina?

—A y media —contestó. Se puso en pie—. Tengo que irme, lo siento. —Le resultó increíble lo rápido que se le había pasado el tiempo. A través de la ventana solo se veía oscuridad.

—Nos vemos la semana que viene —dijo el señor Arthur. Y sonrió, pero no se volvió al hablarle. *Sabre* dejó escapar un brevísimo ladrido que bien podría haber significado «Adiós».

En el exterior parecía que todo estaba muy oscuro. Justina no podía ni ver el mar, pero sí oírlo, rompiendo contra el banco de piedras. «¿Cuánto se acercarían las olas a la casa?», se preguntaba. Al volverse, vio las luces en las ventanas de la Guarida del Contrabandista, y otra que brillaba en la torre, muy arriba. Recordó la historia que le había contado Dorothy, sobre las luces que engañaban a los marineros y provocaban naufragios mortales. Se apresuró a recorrer el tramo de piedras marinas, intentando mantener la vista en el pueblo y no caerse.

Fue la última en llegar a la plaza, pero la señorita Heron solo marcó su nombre en la lista y no dijo nada. Luego partieron todas juntas, ciñéndose a seguir la ruta de la carretera esta vez.

—¿Cómo te ha ido? —le preguntó Justina a Stella.

—Bien —contestó su amiga—. Los niños querían jugar a los médicos y yo tuve que hacer de paciente. El pequeño me pintó puntos por toda la cara. No sé si me los he conseguido quitar todos. ¿Y tú?

—No sé —conjeturó—. El señor Arthur es ciego y quiere que le lea los periódicos.

—Bueno, eso parece fácil.

—Sí —dijo Justina, pensando en lo que había ocurrido. Le habían caído bien el señor Arthur y la señora Kent (y *Sabre*), pero había algo raro en todo aquello y en la casa al borde del mar. Pensó en la luz encendida en lo alto de la torre.

—Dorothy dice que la casa está embrujada —murmuró.

Stella se echó a reír.

—Dorothy siempre piensa que todo está embrujado. Vamos, vamos… Alcancemos a las demás. Estoy deseando llegar al colegio y comer algo.

Aquella noche, Justina escribió en su diario:

Cosas que averiguar:
¿La señorita Robinson es enfermera de verdad o no?
¿Por qué la señorita Heron conoce tan bien los alrededores?
¿Cómo es que el señor Arthur sabe quién es mi padre?
¿La Guarida del Contrabandista está realmente embrujada o hay otro misterio?

A la mañana siguiente, en la hora de estudio antes de las clases, la señorita Morris fue pasando lista y preguntando a las niñas qué tal les había ido en la experiencia de la Buena Ciudadanía.

—Me gustó mucho —le dijo Justina muy en serio—. Y el señor Arthur me agradó. Tiene un perro precioso, además. Un alsaciano.

—Bueno, no acaricies al perro a no ser que te den permiso —ordenó la señora Morris—. Los perros guía son perros de trabajo, no mascotas. Me alegra que te guste el destino que se te ha asignado. —Y pasó a preguntarle a Stella, que estaba en el pupitre de al lado.

—Señorita Morris…

La profesora se dio media vuelta, con las cejas levantadas.

—Señorita Morris —repitió Justina—. ¿Cómo se hicieron las asignaciones? Quiero decir… ¿quién eligió a qué casa teníamos que ir cada una?

—Lo organizó todo la señorita De Vere —dijo la señorita Morris, con su vocecilla más indiferente—. Ahora, sigue leyendo en silencio.

La primera clase de aquel día era Educación Física y, una vez más, la señorita Heron les hizo dar dos vueltas alrededor del campo de *lacrosse* y la arboleda. Justina intentó emplear la misma estrategia, empezando despacio y, poco a poco, ir avanzando en la carrera. Esta vez tuvo más éxito incluso que la anterior, y llegó segunda, detrás de Moira. Rose fue tercera y Alicia, cuarta. Alicia era la mejor amiga de Rose y Justina se preguntó si habría dejado que esta la ganara. Daba

igual, Justina estaba encantada. Incluso cuando estaba con las manos en las rodillas, doblada, intentando recuperar el aliento, se sentía como si fuera gigante. Había llegado segunda. Ella, Justina Jones, que era la peor del mundo en clase de Educación Física.

—Moira, Justina, Rose y Alicia —dijo la señorita Heron—, vosotras seréis mi equipo de atletismo de campo a través. La reserva será… —echó un vistazo al resto de las chicas, que estaban tiradas por el suelo o dobladas, jadeando—, Stella —dijo. Justina sonrió ampliamente y Rose le lanzó una mirada asesina—. Nos reuniremos para entrenar y correr los fines de semana y después de clase cuando las tardes sean más largas —informó la señorita Heron—. Espero que estemos preparadas para inscribirnos en una carrera en Semana Santa.

—¿Correr más los fines de semana? —dijo Rose cuando volvían todas al edificio principal, después de ducharse y cambiarse—. Que no cuente conmigo.

—¿No quieres estar en el equipo de atletismo? —preguntó Justina.

—La verdad es que no. —Rose se encogió de hombros, pero Justina sospechaba que estaba mintiendo. Creía que a Rose le encantaría, cómo no, formar parte de otros equipos del colegio.

—Pues parece divertido —comentó Justina.

—Te lo parece solo porque has encontrado un deporte que puedes practicar —dijo Rose—. Y no es muy difícil: se trata solo de correr por el campo.

—Si no es difícil, ¿por qué no ganas? —preguntó Stella.

Era muy raro que Stella hablara de un modo tan cortante. Rose y Alicia intercambiaron miradas y Alicia preguntó, intentando cambiar de tema:

—¿Quién va a hacer la audición para *Alicia en el País de las Maravillas* a la hora de comer?

—Yo —dijo Justina—. ¿Y tú, Stella?

—Si vas tú, yo también —afirmó—. Aunque seguro que a mí no me dan ningún papel. Yo creo que actuar es un bochorno espantoso.

—Entonces no serás Alicia —le pinchó Rose—. Ni tú tampoco, Justina. Tienes el pelo demasiado corto.

—Preferiría ser la Reina de Corazones —dijo Justina.

—¿No es esa mujer horrible que solo quiere que le corten la cabeza a los demás? Sí, es de suponer que te gustara ser esa.

—¡Que le corten la cabeza! —murmuró Justina cuando Rose se alejaba, con las trenzas rubias resplandeciendo bajo el sol invernal.

Justina y Stella fueron las primeras en llegar a la audición. La señorita Crane, la profesora de Lengua, se las encontró a la puerta del salón de actos.

—Hola. Venís prontísimo. ¿Podéis traer un par de sillas para la señorita De Vere y para mí? Tengo que ir a por los guiones. —Y se fue a toda prisa, casi como el conejo blanco del que se habla en *Alicia en el País de las Maravillas*.

El salón de actos estaba vacío, pero el telón del escenario se había retirado, dejando abierto un espacio en el que siempre parecía que iban a ocurrir mil cosas.

—Ay, no… —dijo Stella con un lamento—. ¿Crees que nos tocará subirnos al escenario?

—Supongo —contestó Justina—. ¿Dónde dejamos las sillas? ¿Ahí enfrente?

Las colocaron y luego Justina no pudo resistir la tentación de subir al escenario, solo para ver qué se sentía. Después de unos minutos allí, Stella subió también.

—Ser… ¡o no ser! —exclamó Justina, adoptando la pose de Hamlet. Su voz retumbó en todo el salón de actos vacío.

—¡Amigos, romanos, ciudadanos…! —exclamó Stella.[1]

Cuando se les agotaron las citas de Shakespeare, empezaron a declamar canciones infantiles. Cuando iban por la mitad de «Un elefante se balanceaba…», Justina agarró a su amiga por el brazo.

—¡Escucha!

—¿Qué?

—Alguien está subiendo la escalera del sótano.

El año anterior, cuando Justina y Stella habían bajado allí, habían utilizado una escalera estrecha que salía de un rincón del salón de actos. Se accedía a las zonas inferiores por una puertecilla lateral, en un ángulo de la sala, pero, por lo que Justina sabía, ese portillo estaba siempre cerrado. Entonces, las dos dieron unos pasos atrás y se escondieron en las sombras del escenario. Observaron que la puertecilla secreta se abría lentamente y aparecía por allí la señorita Robinson. Echó un vistazo al salón de actos y enseguida se dirigió hacia la salida, caminando a toda prisa. Llevaba puestas las zapatillas deportivas.

—¿Qué demonios estaba haciendo la celadora en el sótano? —exclamó Justina en cuanto se cerró la puerta—. La señorita De Vere dijo que estaba prohibido bajar ahí.

—Puede que la orden no afecte a los profesores —apuntó Stella.

—Aun así, ¿qué estaba haciendo ahí abajo? No creo que esa mujer tenga ninguna razón para bajar a las bodegas.

Pero, antes de que Stella pudiera contestar, las puertas se abrieron y entraron la señorita Crane y la señorita De Vere, seguidas por media docena de aspirantes a actriz.

Justina pensó que la audición había ido bastante bien. Era difícil saberlo. Quería un papel en la obra, así que seguramente por eso estuvo más nerviosa de lo normal. Las aspirantes tenían que leer un texto de Alicia, uno que trataba sobre su caída por la madriguera del conejo y pensaba que podría acabar en Australia. Justina empezó leyendo muy rápido… y tuvo que obligarse a ir más despacio y a respirar adecuadamente. Pero al final se había confundido con la palabra «antípodas», igual que un montón de chicas; la señorita Crane incluso dejó escapar un «Muy bien» cuando terminó. Justina estuvo pensando en la obra toda la tarde, hasta que en Historia, la señorita Hunting comentó algo que la devolvió a la realidad.

—Highbury House es un edificio victoriano —estaba diciendo—, pero los sótanos y las bodegas probablemente se remonten a la época Tudor, cuando había aquí una casa señorial.

Justina levantó la mano.

—¿Sabe usted mucho de esta casa, señorita Hunting?

La profesora le lanzó una mirada seca, como si le molestara la desfachatez de la niña, pero luego se recompuso y dijo:

—Si os digo la verdad, estoy escribiendo un libro sobre la historia de Highbury House. Es un tema fascinante.

A la espalda de Justina, Eva dejó escapar un leve gruñido. Era evidente que a ella no le parecía un tema tan fascinante. Pero la profesora añadió:

—Durante la monarquía de la reina Isabel, a los católicos no se les permitía decir misa, así que algunas familias siguieron conservando su antigua fe e incluso disponían de lugares secretos en sus casas donde se podían esconder los sacerdotes. Yo creo que hay uno de esos «escondrijos de curas» en este mismo edificio.

Y observó a la clase de forma imponente, el sol brillando en su pelo rubio plateado.

—¿Un «escondrijo de cura»? —protestó Eva—. ¿Quiere decir… como una madriguera de conejo?

«Es evidente que ella también está pensando todavía en *Alicia en el País de las Maravillas*», se dijo Justina.

—No digas tonterías, Eva —le dijo la señorita Hunting—. Aún no he encontrado el escondrijo del cura, pero creo que estará en la parte más antigua del colegio.

—En el sótano —apuntó Justina.

—Seguramente —dijo la señorita Hunting—. Ahora, volvamos a la Guerra de las Dos Rosas.

Justina no había podido avanzar mucho en el Misterio del Sótano,

pero estuvo pensando mucho en ello durante todas las clases vespertinas: Latín, Matemáticas y Bailes Regionales. Luego, en la cena, ocurrió algo que la apartó de su trabajo detectivesco.

—Un paquete para Justina Jones.

Era uno de aquellos paquetes «de contrabando» que le enviaba su padre. Las chicas se arremolinaron alrededor de ella, lanzando exclamaciones en toda su variedad juvenil, «Ooooh», «Aaaah», mientras la muchacha desempaquetaba el contenido: pastel de frutas, galletas de mantequilla, galletas de chocolate, latas de piña y frutas en macedonia. El último paquetito era una caja de dulces con los guardias granaderos en la tapa. Justina tocó por debajo… Sí, allí estaba: la nota habitual de su padre escondida en la parte inferior. La niña la cogió y se la guardó en un bolsillo para leerla más tarde.

—Guárdate el paquete, Justina —dijo Helena Bliss desde la mesa de las delegadas—. Solo se puede comer una de esas cosas en la mesa.

Justina volvió a guardar las cosas en el envoltorio e hizo correr un paquete de galletas por la mesa, con una alegre sonrisa. Las Lechuzas se la devolvieron. Sabían lo que significaba aquel «paquete de contrabando». Significaba que habría un banquete nocturno.

Aquella noche, en cuanto se alejaron los pasos de la señorita Robinson, las Lechuzas se sentaron en el suelo y dieron comienzo a su banquete. Hacía mucho frío en el dormi, pero se arroparon con mantas y Justina puso su linterna en el medio del círculo, como si estuvieran en un campamento al aire libre. Se fueron pasando la piña y la macedonia —su padre había tenido la consideración de incluir un abrelatas y algunas cucharillas—, y Justina cortó el pastel con su navajita. Aquello le recordó el pastel de frutas que había comido en la Guarida del Contrabandista, con *Sabre* mirándola fijamente.

Nora contó historias de fantasmas, sujetando la linterna bajo la barbilla para conseguir que su cara resultara aterradora. Después de una historia sobre La Cosa Que Caminaba Por La Noche, Eva empezó a gritar. Rose le dijo que no fuera gallina y, de repente, a Eva le entró hipo. Aquello acabó entre risillas que pronto se contagiaron al resto. En otras palabras, fue un festín nocturno habitual.

Cuando por fin todas se fueron a la cama, Justina leyó la carta de su padre a la luz de la linterna:

Espero que el trimestre haya empezado bien y que estés contenta de haber vuelto a ver a tus amigas. Si descubres otro misterio, intenta no saltarte muchas reglas del

colegio mientras lo resuelves. Y, lo más importante: ¡cuídate! Te echo muchísimo de menos y estoy deseando verte en las vacaciones de febrero.

Con todo mi amor,

Papá.

Guardó la nota bajo la almohada y luego se tumbó para dormir. Pero solo unos minutos más tarde, se incorporó, volvió a encender la linterna y escribió en su diario:

¿Qué demonios estaba haciendo la señorita Robinson en el sótano? ¿Habrá un <<escondrijo de cura>> ahí abajo?

¿Y por qué sabía la señorita Morris que Sabre es un perro guía?

Justina estaba deseando volver a la Guarida del Contrabandista. Sería interesante poder leer los periódicos —en Highbury House a las chicas no se les permitía ni escuchar las noticias en la radio— e intentar resolver el misterio de por qué el señor Arthur conocía a su padre y la señorita Morris sabía cosas de *Sabre*. Y quizá la señora Kent la pudiera agasajar con un poco más de pastel.

Pero, después del desayuno del miércoles, el día incluso mejoró aún más.

Dorothy se cruzó con ella cuando las chicas salían del comedor. Llevaba una bandeja con platos sucios y tenía los ojos brillantes.

—¿Sabes una cosa?

—¿La nueva celadora es una mujer lobo?

—No, boba. Mi madre ha escrito a la señorita De Vere preguntándole si podías venir a tomar el té a casa. Es mi medio día libre y tú vas a ir al pueblo de todos modos…

—¿Y ha dicho que sí? —Justina apenas podía creérselo.

—¡Sí! Ha dicho que podías ir a nuestra casa a tomar el té y que luego podíamos volver al colegio. Estaremos bien las dos juntas aunque ya haya oscurecido.

Justina dio un salto de alegría. Siempre había tenido la impresión de que los profesores no aprobaban su relación de amistad con Dorothy y, sin embargo, ahí estaba la directora, aceptando que fuera a tomar el té a casa de su amiga y a conocer a su familia. ¡Estaba encantada!

La tarde era resplandeciente y casi primaveral, el sol brillaba en los arroyos ocultos que zigzagueaban en los marjales y las marismas. La señorita Heron emprendió la marcha a buen paso y, poco después, las chicas ya se estaban quitando las gabardinas y los sombreros. En la plaza del pueblo, la señorita Heron fue pasando lista y les dijo que estuvieran de vuelta todas a las cuatro y media.

—Salvo Justina. Entiendo que tienes permiso para llegar más tarde.

—¿Dónde vas? —preguntó Rose. Y no lo hizo de buen humor. La tarde anterior, ejerciendo de buena ciudadana, le había tocado ayudar a una familia lavando los platos (lo que ella calificaba como «un trabajo de criada»). Estaba pensándose escribir a sus padres y quejarse.

—Es una misión secreta —dijo Justina. Solo Stella sabía dónde iba a ir. No quería que Rose hiciera comentarios sarcásticos sobre la familia de Dorothy.

—Iré contigo hasta la playa, Justina —informó la señorita Heron—. El resto podéis ir a vuestros destinos asignados.

«¿Por qué me acompaña la señorita Heron?», pensó Justina. ¡Si ya se sabía el camino! Pero no dijo nada y las dos partieron por la calle principal hacia la playa.

Esa tarde el mar parecía distinto: era azul y resplandecía con los destellos del sol, rompiendo contra las piedras de la playa con pequeñas y juguetonas olas. Permanecieron durante unos instantes en el banco de pizarra, mirándolo. Entonces, la señorita Heron dijo:

—¿Cómo es el señor Arthur?

—Bueno… es ciego —dijo Justina.

—Eso no dice nada de él —apuntó la señorita Heron de un modo bastante cortante—. Eso solo es una cosa que le ha ocurrido.

—Ya —dijo Justina. Se sintió un poco avergonzada por su primera respuesta—. Parece muy amable —añadió—. Me dijo que había sido piloto durante la guerra y aún parece entusiasmado por volar. Quiere que le lea los periódicos.

—¿Le interesan los deportes? —preguntó la señorita Heron.

Justina reprimió una sonrisa. La profesora de Educación Física realmente estaba obsesionada con su materia. No podía imaginar que hubiera alguien en el mundo al que no le interesara el deporte.

—No lo sé —contestó—. No llegué a las páginas de deporte la última vez.

Le dio la impresión de que la señorita Heron no estaba escuchándola. La profesora se agachó, cogió una piedra y la lanzó al mar. La piedra saltó sobre el agua, una, dos, tres veces, brillando y salpicando gotas resplandecientes por el sol.

—¡Vaya! ¡Me gustaría saber hacer eso! —exclamó la niña.

—Solo es práctica —dijo la señorita Heron—. Como las carreras. Como todo. Que tengas buena tarde, Justina. Cuidado cuando Dorothy y tú volváis al colegio. Asegúrate de que cogéis el camino correcto.

Justina supo que ese era el momento de marcharse. Le dijo adiós y se encaminó hacia la Guarida del Contrabandista. Pero, cuando miró atrás, la señorita Heron aún seguía mirando fijamente el mar.

En aquella ocasión, *Sabre* ni siquiera ladró. Levantó la cabeza cuando Justina entró a la salita y movió el rabo como si quisiera decir «Bienvenida de nuevo. Ahora vamos con las noticias».

La señora Kent volvió a hacer chocolate y lo sirvió acompañado de unas deliciosas galletas de canela. Justina se comió dos, y solo a regañadientes decidió que comer tres sería glotonería. Leyó en voz alta algunas noticias sobre inundaciones y huelgas, y sobre una aeronave llamada *Hindenburg* que se estaba construyendo en Alemania. El señor Arthur estaba muy interesado en ese asunto y le pidió que leyera otra vez el artículo. El rabo de *Sabre* golpeaba la tarima del suelo a espacios regulares.

Cuando Justina acabó de leer, el señor Arthur miró hacia la ventana como si pudiera ver a través del cristal, el cielo oscureciendo poco a poco, a medida que avanzaba el atardecer.

—¿Te gustan las marismas de Romney, Justina? —preguntó.

—Me gusta el mar —contestó—. Las marismas son un poco deprimentes. Estamos empezando a conocer los alrededores. El trimestre pasado no nos permitían salir del colegio.

—Yo llegué aquí cuando era joven —dijo el señor Arthur mirando aún más allá del cristal de la ventana—. Y me encantaba. Los cielos tan enormes, el mar siempre cambiante… Donde nací no había mar.

La niña se preguntó por qué habría querido volver a ese lugar, ahora que ya no podía ver ni el mar ni el cielo. El hombre sonrió como si hubiera averiguado lo que pensaba su lectora. Jugueteó con las orejas de *Sabre*.

—Regresé aquí porque estoy buscando a una persona, a ver si es posible… —dijo, como si Justina le hubiera hecho la pregunta—. Es gracioso que siga utilizando la palabra «ver», aunque sé que no puedo hacerlo.

—¿Y está buscando a quién? —preguntó Justina, consciente de que la señorita Crane diría que la frase era irremediablemente antigramatical.

—A mi hija —confesó el señor Arthur, aún sonriendo.

—¿A su hija? —Justina apenas podía creer lo que estaba

escuchando.

—Sí. Cuando vivía aquí, antes de la guerra, estaba casado y tuve una hija. Ahora la estoy buscando. «Buscar», otra de esas palabras relacionadas con ver, ¿no? Pero uno tal vez pueda buscar aunque no vea…

—¿Y sabe usted dónde está su hija?

El señor Arthur no contestó enseguida y, para sorpresa de la muchacha, se dirigió a su perro.

—¿Estamos solos, *Sabre*? —El perro ladró brevemente. Entonces, el señor Arthur se giró hacia Justina y, por vez primera, casi se encontraron sus miradas—. ¿Puedes guardarme un secreto, Justina?

—¡Sí! —dijo la lectora. Con excesivo entusiasmo, tal vez. Echó un vistazo por toda la salita y, como había confirmado *Sabre*, estaban solos.

—Creo que mi hija está en el Internado Highbury House para Señoritas de Buena Familia —dijo el señor Arthur.

Una vez más, Justina apenas podía creer lo que estaba oyendo. Se quedó observando fijamente al señor Arthur, que parecía mirarla y seguía sonriendo de una forma vaga e indefinida. *Sabre* meneaba el rabo, animado.

—¿En mi colegio? —dijo al final.

—Creo que sí —confirmó el señor Arthur—. En todo caso, es la última dirección que tengo de ella. Por eso te necesito. Necesito que seas mi detective.

El corazón de Justina empezó a latir de forma violenta ante aquellas palabras. Pero, de todos modos, algo no cuadraba… ¿Por qué iba a necesitarla *a ella?*

—¿Por qué no le escribe una carta a la directora? —preguntó—. A la señorita De Vere. Ella se lo dirá. —Mientras, se quedó pensando en las alumnas de su escuela, unas doscientas más o menos. ¿Cuál de ellas podría ser la hija perdida del señor Arthur?

—Tengo razones para no dirigirme a la señorita De Vere —dijo el señor Arthur—. Y hay razones por las que mi hija podría no estar muy dispuesta a saber de mí.

—¿Qué razones? —quiso saber Justina. Se dio cuenta enseguida de que la pregunta no era muy educada, pero, por otra parte, iba a ejercer de detective y los detectives tenían la obligación de hacer preguntas incómodas.

—No puedo decírtelas todavía —repuso el señor Arthur—. Quizá cuando nos conozcamos mejor. Esta es una casa llena de secretos, Justina. Los contrabandistas que utilizaron este caserón antaño tenían sus propios secretos. Permíteme que yo guarde los míos durante un

tiempo. Entretanto, ¿me ayudarás?

—Pero… ¿por qué yo? —preguntó—. Solo soy una estudiante.

—Eres hija de Herbert Jones —dijo el señor Arthur, con un atisbo de sonrisa—. Es un abogado brillante y fue piloto, como yo. Además, he oído que resolviste un caso de asesinato en el colegio el año pasado.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó Justina.

—Eso también es secreto, me temo. Pero sé que tú eres la única persona que puede ayudarme. ¿Por qué crees que solicité a la hija de Herbert Jones para que fuera mi Buena Ciudadana?

La muchacha estaba con la boca abierta. ¡El señor Arthur la había solicitado! Eso cambiaba mucho las cosas. Se había quedado muda cuando la señora Kent entró en la sala.

—Son casi las cuatro y media, Justina. Será mejor que pienses en marcharte ya. ¿Quieres llevarte las galletas que han sobrado?

Justina corrió por la playa, resbalando y patinando por las piedras húmedas. Ya casi había oscurecido, pero el cielo parecía una pizca más iluminado que la semana anterior. ¿O era solo que estaba más contenta? Al final tenía un verdadero misterio que resolver, algo más importante que si la señorita Robinson tenía el título de enfermera. Y ahora iba a conocer a la familia de Dorothy. Corrió por el camino de la costa y avanzó luego por la calle mayor del pueblo, buscando la calle de la Rectoría.

La casa de Dorothy era la última de una fila de casitas de pueblo, todas construidas en piedra y pizarra, con techumbres bajas y con las puertas pintadas de diferentes colores. La de su amiga era verde y se abrió justo antes de que Justina tuviera tiempo de llamar.

—Te estaba esperando —dijo—. Llegas cinco minutos tarde.

—He venido corriendo todo el camino desde la Guarida del Contrabandista —replicó Justina.

—Dotty, deja a la pobre muchacha que coja aire… —Apareció una mujer al fondo. Era bajita, con el mismo flequillo que Dorothy y con una sonrisa acogedora.

—Hola, Justina. Soy Hattie, la mamá de Dorothy. Déjame darte un abrazo. Siento como si te conociera desde siempre.

Era la primera vez que la abrazaba una madre desde que la suya había muerto. No era lo mismo; para empezar, su madre había sido una mujer bastante alta y Hattie superaba por poco a la propia Justina; pero le resultó maravilloso. Solo por un instante, la niña temió ponerse a llorar.

La madre de Dorothy le dio unos golpecitos en la espalda como si

comprendiera lo que pasaba por su cabeza.

—Vamos, pasa y siéntate —dijo—. Tengo una buena merienda con té esperando. Dotty dice que la comida que os dan en el colegio es horrible.

—Lo es —confirmó Justina con pesar.

La puerta principal daba directamente a una sala que parecía abarrotada de muebles y gente: un sofá, dos sillas, un aparador y una mesa redonda con un mantel a cuadros. Había dos niñas sentadas en el sofá, jugando con muñecas. Justina sabía que debían de ser Susan, de diez años, y Elsie, de ocho. Esta era la que había estado enferma y Justina, al verla, pensó que aún estaba bastante pálida. Un bebé muy grande estaba sentado en el suelo, mirándolas.

A Justina le dieron ganas de ir a jugar con las niñas, aunque ella nunca había sido muy aficionada a las muñecas. Aunque necesitaba hablar de inmediato con Dorothy. Quería contarle todo lo del señor Arthur y su hija misteriosa.

Pero resultaba difícil tener un poco de intimidad en aquella casa maravillosamente llena de gente.

—Tenemos que poner la mesa para el té —dijo Dorothy con una voz firme y mandona que Justina no le había escuchado nunca antes.

—Johnny vendrá enseguida —dijo Susan. Justina sabía que John tenía doce años, su misma edad, y era el segundo de los hijos, después de Dorothy. Preguntó dónde estaba—. Trabaja en una granja por las tardes —dijo su amiga—. Ayuda a ordeñar. Quiere ser granjero.

Justina se sentó en el sofá con las niñas más pequeñas. Elsie le enseñó una de las muñecas.

—Esta es *lady* Penélope —dijo—. Dotty cuenta un montón de historias de ella.

—Yo ya soy muy mayor para muñecas, la verdad —dijo Susan—. Solo le estoy haciendo compañía a Elsie porque no se encontraba muy bien.

—Y entonces, ¿por qué duermes con tu osito de peluche? —replicó Elsie.

—Yo también lo hago —dijo Dorothy—, y tengo quince años. Ahora, id a lavaros las manos antes del té.

Resultaba extraño ver a Dorothy ejerciendo de hermana mayor. Justina era hija única y no podía imaginar cómo sería tener hermanos o hermanas a los que cuidar… o mandar. Las niñas pequeñas se levantaron enseguida, fueron a la cocina y cerraron la puerta. Justina se dio cuenta de que el baño y el retrete debían de estar en el exterior.

Dorothy cogió al bebé del suelo y lo acunó en su cintura.

—Este es Tommy —dijo—. ¿A que está enorme? ¿Quieres cogerlo?

—No, gracias —respondió Justina, dando un pequeño paso atrás—. Se me podría caer.

Su amiga pareció un poco decepcionada, pero, en ese momento, la puerta se abrió y entraron un hombre y un chico: el padre y el hermano de Dorothy. El padre, que era vaquero en la granja, era alto y tenía la cara muy colorada. No hablaba mucho, pero, cuando se reía, lo hacía con un estrepitoso «jo jo jo…», como si estuviera imitando a Papá Noel. John también era un chico alto, con el pelo oscuro y pecas. Tenía la edad de Justina, pero parecía mayor.

—Dorothy siempre nos habla de ti —dijo.

—Mentira —Dorothy se puso colorada.

—El té está listo —dijo Hattie, saliendo de la cocina—. A lavarse las manos, chicos.

La merienda fue el mejor banquete que Justina había tenido en los últimos siglos, quizá en toda su vida: mermelada, ensalada, huevos cocidos, pan aún caliente del horno, mantequilla, queso envuelto en tela azul… Los niños tomaron leche y los mayores, té de una enorme tetera que tenía una funda a rayas. La familia habló de la granja, del premio que había recibido Susan por leer y del nuevo diente de Tommy. El ambiente era casi tan ruidoso como el de Highbury House, pero mucho más alegre. Justina pensó en sus comidas solitarias con su padre, donde ambos se dedicaban a leer durante todo el rato… su padre, papeles legales, ella, un libro apoyado en el vaso. No es que la vida con su padre fuera desagradable, pero Justina se preguntó cómo sería formar parte de una familia como aquella, donde todo el mundo tenía cosas que contar y de las que opinar. A Justina le encantaba escucharlos; el tono amable de la familia era muy diferente de las órdenes tajantes de los profesores del colegio. «El señor Arthur también tiene una voz agradable», pensó. Era raro, de todos modos.

—Justina estuvo en la Guarida del Contrabandista hoy —dijo Dorothy. Parecía decidida a meter a su amiga en la conversación.

—¿Y qué haces allí, Justina? —preguntó la madre.

—Leo para el señor Arthur —dijo Justina—. Es parte de una cosa que llaman Buena Ciudadanía que hacemos en el colegio.

—El señor Arthur parece un hombre agradable —añadió la madre —. Es un poco reservado. Hablé con él una vez, cuando iba con su perro guía por la playa. Su ama de llaves es Beryl Kent. He oído que atiende la casa maravillosamente. Es una casona bien grande…

—¿El señor Arthur no tiene familia? —preguntó Justina. Pensó que cabía la posibilidad de averiguar algo sobre la hija misteriosa.

—Creo que no —dijo la madre—. El señor Arthur comentó que, cuando muriera, le iba a dejar la Guarida del Contrabandista a la señora Kent y a su perro. Estaría bromeando, pero es bastante triste, me parece.

—La Guarida del Contrabandista está embrujada —dijo Susan—. Se pueden ver luces brillando en la torre por la noche.

—¿Para qué sirve esa torre? —preguntó Justina—. Es extraño.

—Antes era un faro —dijo la madre de Dorothy—. La playa es traicionera, ¿sabes? Hay un montón de bancos de arena cerca de la costa y los barcos pueden encallar. Y la línea de costa cambia constantemente. El faro ayudaba a los marineros a llegar a la orilla, pero era difícil encontrar a gente que quisiera trabajar allí y ahora la torre está inutilizada, por lo que yo sé. La casa también estuvo vacía, hasta que el señor Arthur se trasladó a vivir ahí.

—Dorothy me dijo que la gente solía utilizar las luces para confundir a los barcos… —dijo Justina.

—Hace mucho tiempo así era —continuó la señora Hattie—. Saqueadores de naufragios, solían llamarlos. Encendían hogueras en el camino de la costa donde había bancos de arena y rocas. Los barcos encallaban y los saqueadores robaban todo lo que había a bordo. Yo a eso lo llamo maldad. Se ahogaron un montón de pobres marineros.

—Aún se les puede oír, aullando, algunas noches… —dijo Susan.

—Tonterías —dijo John—. Es solo el mar.

—El caserón se utilizó para el contrabando —informó William, el padre de Dorothy, que habló casi por primera vez—. Por eso tiene el nombre que tiene. Este pueblo fue famoso en su tiempo por el contrabando. Incluso el vicario estaba en el ajo, dicen. Algunos afirman que había túneles que partían del caserón y llegaban hasta el pueblo, e incluso más allá, como hasta Highbury House. Se dice que el viejo amo, *lord* Highbury, andaba en tratos con los contrabandistas.

—¿Highbury House? —dijo Dorothy—. Pero si está lejísimos de aquí…

—No tan lejos, en línea recta —respondió el padre—. Menos de un kilómetro y medio por el camino de la costa.

Justina pensó en la casa y en la torre con sus extrañas luces. Pensó en cómo ululaba el viento desde el mar. Se alegraba de estar sentada en un lugar cálido y rodeada de gente.

—Come un poco más de queso, Justina —dijo la señora—. Ahora traeré la tarta de manzana.

Justina deseó quedarse allí toda la vida.

Eran casi las siete y media cuando Justina y Dorothy salieron de la casa. Tenían que estar en el colegio a las ocho, pero resultó difícil partir, especialmente después de que se encendiera la chimenea y los padres de Dorothy se pusieran a escuchar la radio mientras los niños jugaban a las cartas en la mesa. Pero Elsie tenía que irse a la cama a las siete porque había estado enferma y Susan tenía aún que hacer sus deberes. Justina y Dorothy se pusieron los abrigos pero tardaron en salir, porque la señora Hattie quería darles un poco de bizcocho y Elsie les pidió que fueran a darle las buenas noches.

Elsie estaba incorporada en una enorme cama que casi llenaba la diminuta habitación que había en el desván. ¿Dónde dormiría Dorothy cuando estaba en casa?, se preguntaba Justina. ¿Y John? Solo había dos dormitorios en la parte de arriba de la casa y sabía que el bebé dormía con los padres.

—Adiós, Elsie —dijo Justina—. Que descanses.

—Adiós —contestó la niña—. Vuelve a vernos pronto.

—Lo haré —prometió Justina.

Dorothy le dio un beso de despedida a su hermana y las dos amigas bajaron las escaleras. John se reunió con ellas a la puerta.

—Iré con vosotras hasta el cruce —dijo con un farol en la mano.

—No nos da miedo la oscuridad —dijo Dorothy.

—Y yo también tengo una linterna —dijo Justina. Pero, para sus adentros, estaba muy contenta de que John las acompañara.

La señora Hattie le dio un beso de despedida a Justina y le dijo que regresara pronto. El señor William le estrechó la mano y murmuró algo sobre la bienvenida que se le daría siempre en esa casa. Dorothy

se despidió de sus padres con un beso y a Susan le dio un abrazo rápido. Luego partieron, John delante y después Dorothy con una lata llena de bizcocho bajo el brazo.

Cuando pasaron por la plaza del pueblo, vieron que la mayoría de las casas ya tenían las luces apagadas y estaban a oscuras. La única luz era la que procedía de la luna menguante que se asomaba de vez en cuando entre las nubes.

—La gente se va a la cama pronto aquí —dijo Dorothy—. La mayoría trabaja en el campo y tienen que levantarse al amanecer.

—Se empieza a ordeñar a las cinco —dijo John.

—¿Haces eso antes de ir al colegio? —preguntó Justina. A ella ya le parecía lo bastante duro levantarse a las siete.

—Sí —dijo John—. Pero creo que dejaré la escuela el año que viene.

—Qué suerte —dijo Justina.

Había una sola luz brillando en la rectoría.

—Seguramente el vicario estará preparando el sermón —dijo Justina. Pasaron junto a la iglesia y el cementerio, y las estelas mortuorias se inclinaban en ángulos siniestros. Un búho ululó desde la arboleda y Justina se alegró de que el farol de John y su propia linterna fiel les fueran mostrando el camino que se dirigía hacia los marjales.

No pasó mucho rato antes de que vieran la señal del cruce, iluminado con la luz de la luna.

—A algunas personas las solían enterrar en los cruces de caminos —dijo John—. A los asesinos y a los vampiros. Los enterraban con estacas de madera clavadas en el corazón.

—Mentira —dijo Dorothy.

—Los vampiros no existen —dijo Justina, pero se acercó un poco a su amiga.

El camino de las marismas refulgía delante de ellas. En el pueblo, la noche parecía clara, pero entre las tierras pantanosas había jirones de niebla que aparecían y desaparecían como el humo.

—¿Puedo dejaros aquí? —dijo John.

—Por supuesto —contestó Justina—. El colegio no está lejos. Adiós, John.

—Adiós, Justina. Adiós, Carabizcocho.

Dorothy ni siquiera se molestó en contestar. Cogió de la mano a Justina y ambas partieron por el camino desierto.

Todo parecía mucho más oscuro después de que John y su farol se hubieran ido. La luna había desaparecido y parecía que la linterna de Justina apenas conseguía penetrar en la oscuridad. Pero, al menos, casi ni se daba cuenta de lo que tenía alrededor, porque estaba deseando contarle a Dorothy lo que le había pasado en casa del señor Arthur y el encargo de buscar a su hija.

—Entonces, ¿es una alumna del colegio? —preguntó Dorothy, mientras caminaban deprisa y sus pasos reverberaban en la noche—. ¿No sería gracioso que fuera alguien como Helena Bliss?

Justina pensó en el señor Arthur, sentado frente al paisaje marino que ya jamás podría volver a ver. Le escuchaba decir: «Yo vivía aquí antes de la guerra, me casé y tuve una hija». Se imaginó al hombre, con su pelo cano, que parecía mucho más viejo que su padre.

—Dorothy… —dijo—. El señor Arthur dijo que había vivido aquí antes de la guerra. Eso significa… antes de 1914. ¿Cuántos años tiene una persona que ha nacido en 1914? —Sabía que Dorothy era buena haciendo sumas y restas de memoria.

—Veinticinco —contestó inmediatamente. Luego, dándose cuenta de lo que Justina quería decir, añadió—: Entonces, la hija del señor Arthur no puede ser una alumna de la escuela. Tiene que ser una mujer adulta.

—Exacto —dijo Justina—. Tendría que tener, por lo menos, veinticinco años, y quizá más. Sería…

—Una profesora —concluyó Dorothy.

—O tal vez alguien que trabaje en el colegio.

—Como la señora Hopkirk —dijo Dorothy entre risillas—. Pero es imposible, porque tiene noventa años. No puede ser ella.

Ya avanzaban por la marisma. Solo había oscuridad a ambos lados, una sensación de vacío absoluto, como si estuvieran avanzando por un camino del inframundo. Las neblinas, en jirones, se retorcían delante de ellas. Incluso los pájaros de la noche permanecían en silencio.

—¿Nos quedará mucho? —preguntó Dorothy.

—No lo sé —contestó Justina—. Esta mañana me pareció que hacíamos el camino en un momento.

—¿Cantamos? —sugirió Dorothy.

Empezaron a cantar una canción tras otra, «Un hombre fue a segar», «El viejo que tocaba el tambor» y «Gracia maravillosa», e incluso intentaron entonar la canción del colegio. Pero, tras un rato cantando, sus voces se apagaron.

—Debemos de estar cerca de la curva —dijo Dorothy—. ¿Sabes qué hora es?

Justina iluminó su reloj con la linterna.

—Casi las ocho.

—La señora Hopkirk se pondrá furiosa si llego tarde.

—¿Tú crees que nos habremos perdido?

—¡Pues no entiendo cómo puede haber ocurrido!

Justina levantó la linterna. Y allí, enfrente de ellas, como una aparición, estaba el camino que llevaba a Highbury House. Se encontraban ya muy cerca.

Apretaron el paso, casi empezaron a correr. «¡Qué raro!», pensó

Justina. A la luz del día, una podía ver el colegio, con sus torreones en cada esquina, a mil kilómetros de distancia. Pero por la noche estaba completamente oculto por la niebla, que estaba muy baja en esa parte. Las verjas que cercaban el recinto del colegio surgieron de repente con un aspecto aterrador, con las jambas de piedra gris a cada lado.

—¿Y si están cerradas? —dijo Dorothy. Pero Justina empujó la verja de hierro y la puerta se abrió con un chirrido. Ahora ya podían ver bien el colegio, con su silueta negra y monstruosa, pero con acogedoras luces brillando en la planta baja. Justina se dio media vuelta para cerrar la gran verja, pero, cuando lo hizo, vio que algo se movía en los arbustos, con un leve destello blanco.

Empujó a Dorothy a la sombra de los árboles.

—¿Has visto eso?

—¿Qué?

—Hay alguien ahí… Junto a las verjas.

Mientras estaban agazapadas, observando, una figura surgió entre la maleza y se coló por el hueco de las puertas que Justina no había podido cerrar. Era una mujer muy alta con zapatillas deportivas.

—¡La señorita Robinson! —exclamó Justina en un susurro.

—¿Qué hace merodeando por los terrenos del colegio? —se preguntó Dorothy.

Pero la celadora se había desvanecido en la niebla. Las niñas corrieron por la hierba hasta la entrada principal. Las grandes puertas de roble estaban cerradas con llave, pero la pequeña puerta lateral aún estaba abierta. Una vez dentro, pudieron respirar a salvo y suspiraron profundamente.

—Uf… —exclamó Dorothy. Pero antes de que pudiera decir nada, apareció Rose, del brazo con Alicia.

—Hola, Justina. ¿Qué haces llegando al colegio a estas horas? Tienes barro en los zapatos. Ah, y por cierto, ya ha salido la lista del reparto para la obra de teatro.

Por alguna razón, Justina supo que no había buenas noticias para ella.

Alicia: Helena Bliss. Bueno, más o menos se lo esperaba.
Reina de Corazones: Davina Sloane. Davina era otra niña de sexto y la mejor amiga de Helena. De nuevo, poca sorpresa.
Conejo Blanco: Rose Trevellian-Hayes. Esto fue un varapalo. No era de extrañar que Rose estuviera tan orgullosa y ufana.
Lirón: Eva Harris.

Justina fue repasando todo el listado de animales, las cartas de

póquer y otros personajes ficticios, como los padres de Alicia y las compañeras de colegio. Incluso Stella estaba allí, como *Segundo Jardinero*, pero su nombre no aparecía por ningún lado.

Al final lo encontró. Justo al final del todo. *Dirección de escena: Justina Jones.*

¡Dirección de escena! ¡Ni siquiera tenía un papel de figurante! A Justina se le saltaban las lágrimas. Sabía que Dorothy estaba mirándola con compasión y, por alguna razón, eso le pareció aún más doloroso.

—Bueno, de todos modos parece una tontería de obra… —empezó a decir su amiga. Pero Justina se alejó, deseando salir corriendo… Pero ¿adónde? Ese era uno de los inconvenientes de un internado como Highbury House: no había ningún sitio donde pudieras estar tranquila y sola.

—¡Justina! —Y ese era otro inconveniente: los profesores. La niña se dio media vuelta y vio a la señorita De Vere bajando las escaleras y dirigiéndose hacia ella—. ¿Lo has pasado bien esta tarde?

Justina casi se había olvidado de la merienda en casa de Dorothy. ¡Y pensar que había sido tan feliz solo una hora antes!

—Sí, gracias, señorita De Vere.

La señorita De Vere la miró con atención. Su expresión era difícil de definir, pero se adivinaba cierta comprensión por la alumna.

—No te sientas decepcionada por la obra de teatro —dijo—. La dirección de escena es un trabajo importante. Se ven más cosas entre bambalinas.

¿Se ven más cosas? ¿Qué…? Pero la directora se dio media vuelta y se fue, y dejó allí a Justina, preguntándose qué habría querido decir exactamente.

—La dirección escénica es una tarea importante. Serás responsable de todos los accesorios y de que todo el mundo esté donde debe estar. Vas a estar al mando, en serio.

Justina suspiró.

El señor Arthur solo estaba intentando ser amable, pero, en opinión de Rose y las demás, Justina era la última de la fila. Había procurado tomárselo bien y felicitó a sus compañeras por los papeles que les habían correspondido. Pero Stella sabía que estaba muy disgustada. Incluso se ofreció para cambiarle el puesto:

—De verdad, no quiero ser el «segundo jardinero», sea lo que sea eso.

Pero la propuesta lo empeoró todo un poco más. Stella ni siquiera quería participar en la obra… ¡y tenía un papel! Y a Justina, que había deseado desesperadamente participar en la obra de *Alicia*, que había hecho una audición razonable, que tenía buena memoria para recordar el papel y que era una de las que mejor leían en voz alta en clase, ni siquiera la habían seleccionado. ¿Por qué no la habían escogido?

Procuró que su voz sonara alegre cuando tuvo que contestar al señor Arthur.

—No importa… —dijo—. Es solo una obra de teatro escolar.

Eso es lo que le había dicho su padre cuando le dio la noticia en su carta semanal. Tenía razón, claro, pero su padre no entendía que, en un internado, los pequeños detalles adquieren proporciones épicas. La obra era casi de lo único que se hablaba. Helena Bliss se estaba acostumbrando a llevar una diadema como Alicia y Rose había

conseguido un par de orejas de peluche para imitar al Conejo Blanco.

—Y, además, te han elegido para el equipo de atletismo de campo a través —dijo el señor Arthur—. Una de las cuatro elegidas en todo el curso.

Justina ya no leía el periódico *The Times*, a menos que hubiera alguna noticia sobre algo que volara. Ahora ella y el señor Arthur solo charlaban durante dos horas. El hombre parecía fascinado por la vida escolar.

—Rose también está en el equipo de atletismo —dijo Justina.

—No debes obsesionarte tanto con Rose —dijo el señor Arthur con severidad—. No puedes permitir que tenga tanto protagonismo en tu vida.

La niña habría jurado que había visto a *Sabre* asentir a esa afirmación.

—Yo antaño también corría… —añadió el señor Arthur—. Me encantaba la sensación de libertad.

—No hay mucha sensación de libertad cuando una está corriendo por las instalaciones del colegio… —dijo Justina, pero entendía bien lo que el señor Arthur quería decir. El equipo había salido a entrenar un par de veces con la señorita Heron. Habían sido entrenamientos más serios que las carreras semanales, pero Justina había disfrutado corriendo por los caminos al atardecer, hipnotizada por el sonido de sus propias pisadas, forzándose a conseguir cada vez mejores tiempos.

—Hablemos de la «Operación Hija» —dijo finalmente, y sacó su cuaderno de notas—. Cuénteme todo lo que recuerde.

—¿Vas a apuntarlo? —consultó el señor Arthur sonriendo—. La última vez que vi a Bunny fue cuando ella tenía catorce años. Era una niña preciosa, llena de vida. Yo me fui de aquí en 1914, a la guerra. Cuando partí, la madre de Bunny se divorció de mí y me dijo que no volviera a ponerme en contacto con ella. El año pasado supe que mi exmujer había muerto, así que volví aquí, a Romney Marsh. Me enteré de que Bunny estaba en el colegio y la escribí, pero no obtuve ninguna respuesta. —Hizo una pausa—. Por eso he decidido contratar a una investigadora privada.

Debía de estar refiriéndose a Justina. Y ella no pudo evitar sentirse un tanto orgullosa. No iba a ser Alicia en el País de las Maravillas, pero al menos era una detective privada.

—¿Cuál era el nombre real de Bunny? —preguntó.

—Hildegarde. Pero nunca lo utilizó.

«No me extraña», pensó Justina.

—¿Hildegarde qué más?

—Mi exmujer recuperó su nombre de soltera, que era Williams.

—No hay ninguna señorita Williams en el colegio —dijo Justina. Ya habían pasado por esto varias veces antes—. ¿De qué color tenía el

pelo?

—Rubio. Y los ojos azules.

Justina no recordaba que ninguna profesora tuviera el pelo rubio, excepto… Le vino una imagen de la señorita Heron corriendo a su lado, con la coleta rubia al aire.

—¿Cuántos años puede tener Bunny ahora? —preguntó.

—Treinta y siete.

¿Podría tener treinta y siete años la señorita Heron? Parecía bastante joven comparada con las otras profesoras. Justina tendría que hacer algunas averiguaciones.

—Es la hora, Justina —anunció la señora Kent, asomándose a la puerta—. Tengo unas pastas de pasas para ti.

—Gracias —dijo Justina. Venir a la Guarida del Contrabandista es casi como tener un «paquete de contrabando» casi todas las semanas…

—Adiós —le dijo al señor Arthur—. Le veré el próximo miércoles.

—Adiós, Justina —se despidió el hombre, sonriendo—. Recuerda, eres una detective, y los detectives nunca se rinden. —*Sabre* meneó la cola en señal de asentimiento.

En realidad, Justina no iba a ver al señor Arthur al miércoles siguiente, porque eran las vacaciones del medio trimestre. Su padre fue a verla al colegio y, en el coche, se acercaron a la Brecha del Tribunal, una playa situada a varios kilómetros, y comieron en un *pub*. Justina había invitado a Stella para que fuera con ellos, pero a última hora, el padre de su amiga había conseguido arreglar la furgoneta y todos los Goldman habían ido a visitarla. Justina se alegró por su amiga, y aún más porque así tendría a su padre solo para ella.

Era un precioso día de primavera. Caminaron por la playa y cogieron conchas marinas. Justina recordaba que su padre le hablaba sobre la multitud de naufragios que había habido en aquella parte de la costa. Pensó en la Guarida del Contrabandista y en las luces falsas que atraían a los marineros contra las rocas.

—¿Pudiste buscar al señor Arthur en los archivos del Real Cuerpo Aéreo? —le preguntó a su padre cuando se dirigían al *pub*. En una de sus cartas, Justina le había pedido que buscara al señor Arthur en los registros del Real Cuerpo Aéreo del Reino Unido. Se le había ocurrido que al hombre le hubiera gustado tener algún recuerdo de su época como piloto de la fuerza aérea. Aún le apasionaban las historias sobre aviones y pilotos, y especialmente, sobre el nuevo invento del dirigible *Hindenburg*.

—Sí —dijo su padre. A Justina le pareció que su padre estaba decidiendo si decir algo más o no, pero al final añadió—: Lo siento,

Justina, pero tu señor Arthur no aparece en ningún registro de los archivos.

—¡Pero tiene que estar!

—Lo he comprobado minuciosamente.

—¿Cómo puede ser…?

—Bueno… —su padre se quedó callado un momento—. O sus registros se han perdido o el señor Arthur nunca estuvo en la Fuerza Aérea Británica.

—Sí que estuvo. Me ha dicho que fue piloto. —También le había hablado de su padre como el «colega piloto».

Herbert no volvió a decir nada hasta que estuvieron sentados a la mesa con la comida delante. Entonces añadió:

—¿Qué tipo de persona es ese señor Arthur?

—Es encantador —dijo Justina—. Te escucha cuando hablas. Le he contado todo lo de las carreras de campo a través y… y lo de la obra de teatro.

—No estarás todavía disgustada por eso, ¿no?

—No. Sí. Un poco. Por suerte tengo algo distinto en lo que pensar. Estoy ayudando al señor Arthur a encontrar a su hija, a la que no ve desde hace muchos años.

Su padre dejó el cuchillo y el tenedor en la mesa.

—¿Perdona…?

Justina le contó que el señor Arthur estaba buscando a su hija. No había querido decírselo en una carta porque la antigua celadora solía leerlas todas y, probablemente, la señorita Robinson haría lo mismo. Su padre parecía muy interesado.

—No es la señorita De Vere —dijo—. Yo conocí a su padre. Es pastor anglicano. Vive en la Isla de Wright.

—La hija es bastante mayor —dijo Justina—. Treinta y siete años.

—Eso no es ser mayor —contestó su padre, riéndose—. Yo tengo cuarenta y cuatro.

—Tú eres distinto —dijo Justina.

—Ya, porque soy tu padre… —dijo Herbert—. Yo seguiré pensando en ti como mi niña pequeña, aunque tengas treinta y siete años.

—No me imagino siendo tan vieja —repuso Justina.

Herbert sonrió.

—Me pregunto qué harás cuando tengas treinta y siete años. A lo mejor eres abogada, como yo.

Justina no quería ser abogada: iba a ser detective, pero no quería herir los sentimientos de su padre. Además, le resultaba imposible pensar en ella misma con esa edad. Puede que se hubiera casado y tuviera hijos para entonces. Pero esa le parecía una idea aún más extravagante. Su sueño era ser como la detective Leslie Light de los libros de su madre, que daba clase en la universidad y resolvía

crímenes en su tiempo libre. Leslie Light nunca aparecía en los libros en clase —de sus alumnos tampoco se hablaba, a no ser que fueran sospechosos—, y nunca se llegaba a saber nada de su vida privada, si es que la tenía.

—No puedo pensar con tanta anticipación —dijo—. Incluso me parece que faltan siglos para el final del trimestre.

Su padre se echó a reír y luego hablaron de otros asuntos. Demasiado pronto, por desgracia, llegó la hora de volver a Highbury House. El sol se estaba poniendo en el horizonte marino cuando cruzaron las marismas, haciendo que la sombra del coche fuera alargadísima. Los altos cañaverales ondeaban sobre los pantanos, extrañamente luminosos contra el cielo que se iba oscureciendo.

—En cierto sentido, es un bonito paisaje… —comentó el padre de Justina.

—Si yo te contara —repuso ella.

Recordó cuando Dorothy y ella habían hecho el camino de regreso desde el pueblo en medio de la oscuridad, y cómo la niebla parecía engullir todos los detalles del paisaje. Justina se alegraba de estar dentro del imponente Lagonda —al coche solían llamarlo Bessie— y de tener cerca las manos fuertes y hábiles de su padre en el volante. Cuando llegaron al colegio ya casi era noche cerrada, y las torres y las almenas del edificio comenzaban a adquirir su imagen habitual de castillo de Drácula.

Para sorpresa de Justina, la señorita De Vere estaba esperándolos en la entrada principal.

—¿Habéis tenido un buen día libre? —le preguntó a Justina.

—Sí, gracias, señorita De Vere.

—¿Cómo te trata la Ley? —le preguntó al padre de la niña. Había algo en su manera de dirigirse a su padre que conseguía molestarla. Sabía que su padre y la directora eran conocidos, pero la voz de la señorita De Vere resultaba demasiado amistosa, casi bromista. Resultaba incómodo escuchar su conversación.

—No puedo quejarme —contestó su padre—. ¿Qué tal la vida de directora?

—Probablemente podría quejarme —dijo la señorita De Vere—, pero no lo haré. Me pregunto si podríamos hablar un momento, después de que te despidas de Justina.

—Por supuesto —contestó Herbert, pero a la muchacha le pareció que aquellas palabras resultaron un poco reticentes.

—Estaré en mi despacho —dijo la señorita De Vere—. Justina te dirá dónde está.

Luego, para alivio de Justina, la señorita De Vere desapareció, permitiendo que su padre y ella pudieran despedirse. Herbert abrazó a su hija y le susurró:

—Te quiero. Nos veremos muy pronto.

—Yo también te quiero —dijo, abrazándolo muy fuerte. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, pero luchó ferozmente para contenerlas. Volvería a ver a su padre en Semana Santa y, mientras tanto, tenía cosas que hacer:

1. Resolver el misterio de Bunny, la hija del señor Arthur.
2. Descubrir por qué la señorita Robinson siempre anda merodeando por la noche.
3. Averiguar por qué la señorita De Vere quiere hablar con papá en privado.

Después de todo, Herbert Jones, consejero legal de la reina, era el padre de Justina, pero también era abogado. ¿Y por qué alguien querría consultar a un abogado… a menos que se hubiera cometido un crimen?

Justina no era capaz de encontrar una manera de interrogar a la señorita De Vere, pero dos días después de la jornada vacacional, recibió una carta de su padre con una intrigante posdata: «Vigila a la nueva celadora, la señorita Robinson. Creo que esconde algo». Vigila a la nueva celadora. Ahí estaba, en negro sobre blanco. Algo *raro* había en la conducta de la señorita Robinson: algún misterio ocultaba. ¿Era por eso por lo que la señorita De Vere quería ver a su padre?

Justina estaba preocupada. La antigua celadora solía leer las cartas de las alumnas a sus padres y las que sus padres escribían a las niñas. Si la señorita Robinson hacía lo mismo, averiguaría que su padre sospechaba algo de ella. Sin embargo, mientras que en el pasado trimestre era evidente que las cartas se habían abierto antes de entregarlas, en esta ocasión no había indicios de que hubieran sido manipuladas.

—¿Tú crees que la celadora lee las cartas que nos envían? —le preguntó a Stella. El correo siempre llegaba cuando estaban desayunando y una niña del primer curso las iba repartiendo por las mesas. Esa mañana le tocó a una niña engreída y maleducada llamada Sally, que iba entregando las cartas con una reverencia burlona. Justina se guardó la suya en el bolsillo de la chaqueta.

—No creo —repuso Stella—. Le conté a mi madre lo de la verruga de la señorita Loomis y no me han dicho nada.

—No es lo mismo tener una verruga que ser una asesina —dijo Justina. Y le contó a Stella lo de la posdata de su padre.

—No está diciendo que la celadora sea una asesina —dijo Stella—. Solo dice que hay algo raro.

—¿Y qué otra cosa puede ser? —preguntó Justina—. Mi padre es abogado criminalista. Seguro que la señorita De Vere quiso verlo en el día libre por eso.

—Puede que tenga que ver con otra cosa… —dijo Stella—. Quizá con la «Operación Hija». —Justina le había contado a su amiga todo lo que pasaba con la búsqueda que el señor Arthur y ella habían emprendido para encontrar a Bunny.

—Si fuera por eso, me lo habría dicho —dijo Justina—. Le conté a mi padre lo de la «Operación Hija». Tiene que ser otra cosa. Algo más siniestro.

—¿Qué estáis haciendo ahí plantadas y cotilleando, niñas? —Era Helena Bliss, que las increpaba desde la mesa de las delegadas—. Deberíais estar ya en clase.

—Sí, Helena —asintió Stella.

—Todo es cada vez más raro —dijo Justina.

—¿El qué, Justina? —preguntó Helena mirándola fijamente con sus gélidos ojos azules.

—Solo estaba citando una frase de *Alicia en el País de las Maravillas* —contestó intentando poner cara de inocente—. Bueno, tú ya lo sabes, porque eres la protagonista de la obra…

Aquello fue bastante atrevido, porque, en realidad, Helena estaba siendo bastante lenta a la hora de aprenderse el guion de Alicia. A esas alturas, todo el mundo se sabía su papel de maravilla, pero Justina tenía que soplarle con frecuencia las frases a Helena.

—No te hagas la graciosilla, Justina —dijo Helena—, solo porque seas la directora de escena. Moveos inmediatamente y a clase. Ya.

—Ay, madre mía, madre mía —dijo Justina—, llego tarde, llego tarde… —Estaba volviendo a citar un pasaje del libro de *Alicia en el País de las Maravillas,* donde el Conejo Blanco dice que siempre llega tarde, pero pensó que Helena no se daría cuenta. *Monsieur* Pierre se cruzó con ellas, llevando un montón tambaleante de libros de gramática. Helena se apresuró a ayudarlo. Todo el mundo sabía que estaba coladita por el profesor de Francés.

Bueno, al final no estaba del todo mal lo de ser directora escénica. Se suponía que la señorita Crane iba a ser la productora, pero no siempre podía acudir a los ensayos, lo cual significaba que Justina se quedaba al mando. Resultaba bastante divertido poder decirle a Helena Bliss dónde tenía que ponerse y qué tenía que hacer (aunque no se diera por aludida). Justina también se divertía buscando el *atrezzo* y componiendo el vestuario. A veces era una buena excusa para buscar la soledad: el último domingo, cuando llovió tanto y Justina se había

sentido melancólica, echando de menos a su padre y sin querer hablar con nadie, pasó una tarde encantadora en el estudio de arte, haciendo naipes gigantes. Unas cuantas horas después, Stella se había presentado allí y habían estado trabajando juntas, sin hablar mucho pero agradeciendo la una la presencia de la otra.

Ese día hubo un ensayo, a la hora de comer, en el que participaron Helena y una niña llamada Chona, que hacía el papel de la oruga. Justina llegó pronto al ensayo para colocar todos los accesorios. En el libro, la oruga aparece sentada en una seta. Se estaba haciendo una especial para la representación, pero ese día Chona tendría que sentarse en una mesa. Justina estaba en la tarima, preparando la escenografía, cuando la sobresaltó un ruido en el patio de butacas. Pensó que serían los actores, que llegaban para ensayar, y se asomó entre las cortinas del telón. Pero en vez de ver a Helena pavoneándose con su diadema de Alicia, vio la puerta del sótano abierta y a la señorita Robinson saliendo de allí.

Como en la ocasión anterior, la celadora miró a un lado y a otro para confirmar que nadie la había visto, y después se apresuró a abandonar el salón de actos. Pero dejó la puerta del sótano abierta. ¿Se atrevería Justina a bajar allí? La señorita De Vere dijo que estaba estrictamente prohibido. Pero… ¿por qué? ¿Por qué insistir tanto en decirles a las chicas que no bajaran a las bodegas? A la mayoría de ellas ni se les pasaría por la cabeza hacer semejante cosa. Debía de ser porque había algo que ocultar. Eso es lo que Leslie Light diría, claramente. Recordó la posdata de su padre: «Vigila a la nueva celadora, la señorita Robinson. Creo que esconde algo».

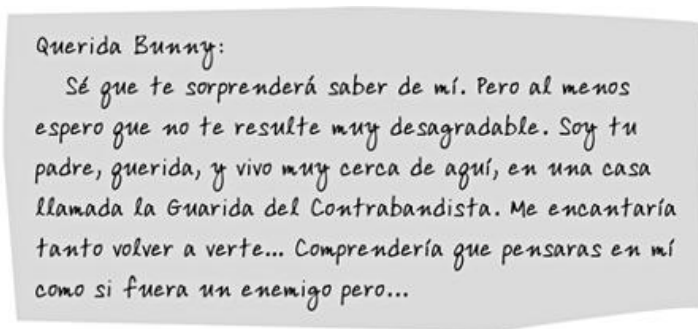
Justina bajó del escenario. Echó un vistazo a su alrededor para comprobar que no había nadie en el salón: no había ni rastro de Helena ni de Chona. Se acercó a la puertecilla que había en el lateral del escenario. Casi antes de saber lo que estaba haciendo, Justina empezó a bajar por las escaleras. Al final había una galería de piedra con el techo bajo y abovedado. Justina lo recordaba bien de su anterior incursión, el trimestre pasado. Avanzó pegada a la pared, echando de menos su linterna. Entonces escuchó un ruido muy preocupante. Oyó que se aproximaban unos pasos, muy rápidos, que retumbaban en el espacio cerrado. Justina miró a un lado y a otro desesperada. Entonces creyó distinguir un nicho en un lateral, con unos cuantos barriles apilados. Se metió allí y se agazapó detrás de los barriles. Las pisadas cada vez se acercaban más y más, y Justina pudo apreciar entonces la figura de una persona. Falda de *tweed,* jersey verde, pelo canoso… En la penumbra del pasadizo, podía ser cualquiera de las profesoras, pero cuando aquella persona se acercó más, Justina vio que se trataba de la señorita Hunting, la profesora de Historia. Por suerte, la señorita Hunting no miró ni a izquierda ni a

derecha. Avanzó a toda prisa hacia las escaleras y la niña escuchó que sus pasos subían los peldaños y, después, la puerta se cerraba. «Espero que no la haya cerrado con llave.»

Justina esperó unos minutos, entonces salió del escondrijo con precaución y corrió tan deprisa como pudo por el pasadizo. Había un trozo de papel al final de la escalera. ¡Una pista! Justina lo cogió y se lo metió en el bolsillo. Luego subió deprisa los peldaños y empujó la puertecilla. Por suerte no estaba cerrada con llave. Salió al salón de actos, que estaba totalmente desierto. Se sacudió la ropa —parecía que estaba llena de polvo y telarañas— y se encaminó hacia el escenario. Cuando subió, las puertas principales de la sala se abrieron y Helena Bliss entró con decisión.

—Venga, Justina, un poco de brío —dijo—. Pensé que ya estarías preparada para el ensayo. *NO* tengo todo el día, ¿sabes?

Justina no tuvo ocasión de ver qué decía el papel que había cogido en el pasadizo hasta que no terminó el ensayo. Entonces corrió a toda prisa escaleras arriba, hasta la sala común del segundo curso. Estaba vacía, porque todas estaban haciendo cola para la comida. Para Justina era incomprensible que todo el mundo estuviera deseando saber qué había de comer: hubiera lo que hubiera, seguro que era asqueroso. En ese momento se alegró de encontrar la salita vacía. Se sentó en el sofá, desplegó el papelito y empezó a leer…


Querida Bunny:

Sé que te sorprenderá saber de mí. Pero al menos espero que no te resulte muy desagradable. Soy tu padre, querida, y vivo muy cerca de aquí, en una casa llamada la Guarida del Contrabandista. Me encantaría tanto volver a verte... Comprendería que pensaras en mí como si fuera un enemigo pero...

En ese punto, el autor había llegado al final de la cuartilla. Justina le dio la vuelta, pero no había nada en el otro lado. Seguramente había una segunda hoja, e incluso una tercera. ¿Era una carta del señor Arthur? Podía ser, era muy probable. Si era así, ¿sería Bunny la señorita Hunting? ¿Sería la señorita Robinson? Puede que el papel ya estuviera allí antes de que Justina entrara en el sótano. Bien podría

haber sido que no lo hubiera visto cuando bajó.

—¡Justina! ¿Qué estás haciendo aquí?

Era la señorita Morris, que la miraba fijamente desde el otro lado de sus pequeñas gafitas metálicas y doradas.

Justina arrugó el papel con una mano.

—Estaba buscando mi libro de Matemáticas —dijo. No sabía por qué había dicho semejante cosa, tal vez porque la señorita Morris era la profesora de Matemáticas.

—¡Ah!, ¿sí? —La profesora miró por toda la salita, que estaba llena de puzles y muestras de bordados. También había unos cuantos libros, tirados en la mesa y en las sillas—. Deberías tener más cuidado con tus cosas.

—Sí, señorita Morris.

—Baja a comer —dijo la profesora—. A tu edad tienes que alimentarte bien.

«Comer bien significaría evitar la mayor parte de las bazofias de la cocinera», pensó Justina. Pero se levantó.

—Sí, señorita Morris. —Metió con disimulo el papel en un bolsillo. Intentó ser sutil, pero estaba bastante segura de que su tutora lo había visto.

No tuvo ocasión de hablar con Stella hasta que no estuvieron preparadas para meterse en la cama.

—¿Tú crees que la señorita Hunting puede ser la hija? —preguntó Stella cuando corrieron las cortinas del final del dormi.

—Jamás lo hubiera pensado —dijo Justina—. ¿No es demasiado mayor? Ya tiene el pelo canoso.

—Es una especie de rubio plateado… —contestó Stella—. La señorita Heron es la única que tiene el pelo rubio de verdad.

—Yo creo que la señorita Heron es nuestra mejor apuesta —dijo Justina—. Aunque yo habría jurado que era muy joven para tener treinta y siete años.

—A lo mejor es por el ejercicio, que la mantiene joven —dijo Stella.

—Puede ser. De todos modos, no se llama Hildegarde. He mirado la etiqueta de su raqueta de tenis y dice «Margaret Heron».

—Seguramente se habrá cambiado el nombre. Yo lo haría.

—Yo también —confirmó Justina—. Pero ¿qué me dices de la carta? Parece como si a alguien se le hubiera caído en los sótanos. Solo podría ser la señorita Hunting o la señorita Robinson. La celadora.

—Pero la celadora es demasiado vieja —dijo Stella—. Y desde luego no es rubia.

—Tampoco me imagino que nadie pudiera llamarla Bunny —dijo Justina, y las dos se echaron a reír.

—Daos prisa y corred esas cortinas —ordenó Rose, dirigiéndose a Justina y Stella desde el otro extremo de la habitación—. Hay una corriente de aire espantosa.

Rose tenía razón. Se estaba levantando el viento. Justina podía ver las copas de los árboles bamboleándose de un modo terrible. La luna brillaba detrás de la torre, iluminando las ventanas donde, según se decía, a veces una podía ver la pálida cara de Grace Highbury mirando al exterior. Justina corrió las cortinas y fue a recoger su neceser.

Cuando se metió en la cama, abrió su diario y escribió:

OPERACIÓN HIJA

¿Quién es Bunny?

1. La señorita Heron. A favor: pelo rubio, parece interesada en el señor Arthur. En contra: ¿demasiado joven?

2. La señorita Hunting. A favor: se le pudo caer la nota en el sótano. En contra: demasiado vieja; nunca ha mostrado el menor interés por el señor Arthur.

3. La señorita Robinson. A favor: estaba en el sótano hoy, aparece en lugares extraños, puede que no sea enfermera de verdad. Papá dice que hay algo raro en esa mujer. En contra: pelo oscuro; ¿demasiado vieja?

4. Las demás profesoras: demasiado mayores, ninguna es rubia (aunque, como dice Stella, alguna tiene un rubio plateado), ninguna parece lo suficientemente interesada (excepto la señorita De Vere, y no es ella).

Nota: Tengo que resolver también el misterio de los pasadizos del sótano y las bodegas.

Cerró el diario y lo metió debajo del tablón suelto. Luego cerró los ojos e intentó dormir, pero las ventanas temblaban y se podía escuchar el viento ululando en las marismas y los pantanos. Normalmente se sentía bien estando calentita y a salvo en el colegio mientras las tormentas se desataban furiosas en el exterior, pero esa noche se sentía inquieta… como si algo malo estuviera a punto de ocurrir.

A la mañana siguiente, la señorita De Vere le dijo que el señor Arthur había muerto por la noche.

—Lo siento —dijo la señorita De Vere—. El ama de llaves dijo que estabas muy encariñada con él.

Justina se encontraba en el despacho de la señorita De Vere, en el torreón sur. La habían citado allí después del desayuno y su primer presentimiento, terrorífico, fue que le había ocurrido algo a su padre. Después se sintió un poco avergonzada porque, cuando supo lo del señor Arthur, su reacción inmediata fue de alivio porque su padre se encontraba bien. Pero un poco más tarde, sin embargo, otros sentimientos se fueron abriendo paso en su corazón.

—Fue muy amable conmigo —dijo—. Me gustaba hablar con él. —Recordaba las tardes en la Guarida del Contrabandista, tomando chocolate caliente y comiendo pastas caseras, conversando con el señor Arthur mientras *Sabre* observaba en silencio. Se le llenaron los ojos de lágrimas y buscó a tientas un pañuelo.

—¿Qué va a pasar con *Sabre*, el perro del señor Arthur? —preguntó.

—Me temo que no lo sé —dijo la señorita De Vere—. A mí me informó esta mañana el ama de llaves, la señora Kent. La mujer pensaba que querrías saberlo.

—Gracias —dijo Justina. «Ha sido muy amable por parte de la señora Kent», pensó. Le pareció horrible pensar que, de lo contrario, no se habría enterado hasta que hubiera vuelto a la Guarida del Contrabandista el miércoles siguiente. Se preguntaba qué podría haberle ocurrido al señor Arthur. No parecía que estuviera enfermo cuando lo vio la última vez. Era ciego, pero la gente no se muere de repente por ceguera, ¿no?

—Señorita De Vere… —murmuró Justina—. ¿De qué murió el señor

Arthur?

La directora la miró como si estuviera pensando qué respuesta darle.

—Te lo voy a decir porque sé que puedo confiar en que serás discreta y sensata, Justina —contestó—. Y también porque será de dominio público en unos pocos días. —La muchacha puso los cinco sentidos en las palabras de la directora y se inclinó un poco hacia delante—. No te pongas nerviosa, Justina. No es nada en lo que tú puedas estar involucrada. Solo fue un incidente desgraciado, un robo que acabó mal. Dispararon al señor Arthur.

—¿Le dispararon? —Justina apenas podía creerse que la directora hubiera dicho esa palabra.

—La señora Kent encontró al señor Arthur en su sillón, junto a la ventana. Parece ser que los intrusos rompieron una ventana, entraron en la casa y le pegaron un tiro. La ventana estaba rota y había indicios de que habían forzado la entrada.

—¿Le disparó un ladrón? —repitió Justina. Había algo que no cuadraba en todo aquello. Pero ¿qué hizo *Sabre*? ¡Él jamás permitiría que nadie le hiciera daño al señor Arthur!

—Parece como si alguien le hubiera dado al perro comida envenenada. Creo que se está recuperando ahora…

—¿Han envenenado a *Sabre* y han matado al señor Arthur? ¿Por qué? ¿Robaron algo?

—No puedo responder a todas tus preguntas, Justina —dijo la señorita De Vere—, pero estoy segura de que la policía lo está investigando. Lo único que nosotras podemos hacer es lamentar la muerte del pobre señor Arthur. No es necesario que vayas a la primera clase de esta mañana. Ve a dar un paseo por los alrededores o lee un libro en la biblioteca.

—Gracias —respondió Justina como un autómata. En un internado se suponía que había que dar las gracias a los profesores por todo, incluso cuando te castigaban—. Señorita De Vere… ¿cree usted que podré ir al funeral del señor Arthur? Me gustaría… presentar mis respetos.

Justina se sintió orgullosa de haber utilizado esa expresión, que consideraba seria y propia de adultos. Y, además, de verdad quería despedirse del señor Arthur. En el transcurso de unas pocas semanas, se habían hecho amigos. Pero también quería resolver el misterio de su muerte porque estaba segura de que había algo que no cuadraba en aquella historia.

—Ya veremos —dijo la señorita De Vere, lanzándole una de sus miradas inquisitivas—. Puede que te resulte demasiado perturbador.

«Porque me puede recordar al de mamá», pensó Justina. La gente no se daba cuenta de que, si se muere tu madre, es tan terrible que nada

puede parecerse ni de lejos. Todo le recordaba a su madre, no solo los funerales y la gente que se moría. Pero no dijo nada de esto en voz alta. Había aprendido a mantener sus sentimientos en secreto.

—Creo que me gustaría ir —afirmó Justina—. No creo que él conociera a mucha gente por aquí. —Recordó que la madre de Dorothy había dicho que el señor Arthur era «bastante reservado».

—Puede ser —dijo la señorita De Vere—. Lo hablaré con la señora Kent. Quizá puedas ir. Con una profesora, claro.

«Igual que a un prisionero se le permite salir un día», pensó Justina.

—Gracias, señorita De Vere —contestó.

Justina bajó lentamente la escalinata en espiral que conducía al pasillo del primer piso. Aún no podía creerse que el señor Arthur estuviera muerto, que no volvería a verlo. Eso era también lo que recordaba de los espantosos días tras la muerte de su madre. Era esa conciencia, esa seguridad, que ocurría una y otra vez, mañana tras mañana, de que su madre se había ido para siempre, que nunca volvería a hablar con ella ni volvería a abrazarla. Pero no quería pensar en su madre. Era mejor pensar en el caso. Porque ese era un caso, sin ninguna duda. Y esta era la investigación más seria de todas, porque había una persona que había muerto asesinada, una persona a la que Justina conocía y apreciaba. Y, cuando se detuvo a pensarlo, se le ocurrió que había un montón de preguntas sin respuesta. ¿Por qué iba un ladrón a entrar en la Guarida del Contrabandista, iba a pegarle un tiro al señor Arthur e iba a envenenar al perro? ¡No tenía ningún sentido! El señor Arthur era ciego, no podía hacer daño a ningún intruso. No había razón para que nadie lo matara, salvo por el hecho de que alguien quisiera que efectivamente muriera. Pero… ¿por qué?

—Justina, ¿qué estás haciendo fuera de clase?

Era la señorita Heron, con su ropa de correr, una falda pantalón y una chaqueta de críquet.

—La señorita De Vere me ha dicho que puedo saltarme la primera clase —dijo Justina—. Me acaba de contar lo del señor Arthur.

Se había planteado si los profesores lo sabrían, pero una simple mirada a la cara de la señorita Heron le confirmó que, por supuesto, lo sabían. La profesora de Educación Física tenía los ojos enrojecidos, era muy evidente. ¿Por qué estaba tan triste por un hombre al que no conocía? A menos que fuera realmente su hija, claro. Justina recordó que la señorita Heron le había preguntado, después de su primera visita a la casa de la playa, qué tipo de persona era el señor Arthur.

—Lo siento —dijo la señorita Heron—. Sé que disfrutabas mucho esas tardes en la Guarida del Contrabandista.

—Sí —contestó—. Es cierto. Era un hombre muy agradable. —Le

dolió tener que utilizar el verbo en pasado. También le pasaba eso con su madre.

La señorita Heron sacó un pañuelo y se sonó la nariz. Luego dijo:

—Te propongo una cosa, Justina. Vamos a correr. No hay nada como correr para quitarte los problemas de la cabeza.

—Tengo que estar de vuelta para la próxima clase —contestó Justina—. Es Historia.

—Iremos solo hasta la cuesta del campo de *lacrosse* —dijo la señorita Heron—. Ve a ponerte las zapatillas de correr.

Era un poco raro correr con la señorita Heron, casi como si fueran amigas más que profesora y alumna. Rodearon el campo; la niebla aún se aferraba al valle, los pájaros cantaban enloquecidos en el cielo azul pálido. Justina intentó acompasar su paso al de la señorita Heron, pero, cuando emprendieron la subida a la última cuesta, la profesora se adelantó. Era como si estuviera esprintando en los últimos metros.

Se encontraron luego en el gimnasio, Justina jadeando, la señorita Heron casi sin aliento.

—Es usted muy rápida —dijo Justina.

—Práctica —contestó la señorita Heron—. Eso es todo.

—Noventa y nueve por ciento transpiración —comentó Justina, secándose el sudor de la frente con la manga—. Es lo que dijo la señorita De Vere en la inauguración del trimestre.

Para su sorpresa, la señorita Heron sonrió:

—Sí. Me alegra que prestaras atención.

Bajaron caminando al colegio. La profesora iba unos pasos por delante. Tres conejitos silvestres estaban jugando en el césped de la entrada. Justina pensó que, aprovechando la circunstancia de que la palabra «conejito» se dice *bunny* en inglés, podría tenderle un sencilla trampa a la profesora de Educación Física.

—¡Bunny! —gritó Justina.

Pero la señorita Heron ni siquiera se dio la vuelta.

A Justina le resultó muy difícil concentrarse en la clase de Historia, aunque era una de sus asignaturas favoritas. Seguía pensando en el señor Arthur, fallecido de un disparo, en su butaca. ¿Quién podría haber querido matar a un hombre tan encantador y amable? Se quedó mirando fijamente a la señorita Hunting, mientras ella intentaba explicar los orígenes de la Guerra de las Dos Rosas. ¿Sería posible que

la profesora de Historia fuera la hija perdida del señor Arthur? Intentó pensar en todo lo que sabía sobre ella. Era una buena maestra, pero con tendencia a ser demasiado estricta y cortante. A Justina eso no le importaba mucho, porque por lo general estaba concentrada en las clases de Historia. Como todos los profesores, la señorita Hunting nunca había hablado de su vida privada, aparte del hecho de que una vez había tenido un perro llamado *Prinny* —así apodaban al príncipe regente, que fue después el rey Jorge IV—. ¿Podía ser ese un indicio que los relacionara?

—¡Justina! —La voz cortante de la señorita Hunting disipó sus pensamientos—. ¿Podrías resumirnos lo que acabo de decir sobre el conde de Warwick, al que llamaban Artífice de Reyes?

Justina tuvo que pensar algo a toda prisa.

—Era… era de Warwick y… eeeh… hacía a los reyes. —¿Cómo que los hacía? ¿Tenía un taller o algo?—. Alguna gente cree que Warwick era un conde muy cruel —se lo estaba inventando todo—, pero otra gente piensa que era cariñoso… como un *conejito*.

Algunas compañeras se rieron y otras se giraron y empezaron a toser. La señorita Hunting miró fijamente a Justina con aire gélido.

—Vas a tener una falta por mal comportamiento y por no prestar atención, Justina. Te ruego que leas con atención el capítulo sobre Warwick y que me entregues un resumen por la mañana.

La profesora de Historia tampoco había reaccionado a la palabra *bunny*, pensó Justina, que no se mostró muy preocupada por la reprimenda. Y, si era la hija del señor Arthur, no parecía desolada por la reciente muerte de su padre. Aunque tal vez lo odiara. Justina recordó la frase inacabada de la carta: «Comprendería que pensaras en mí como si fuera un enemigo, pero…»

Justina se dio cuenta de que la señora Hunting la estaba mirando fijamente y de inmediato bajó la cabeza y se puso a leer.

A la hora de los deberes, Justina empezó a leer el capítulo sobre Warwick, que en realidad era bastante interesante. Entonces, una frase le llamó mucho la atención: «Además, Warwick poseía tres islas en la costa de Gran Bretaña: Jersey, Guernsey y Alderney…». Islas, islas… ¿Dónde había oído algo de islas…? ¡Ah, sí! En el discurso de inauguración de la señorita De Vere, el primer día del trimestre. Cerró el libro y fue a la estantería donde se guardaban los grandes volúmenes de referencia. Buscó el *Diccionario Oxford de Citas* hasta que encontró el poema que la señorita De Vere había recitado.

Ningún hombre es una isla, único y solo en sí mismo,

todos los hombres son parte de un continente, una parte del todo,
si el mar se lleva un pedazo de tierra, Europa
mengua, y lo mismo pasa con una montaña,
o con una mansión o con los amigos o contigo mismo;
la muerte de cualquier hombre me mata,
porque formo parte de la humanidad.
Así que nunca preguntes por quién
doblan las campanas: doblan por ti. [2]

La muerte del señor Arthur afectaba a todo el mundo. Tenía que descubrir qué le había ocurrido. Copió el poema en su diario y, debajo, añadió:

LA MUERTE DEL SEÑOR ARTHUR
«Recopilar los hechos y buscar un patrón»

Esta era una cita de los libros de Leslie Light.

Factores sospechosos:
1. ¿Por qué lo mataron? El señor A no podía luchar contra ningún intruso.
2. Al señor A lo mataron cuando estaba sentado en su sillón, así que no sabía que había un intruso en la casa.
¿Por qué no? Si rompieron una ventana, harían ruido
y el señor A oía perfectamente.
3. Sabre fue envenenado. Eso significa que alguien a) sabía que el señor A tenía perro, y b) qué le gustaba comer. (Oh, espero que Sabre se ponga bien pronto.)
4. Al señor A le dispararon. ¿Qué clase de ratero de pueblo tiene un arma de fuego?
Conclusión: el señor A no fue disparado por ladrones.
Alguien lo asesinó.
¿POR QUÉ?

Justina no sabía si la señorita De Vere había hablado con la señora Kent o si simplemente había cambiado de opinión, pero la directora al final decidió que Justina podía acudir al funeral, que se iba a celebrar en la iglesia del pueblo el miércoles siguiente. La señorita Morris llevó a Justina en su coche, lo cual, en circunstancias normales, habría sido una gran deferencia. El pueblo estaba en silencio y muchas de las casitas campesinas tenían corridas las cortinas de las ventanas como señal de respeto, pero la campana de la iglesia estaba repicando cuando ellas llegaron y, una vez más, la muchacha pensó en el poema: «Así que nunca preguntes por quién doblan las campanas: doblan por ti».

A Justina le sorprendió ver a la señorita Heron esperando en la puerta. La profesora de Educación Física llevaba un abrigo negro y un sombrero que la hacían mayor de lo normal, y la asemejaban más a una profesora.

—Hola, Margaret —dijo la señorita Morris. Entonces, viendo que estaba allí Justina, se corrigió—: Señorita Heron, quiero decir. Podría haberla traído si hubiera sabido que venía.

—No, está bien —repuso la señorita Heron—. Me gusta caminar, como bien sabe.

Entraron en la iglesia y Justina pudo escuchar a la señorita Morris proferir una exclamación de sorpresa. Allí, sentada en las sombras, al final del templo, estaba la señorita Robinson, con un aspecto aún más terrible que nunca, vestida de negro.

—¿Sabías que la celadora iba a venir? —le preguntó la señorita Morris a la señorita Heron.

—No, no lo sabía. Parece… —Pero la señorita Heron no terminó la frase y ninguna de las dos se acercó a saludar a la celadora del colegio. La señorita Morris las condujo a uno de los bancos centrales y se sentaron.

Justina no recordaba casi nada del funeral de su madre. Era como si aquel día, en su totalidad, se hubiera desvanecido en una espantosa niebla. Pero tenía un leve recuerdo de que la iglesia estaba llena de gente y de flores. Hoy, aparte de la señora Kent y unas cuantas personas que había en la parte delantera, solo estaban Justina, la señorita Morris, la señorita Heron y, al fondo, la señorita Robinson. «Es triste», pensó Justina, «que el ama de llaves del señor Arthur esté en el banco en el que debería estar sentada la familia». Pero, bueno, tal vez no tenía familia cercana. Aparte de su hija perdida, que tal vez estaba sentada al lado de la propia Justina.

Los empleados de la funeraria metieron el ataúd del señor Arthur en la iglesia. Había algo muy triste en el brillo pulido de aquel féretro de roble. No había flores, aparte de un pequeño ramo de rosas blancas y rojas en lo alto del ataúd. Justina habría pagado por saber de quién eran.

El servicio religioso fue muy breve. Solo dos salmos, una lectura y un breve sermón del vicario, en el que comentó con qué valentía había soportado Frederick sus desgracias. A Justina le llevó unos minutos darse cuenta de que Frederick era el nombre de pila del señor Arthur. Bueno, Frederick Arthur había tenido bastante mala suerte, eso era cierto; se había quedado ciego en la guerra, su mujer se había divorciado de él y había perdido todo contacto con su única hija. Pero Justina solo recordaba a un hombre amable y cariñoso que se había reído con las noticias graciosas de los periódicos o con la descripción de la comida que servían en Highbury House. La desgracia no lo había convertido en un hombre amargado o iracundo. El señor Arthur se interesaba de verdad por las cosas del mundo y por la muchacha que iba a visitarlo. La niña sintió de nuevo que los ojos se le llenaban de lágrimas. Se percató de que la señorita Heron se secaba los ojos. La señorita Morris miraba seria al frente, sin hacer nada.

Entonces, después de un nuevo salmo, las voces se fueron difuminando en la iglesia casi vacía y sacaron el féretro para lo que el vicario llamó «una inhumación privada». La señorita Morris recogió su bolso y los guantes y dijo que era hora de marcharse. Mientras Justina avanzaba por el pasillo de la iglesia, vio que la señora Kent la estaba esperando.

El ama de llaves iba también vestida de negro y tenía el rostro pálido y macilento, pero sonrió cuando vio a Justina.

—Has sido muy amable al venir.

—Tenía que hacerlo —replicó—. Apreciaba mucho al señor Arthur.

—Él también te apreciaba —dijo, y se giró hacia la señorita Morris —. Me pregunto si Justina podría pasar por la casa para coger algún recuerdo del señor Arthur. Estoy segura de que a él le hubiera encantado.

La señorita Morris titubeó unos instantes, y luego dijo:

—Muy bien, pero no podemos quedarnos mucho tiempo. Tenemos que estar en el colegio a la hora de la comida.

«Genial —pensó Justina—. No me perdería uno de esos deliciosos banquetes de la cocinera por nada del mundo.» Confiaba en que la señora Kent hubiera hecho algunas de sus pastas. Cuando murió su madre, todos los vecinos se empeñaron en llevar pastas y dulces, aunque la muchacha no tuviera muchas ganas de comer nada en ese momento.

—Señora Kent —dijo—, ¿*Sabre* está bien?

La señora Kent sonrió.

—Está bien. Perkins, el chófer del señor Arthur, se está ocupando de él. —Luego se dirigió a la señorita Morris—. *Sabre* era el perro guía del señor Arthur. Un alsaciano. Un animal encantador.

—Los pastores alemanes son perros muy inteligentes —dijo la señorita Morris.

—Ya lo creo —respondió la señora Kent—. Podría jurar que *Sabre* entiende todo lo que se le dice. Una casi espera que conteste a veces.

«Ojalá *Sabre* pudiera hablar», pensó Justina, así podría decirle quién mató a su dueño. Pero no consideró que fuera relevante comentar aquello en voz alta. La señorita Morris dijo que podía llevar a la señora Kent en coche y ambas se encaminaron hacia el vehículo por el cementerio. La señorita Heron y la señorita Robinson parecían haber desaparecido.

La señorita Morris aparcó no muy lejos de la Guarida del Contrabandista. Las tres cruzaron la playa de guijarros y subieron los pocos peldaños de la escalerilla hasta la puerta principal. La casa parecía muy vacía sin el señor Arthur y sin *Sabre*. Justina vio la butaca del hombre en su lugar habitual, junto a la ventana.

—¿Por dónde entraron los ladrones? —preguntó.

La señorita Morris puso cara de pocos amigos, pero la señora Kent contestó.

—Por la cocina. Siempre dejo una ventana un poco entornada en la parte de arriba y por allí debieron arrojar la carne envenenada, esperaron a que *Sabre* la comiera y entonces rompieron el cristal.

—¿Cómo es que el señor Arthur no oyó que habían roto una ventana?

—Era una noche muy ventosa —dijo la señora Kent—. Yo duermo en la planta de arriba y no escuché nada aparte del ruido de la tormenta.

Justina admitió que era una posible explicación.

—Entonces, ¿el señor Arthur estaba durmiendo en su sillón? —preguntó.

La señora Kent le lanzó una mirada ligeramente severa, pero le contestó:

—No. Su dormitorio estaba en el segundo piso, pero el señor Arthur a menudo se quedaba en su butaca hasta muy tarde.

—¿Y qué se llevaron los ladrones?

—No hemos podido averiguarlo —dijo la señora Kent—. La policía cree que debieron asustarse y huyeron después de disparar al señor Arthur.

«Todo esto es cada vez más raro», pensó Justina, recordando de nuevo el texto de *Alicia en el País de las Maravillas*. Deseó tener más conocimientos sobre armas. ¿Al señor Arthur lo habían matado de un solo disparo? ¿Y eso es muy difícil de hacer?

La señora Kent llevó a Justina a una salita que no había visto antes. Debía de estar en la parte baja de la torre del faro, porque era completamente circular, con ventanas estrechas y estanterías y vitrinas hechas a medida que circundaban las paredes curvas.

—Este era el estudio del señor Arthur —dijo—. He sacado unas cuantas cosas para que escojas alguna. ¿Puedo ofrecerle una taza de té, señorita Morris?

Justina se alegró de que la profesora aceptara: las dos mujeres se fueron, dejándola sola en aquella maravillosa habitación circular. El escritorio estaba como si el señor Arthur acabara de salir. Allí estaba su pipa, así como un cuaderno de notas y varias plumas. ¿Cómo podía escribir si no veía? ¿Y por qué un hombre ciego iba a conservar todos aquellos libros? Tal vez algunos de ellos estaban impresos en relieve, de modo que un ciego pudiera descifrarlos con los dedos. ¿Cómo se llamaba esa otra escritura…? Braille, eso era.

También había unos cuantos adornos en el escritorio: una figura de un alsaciano de bronce, un gato de madera y un pisapapeles con la forma de un avión… Pero Justina estaba más interesada en esas zonas de la estancia en las que se suponía que ella no se fijaría. Los cajones del escritorio estaban cerrados, pero, en una cajita de madera con las iniciales FWA talladas en la tapa, encontró una llave. Sintió un momentáneo remordimiento de conciencia ante la idea de curiosear los objetos privados del señor Arthur, pero luego recordó lo último que le había dicho: «Recuerda, eres una detective, y los detectives nunca se rinden».

En el primer cajón había solo cartas que parecían oficiales. El

segundo tenía una caja metálica con un dibujo de cinco anillos entrelazados en la tapa. Justina la abrió y encontró dos medallas dentro, una de oro y otra de bronce. ¿Serían medallas de guerra? Pero aquel dibujo de los anillos entrelazados le resultaba conocido, lo había visto en alguna parte… ¡Ah, sí! ¡Los Juegos Olímpicos! Se habían celebrado en Berlín el año anterior y el padre de Justina se había enfadado muchísimo porque el canciller alemán, Adolf Hitler, había intentado impedir que los judíos participaran en las competiciones. ¿Serían medallas olímpicas? ¿Las habría ganado el señor Arthur? Pero Justina no tenía tiempo para demorarse en hipótesis. La señora Kent y la señorita Morris podían volver en cualquier momento. Abrió el tercer cajón y encontró un sobre con fotografías. Justina las miró y les dio un repaso rápido. Justo al final había una foto de un hombre que solo podía ser el señor Arthur de joven. Vestía de uniforme y se encontraba junto a un avión. Justina observó el uniforme y los dibujos del avión y supo, de inmediato, por qué no había ninguna mención del señor Arthur en los registros oficiales del Real Cuerpo Aéreo del Reino Unido.

El señor Arthur había sido piloto.

En la Fuerza Aérea alemana.

Justina escuchó unas pisadas en el exterior. Rápidamente cerró el cajón y volvió a dejar la llave en la cajita. Cuando la señora Kent abrió la puerta, Justina estaba con la figura del alsaciano de bronce.

—¿Podría llevarme esto? —dijo—. Así me acordaré también de *Sabre*.

—Por supuesto —respondió la señora Kent—. Justina, la señorita Morris dice que tenéis que volver ya al colegio, pero he metido unas cuantas pastas en una bolsa para ti. Tal vez te apetezca compartirlas con tus amigas.

—Muchísimas gracias —dijo Justina. Calculó que, gracias a aquellas pastas, se celebraría otra de aquellas fiestas nocturnas.

Se despidieron y recorrieron por las piedras y guijarros el camino hasta el coche. Justina le echó un último vistazo a la casa blanca y a la torre que se elevaba en un lateral. Recordaba que el padre de Dorothy había dicho que en su día había sido un faro, y, ahora que lo había visto por dentro, le pareció evidente. La Guarida del Contrabandista no parecía tan siniestra a la luz del día primaveral, con las gaviotas graznando en el cielo y las olas rompiendo contra la barrera de pizarra, pero Justina recordó el aspecto que tenía de noche, con el viento ululando desde el mar y con una única luz brillando en el viejo faro. «Esta es una casa llena de secretos», eso es lo que le había dicho el señor Arthur. Bueno, seguramente Justina no iba a poder descubrirlos todos. Pensó que ni siquiera tendría ocasión de volver a entrar otra vez en la Guarida del Contrabandista. Pero no tuvo tiempo para lamentarlo: la señorita Morris caminaba deprisa y tuvo que trotar un poco para ir a su paso.

El coche estaba aparcado junto a una hilera de casitas bajas. Justina pensó que pertenecerían a pescadores, porque algunas tenían cestas y redes en la puerta. Pero, cuando se aproximaron, una de las puertas se abrió y salió un hombre con un alsaciano, que tiraba de la correa. Tenía que ser Perkins, el chófer del señor Arthur, y el perro era *Sabre*. Cuando *Sabre* vio a Justina, empezó a mover el rabo y tiró de la correa hacia la niña. Ella pensó que casi podía haberlo visto sonreír.

—Señorita Morris —dijo Justina—, ese es *Sabre*. ¿Puedo saludarlo?

—Muy bien —admitió la señorita Morris—. Pero solo un minuto. —Sin embargo, sonrió con amabilidad a Perkins e incluso le hizo alguna caricia a *Sabre*, que levantó la pata como si quisiera dar la mano.

Justina abrazó y acarició al perro. Nunca lo había podido hacer antes porque *Sabre* siempre estaba de servicio. Se preguntó qué sería de él ahora.

—Me lo quedaré yo —dijo Perkins—. Pero me preocupa que se aburra conmigo. Es un perro de trabajo. Y echa de menos a su amo.

Sabre dejó escapar un pequeño gemido.

—Sabe de lo que estamos hablando —dijo Perkins, repitiendo lo que decía siempre la señora Kent—. Es inteligente y no se equivoca.

—Lo echaré de menos —confesó Justina—. Echaré de menos al señor Arthur. —Se le quebró la voz y le pareció que no podría decir nada más.

—A él le encantaba que vinieras a verlo —dijo Perkins—. Daba la impresión de que tus visitas le alegraban la vida. Antes de que empezaras a venir, lo único que hacía era sentarse en esa butaca y mirar por la ventana… aunque no pudiera ver nada. Pero, después de conocerte, empezó a ocuparse de sus asuntos. Precisamente la mañana del mismo día en que lo mataron, había estado reunido con su contable y con su abogado. Era como si hubiera recuperado el interés por la vida.

«Y justo entonces lo asesinaron», pensó Justina. Le dispararon cuando estaba sentado en su butacón favorito. Qué injusticia. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Perkins le dio unos golpecitos en el hombro y *Sabre* le frotó la cabeza contra el brazo.

—Vamos, Justina —dijo la señorita Morris en un tono no muy arisco —. Es hora de volver al colegio.

En Highbury House estaba esperándola Stella, a la entrada del comedor.

—¿Cómo ha ido todo? —preguntó.

—Bien, triste —contestó Justina—. Pero he averiguado algunas cosas. Ya te contaré.

—Pasad a comer, chicas —dijo la señorita Morris, reuniéndose con ellas—. Quiero que estéis despiertas esta tarde. He pensado que podría proponeros un estupendo examen de matemáticas.

Justina y Stella gruñeron lastimeramente. Solo un profesor podría calificar un examen de matemáticas con la palabra «estupendo».

Se reunieron con el resto de las Lechuzas en la mesa habitual. El comedor era un escándalo bullicioso, como siempre, y, por una vez, a Justina aquella algarabía le resultó bastante tranquilizadora.

—Te has saltado el dictado de Latín de esta mañana —dijo Rose, recortando con el cuchillo el cartílago de su chuleta de cerdo—. Qué suerte tienes.

—Estaba en un funeral —informó Stella—. Eso no es tener mucha suerte.

—Pero si casi no lo conocía… —dijo Rose, como si Justina no estuviera allí—. No es como si fuera un familiar.

Justina pensó ponerse a llorar solo para conseguir que Rose se sintiera fatal, pero eso era darle demasiada importancia. En vez de llorar, dijo: —La señorita Morris nos va a poner un examen de matemáticas esta tarde. Me lo acaba de decir.

Todas las chicas se quejaron y gimotearon.

—Oh, no… —exclamó Eva—. Espero que no sean fracciones. Nunca sé qué hacer con las fracciones. Todos esos numeritos haciendo equilibrios, unos encima de otros.

Justina la creía: Eva había tenido un uno —de cincuenta— en el último examen.

—Luego vamos a entrenar —le dijo Rose a Justina—. No lo olvides.

—No lo olvidaré —replicó—. La señorita Heron estuvo en el funeral.

—Oh, qué suerte tienes —dijo Eva—. Pasas mucho tiempo con ella. —Todas las chicas de segundo año adoraban a la señorita Heron, aunque insistiera en hacerlas correr todo el tiempo.

—Bueno, era un funeral —dijo Justina—. No estuvimos mucho rato charlando.

Se planteó decirles que también la señorita Robinson había estado allí y que su presencia fue una sorpresa para las otras profesoras, pero al final decidió guardarse aquella información y comunicársela solo a Dorothy y a Stella.

—Volví después a casa del señor Arthur —continuó—. Su ama de llaves me dio esto como recuerdo.

Sacó la estatuilla del alsaciano de bronce, que llevaba en una bolsa de papel con las pastas. Le quitó un poco de crema de la nariz y las chicas se acercaron para verlo mejor.

—Es precioso —dijo Nora—. Ahora me acuerdo de mi perro, *Barney*, que está en casa…

—¡Qué bonito! —exclamó Eva.

Pero en la mesa de las delegadas, Helena Bliss se sintió atraída, como una urraca, por el brillo del bronce. Se abalanzó sobre las Lechuzas.

—¿Qué es eso, Justina? No está permitido traer juguetitos a la mesa del comedor…

Bueno, eso era una novedad. Justina sospechaba que la delegada se inventaba las reglas del colegio a medida que se le ocurrían.

—Es un regalo de un hombre que ha fallecido —dijo—. La señorita Morris lo sabe.

Helena la miró detenidamente.

—Llévatelo a tu dormitorio después de comer —le dijo—. Y que no lo vuelva a ver.

—Vale —dijo Justina.

En realidad, la orden de Helena le vino muy bien. En cuanto acabaron el pudin con sabor a esponja de baño, Justina y Stella huyeron escaleras arriba hasta el dormitorio. Justina metió las pastas y la figura de bronce en su taquilla.

—Podemos hacer una fiesta esta noche —dijo—. Pero tengo otras cosas que contarte. —Le detalló a Stella todo lo que había descubierto en la Guarida del Contrabandista. Justina a veces pensaba que su amiga no se emocionaba lo suficiente con los misterios que le contaba, pero ahora escuchaba a Justina con una mano tapándose la boca.

—¿De verdad crees que alguien irrumpió en la casa y mató de forma deliberada al señor Arthur?

—Sí —dijo Justina—. Y tenemos que averiguar por qué. Yo creo saber la razón por la que el señor Arthur no se dirigió a su hija directamente. —Le contó a Stella que lo había visto vestido con el uniforme de soldado alemán.

—¿El señor Arthur era alemán? —preguntó Stella—. Pero no tenía acento extranjero, ¿no?

—Sí tenía un ligerísimo acento, ahora que lo pienso —dijo Justina —. Yo solo pensaba que tenía una voz un poco peculiar. Y, por supuesto, llevaba muchísimo tiempo en Inglaterra. Se había casado aquí y había tenido una hija. Eso explica por qué tuvo que irse durante la guerra, claro. Y tal vez eso explica por qué su mujer se divorció de él y por qué su hija no quería verlo. —Justina recordó en ese momento la frase inconclusa de la carta que encontró en el sótano: «Comprendería que pensaras en mí como si fuera un *enemigo*…».

—Qué triste… —dijo Stella.

—Sí —asintió Justina—. Mi padre dice que los pilotos ingleses admiraban de verdad a los alemanes. Y dice que no deberíamos guardarnos rencor ahora que la guerra ha terminado.

—Al menos ya no habrá otra guerra… —dijo Stella.

Justina no le dijo a su amiga que su padre pensaba que existían

muchísimas probabilidades de que estallara otro conflicto. Dijo: —Creo que hay cosas muy sospechosas en la muerte del señor Arthur. ¿Por qué iba un ladronzuelo vulgar a dispararle si luego no se llevó nada? Y ¿quién querría matar al señor Arthur? ¿No te parece sospechoso que lo asesinaran justo cuando estaba buscando a su hija perdida durante tanto tiempo? —Hizo una pausa, y luego añadió—: Tenemos que encontrar a Bunny ya. Se lo debemos al señor Arthur.

Alguien las llamó desde la puerta y ambas se sobresaltaron.

—Justina, Stella, ¿qué estáis haciendo aquí?

Era la señorita Robinson, con su uniforme de enfermera y con un manojo de llaves en la mano.

—Solo he venido a dejar una cosa en la taquilla —dijo Justina.

—No deberíais subir aquí durante el día —dijo la señorita Robinson —. Bajad. Las clases de la tarde van a empezar en un momento.

La antigua celadora les habría puesto una falta por mal comportamiento, con toda seguridad, así que Justina y Stella se dieron prisa y obedecieron. De todos modos, Justina no pudo evitar preguntarse si la celadora habría estado fisgoneando su conversación con Stella y qué parte habría conseguido escuchar.

Contárselo todo a Stella no era suficiente. Justina quería compartir también sus sospechas con Dorothy. Decidió emprender otra visita nocturna.

Cuando se apagaron las luces, las Lechuzas compartieron los dulces de la señora Kent. Estaban buenísimos y desaparecieron en cuestión de minutos. Estuvieron charlando un rato, sentadas en el suelo y envueltas en sus mantas, pero, cuando las pisadas de la señorita Robinson se escucharon en el exterior, todas saltaron y se metieron en la cama. Justina estaba cansadísima. Después de clase, el equipo de atletismo había ido a entrenar con la señorita Heron. En esta ocasión habían salido del recinto del colegio y habían corrido hasta el cruce del pueblo. Luego, ya de vuelta, la señorita Heron las había obligado a esprintar los últimos cien metros. A Justina le produjo alguna satisfacción llegar segunda, después de Moira, batiendo a Rose por bastante distancia.

Pero ahora le dolían las piernas y lo único que quería era cerrar los ojos. El listado de juicios empezó a repicar en su cabeza…

«*El rey y el pueblo de Inglaterra contra Stanley; El rey y el pueblo de Inglaterra contra West; El rey y el pueblo de Inglaterra contra…* contra… El rey… Rey. *Rey* es un nombre de perro. *Sabre*. El señor Arthur. Los alsacianos son unos perros muy inteligentes. Recuerda, eres una detective, y los detectives nunca se rinden… *El rey y el pueblo de Inglaterra contra Stanley*…»

Justina se incorporó. Con la ayuda de la luz de su linterna, consultó la hora. Las diez y media. Tendría que arriesgarse. Si quería ver a Dorothy, tendría que hacerlo ya. Salió de la cama y se puso las

zapatillas y la bata, y luego caminó de puntillas hasta la puerta. No se oía ningún ruido en la habitación, ni siquiera los chillidos de Eva. Justina se escabulló y salió del dormitorio; avanzó por el pasillo con cuidado de no pisar las tablas sueltas. Había una luz al final del pasillo: eso debía significar que la celadora aún estaba despierta. Con un poco de suerte estaría leyendo manuales de medicina o algo igualmente excitante y no se aventuraría a salir. Justina abrió la puerta del rellano con facilidad… y entonces se quedó inmóvil. Pudo oír sin problemas que se abría otra puerta. La enfermería. La señorita Robinson debía de estar haciendo otra ronda. «Que no venga por aquí, que no venga por aquí», rezó Justina.

Parecía que sus oraciones fueron atendidas, porque a continuación oyó el cierre de un pestillo y luego los pasos descendieron por la escalera principal. ¿Por qué bajaba la señorita Robinson a esas horas de la noche? Estaba haciendo lo mismo que había hecho la última vez que la vio, cuando Justina fue a ver a Dorothy a medianoche. Se acordó de las palabras de su padre en la última carta: «Vigila a la nueva celadora, la señorita Robinson. Creo que esconde algo». Era casi una *obligación* seguirla. Justina cruzó el rellano y empezó a bajar las escaleras.

Se detenía cada pocos minutos, los justos para permitir que la celadora continuara su camino sin sospechar que la estaban siguiendo. Justina pudo escuchar el gran carillón, contando los segundos en el gran vestíbulo, y el aullido de un zorro en los alrededores del colegio. Cuando la señorita Robinson llegó a la planta baja, dio media vuelta y se encaminó hacia el salón de actos. ¿Iba a meterse de nuevo en los sótanos? Justina la siguió, con las zapatillas en la mano, para no hacer ningún ruido al caminar. Desde las sombras, observó a la señorita Robinson andar deprisa por la sala y abrir la portezuela del rincón que daba a los sótanos y las bodegas. Dejó la puerta entreabierta. ¿Significaba eso que tenía la intención de volver a entrar por el mismo sitio? Como recordaba Justina, aparte de esta, la única entrada a los sótanos estaba en la cocina. ¿Se atrevería a entrar? Pero, si no lo hacía, ¿cómo iba a descubrir el misterio? «Vamos, Justina», se dijo. «Firme y decidida, ¡que no decaiga tu valor!». Eso era lo que su madre solía decir.

Justina corrió ligera por toda la sala, abrió la puerta y empezó a bajar las escaleras de los sótanos. Estaba todo oscurísimo y casi tropezó al llegar al final. Llevaba la linterna en la mano, pero no se atrevía a encenderla. ¿Estaría la señorita Robinson todavía en el sótano? Justina ya no podía escuchar los pasos de la celadora. Fue avanzando por el pasadizo, pegada a las húmedas paredes de ladrillo. ¿Averiguaría ahora por qué las estancias subterráneas estaban tan estrictamente prohibidas este año?

Entonces escuchó algo. Un ruido de algo que corría y se escabullía, muy cerca de ella. ¿Sería un ratón? Había un montón de ratones en el colegio porque el gato de la señora Hopkirk, *Rudi,* era demasiado perezoso para dedicarse a cazarlos. Justina se dio media vuelta.

Y todo se oscureció.

—¿Dónde estoy?

La señorita Robinson la estaba mirando de cerca. Justina podía distinguir el uniforme blanco de enfermera con el reloj prendido en el bolsillo delantero. Todo lo demás le resultaba vago y confuso: los colores surgían y se mezclaban, los ruidos y las voces eran ininteligibles.

—En la enfermería —dijo la señorita Robinson—. Quédate tumbada. Creo que te has dado un buen golpe.

Alguien le había dicho esas mismas palabras en otra ocasión. Justina intentó incorporarse.

—¿Cómo he llegado aquí? Yo estaba… —El recuerdo de las paredes de ladrillo, húmedas y mohosas, le daba vueltas en la cabeza—. Yo estaba en el pasadizo del sótano…

—¿En el sótano? —exclamó la celadora, levantando las cejas—. No. No estabas en el sótano. Hutchins estaba haciendo la ronda nocturna y te encontró en el escenario del salón de actos. Te cogió y te trajo aquí.

Justina apenas era consciente de haber visto la enorme sombra de Hutchins, el hombre-para-todo del colegio:

—¿En el salón de actos? —preguntó.

—Has sufrido un episodio de sonambulismo —dijo la señorita Robinson—. El funeral de ayer debió de causarte una gran impresión, o te ha traído recuerdos de… Bueno, te habrá traído todo tipo de recuerdos. Lo mejor que puedes hacer ahora es quedarte ahí tumbada. Te he dado algo que te ayudará a dormir.

Aquello hizo sonar algunas alarmas en el cerebro de la niña, pero, antes de que pudiera hacer nada por evitarlo, se quedó dormida.

Cuando se despertó, ya era de día. Estaba tumbada en una cama de la enfermería, con una sábana blanca, almidonada y dura por la parte de arriba. La celadora estaba sentada a su lado, escribiendo notas en una libreta. Debió de darse cuenta de que Justina se había despertado, porque miró a su alrededor para comprobar que no había nadie.

—Ah, me alegra que te hayas despertado. ¿Cómo te encuentras?

—Bien… creo —respondió—. Me duele la cabeza un poco.

—No me extraña —dijo la señorita Robinson—. Debiste de golpearte muy fuerte cuando te caíste. —Su voz resultaba verdaderamente compasiva… pero puede que solo fuera una buena actriz.

—Celadora… —dijo Justina—, ¿de verdad estaba en el salón de actos?

—Sí —contestó la señorita Robinson—. Hutchins te encontró tendida en mitad del escenario. Creo que, de forma inconsciente, estabas preocupada por la obra de teatro y por eso fuiste allí. La cabeza puede jugar esas malas pasadas. Lo aprendí cuando fui enfermera en la guerra. He visto hombres que juraban haber visto a ángeles de fuego, de tres metros de altura, o fantasmas de sus camaradas muertos caminando a su lado.

La cabeza de Justina echaba humo, con lo cual solo conseguía que le doliera más. Ella *sabía* que había estado en los sótanos y, es más, que había ido allí siguiendo los pasos de la señorita Robinson. ¿Por qué estaba mintiendo la celadora? ¿Y de verdad había sido enfermera en la guerra? Parecía bastante convincente, pero, entonces, ¿qué pasaba con el tobillo de Ada? ¡La señorita Robinson ni siquiera supo identificar que estaba roto! Pero la historia del sonambulismo le resultaba útil, porque eso libraba a la muchacha de cualquier problema por estar donde no debía. Se preguntaba qué diría la señorita De Vere cuando se enterara.

No tuvo que preguntárselo mucho tiempo. Después de llevarle a Justina un (delicioso) desayuno con tostadas y té, la celadora la dejó leyendo tranquilamente. Solo llevaba unas cuantas páginas de su libro de Leslie Light, *Asesinato en la biblioteca*, cuando la señorita De Vere apareció en el umbral de la enfermería.

—¿Te encuentras mejor, Justina?

—Sí, señorita De Vere.

La directora se sentó en la silla que había junto a la cama.

—La señorita Robinson me ha dicho que anoche estuviste caminando sonámbula por el colegio…

—Sí, señorita De Vere. No recuerdo nada de nada… —Decir eso le pareció lo más seguro.

La señorita De Vere le lanzó una de sus penetrantes miradas, de esas que parece que te leen el pensamiento.

—La señorita Robinson cree que tal vez estabas conmocionada por el funeral del señor Arthur. Y que puede que eso te trajera recuerdos de tu madre.

—Me hizo pensar en ella —dijo Justina, y era verdad.

La cara de la directora se suavizó un poco.

—Debe de haber sido muy duro para ti. Descansa aquí hoy. No tienes que ir a clase.

—Gracias, señorita De Vere.

—Pero…, Justina… —La directora se inclinó hacia ella, sobre la cama—, si por un casual no estuvieras sonámbula, si estuvieras rondando por el colegio de noche, o por el sótano, intentando resolver uno de esos misterios inventados, entonces te advierto que te olvides de ello de inmediato. Si te descubro en lugares prohibidos de nuevo, empezaré a sospechar de ese extraño «sonambulismo» tuyo. ¿Me has entendido?

—Sí, señorita De Vere. ¿Puedo hacerle una pregunta?

La señorita De Vere sonrió levemente.

—Las dos cosas en las que nunca andarás escasa, Justina, son el valor y las preguntas. Muy bien. Adelante. Una sola pregunta.

—¿Por qué los sótanos están prohibidos este trimestre?

—Siempre han estado prohibidos —dijo la señorita De Vere—. Pero se han producido algunos desprendimientos durante las vacaciones, así que las bodegas son ahora muy peligrosas. ¿Responde eso a tu pregunta?

—Sí, señorita De Vere —dijo Justina.

Aunque, por supuesto, aquello suscitaba otras muchas preguntas nuevas. ¿A qué se refería con un «desprendimiento»? ¿Eso no era cuando había un corrimiento de tierras? ¿Por qué estaba ocurriendo eso en los cimientos de Highbury House? Y, si los cimientos eran inseguros, ¿por qué la señorita Robinson *y* la señorita Hunting habían estado por allí últimamente? Pero Justina no le dijo nada de eso a la directora y esta, lanzándole otra amable mirada admonitoria a la niña para que se cuidara, abandonó la enfermería.

La siguiente visita de Justina fue mucho más agradable.

—Hola —dijo Dorothy desde la puerta—. ¿Puedo entrar?

—¡Claro! —dijo Justina—. Estaba deseando verte.

—Se supone que estoy barriendo los pasillos de las plantas de arriba. —Dorothy blandió su escoba—. Tengo solo unos minutos.

—Pensé ir a verte ayer por la noche —dijo Justina—. Pero me desvié…

Le contó a Dorothy todo lo del funeral y lo que había averiguado del señor Arthur. Le contó también que había seguido a la señorita

Robinson a los sótanos la noche anterior y cómo se había despertado mareada en la enfermería, con la celadora al lado, hablándole de sonambulismo.

—Pero yo estuve en el sótano —dijo Justina—. Lo recuerdo perfectamente y, además, mira mi bata… —La bata estaba colgada en un gancho, en la parte de atrás de la puerta, y la espalda estaba sucia, llena de polvo y telarañas—. El único sitio donde hay tanto polvo es en el sótano —añadió.

—Lo sé —dijo Dorothy—. Soy yo la que lo quita de todas partes.

—Está pasando algo, Dorothy —dijo Justina—. ¿Por qué se mete todo el mundo en el sótano, sobre todo ahora que es tan peligroso? ¿Qué estaba haciendo la señorita Robinson allí a medianoche?

—Debe de ser algo secreto… —empezó a decir Dorothy, y entonces, de repente, se aferró al brazo de su amiga—. ¡Justina! ¿Te acuerdas de lo que dijo mi padre? Se dice que hay túneles que van desde la Guarida del Contrabandista hasta Highbury House. ¿Podría haber aquí una entrada a ese túnel? ¿En los sótanos?

—¡Claro! —dijo Justina, incorporándose por la emoción—. Y si hubo desprendimientos y derrumbes durante las vacaciones de Navidad, tal vez eso dejó al descubierto la entrada del túnel… Ahora solo tenemos que averiguar por qué la señorita Robinson y la señorita Hunting se meten allí. ¿Estarían intentando llegar a la Guarida del Contrabandista? Y, si es así, ¿por qué?

—Me alegra saber que estás mejor, Justina —dijo alguien desde la puerta. Era la señorita Heron, con su infalible falda pantalón y sus zapatillas de correr. ¿Las llevaba para poder andar por el colegio sin que nadie la escuchara llegar?

—Me siento bien —dijo Justina. Y entonces, dándose cuenta de que eso podía significar que tendría que volver a las clases, añadió—: Quiero decir… aún me duele la cabeza, pero ya me voy encontrando mejor poco a poco.

—Entonces deberías estar tumbada y no cotilleando —dijo la señorita Heron—. Mañana tendremos otro entrenamiento por la tarde. Vamos a correr por las marismas hasta el mar. Quiero que te recuperes para que puedas participar. Estoy organizando una carrera de campo a través con otros colegios para el último día del trimestre. Tenemos que entrenar todo lo que podamos.

—Mañana ya estaré bien —dijo Justina.

—Excelente —exclamó la señorita Heron—. Y ahora, puedes irte, Dorothy. Estoy segura de que tienes cosas que hacer.

El día siguiente amaneció frío y con niebla.

—Nos vamos a perder si corremos con esta niebla —dijo Stella aquella mañana, mirando el campo por la ventana del dormitorio.

Aquello activó un recuerdo dormido en el cerebro de Justina. Años atrás, una alumna de Highbury House se había perdido mientras corría en la niebla. La niña se había caído en una zanja y había muerto allí. Justina miró a Stella y supo enseguida que se estaba acordando de lo mismo.

—La niebla se disipará —dijo Rose—. Siempre es igual. Supongo que hoy no correrás muy deprisa, Justina, con ese golpe tan terrible que te diste y todo eso.

Según Stella, el sonambulismo de Justina era la comidilla de todo el colegio. En algunas versiones, la habían dado por muerta después de que alguien desconocido la hubiera atacado. Según otras, la habían encontrado en el escenario, representando el papel de *lady* Macbeth mientras estaba en trance.

—Me las arreglaré —dijo Justina—. Sería horrible que te volviera a ganar, incluso con este golpe en la cabeza, ¿no?

Rose frunció el ceño y Eva se apresuró a recordarles que ya era la hora del desayuno.

—Seguro que es súper —añadió, casi como si nunca hubiera probado la comida de Highbury House.

La niebla se fue disipando a medida que avanzaba el día. La señorita Robinson solicitó ver a Justina en el primer descanso, solo «para saber cómo estaba». La niña no estaba muy segura de querer confiar en la celadora. Como mínimo, era una enfermera bastante mediocre, y, en

el peor de los casos, era un personaje siniestro que había estado merodeando por los sótanos la noche anterior y luego había mentido al respecto. Pero Justina quería ir a correr y aceptó la revisión.

—¿Y dónde vais a correr? —preguntó la señorita Robinson.

—Hasta el mar, ha dicho la señorita Heron.

—No te pasa nada, estarás bien —confirmó la señorita Robinson—. Pero no te lo tomes muy en serio, no corras mucho.

Aquello demostraba lo mucho que sabía la celadora de atletismo… ¡La clave de ese deporte era marcar un buen tiempo! Pero, bueno, al menos Justina podía estar con sus compañeras de equipo.

A la hora de la comida, la señorita Heron se acercó a la mesa de las Lechuzas para decirle a Rose, a Justina y a Stella que estuvieran preparadas en la puerta exterior del colegio, en la verja, a las cinco. Ella se encargaría de que les sirvieran la cena más tarde. Luego se acercó a la mesa de las Palomas para comunicarle lo mismo a Alicia y a Moira.

—Espero que no veáis al Jinete Decapitado —dijo Nora alegremente.

—No me digas que hay otro fantasma deambulando por este sitio… —replicó Justina.

—Oh, pues claro… —dijo Nora, ajustándose las gafas—. El Jinete Decapitado de los Pantanos. Primero oyes el ruido de un caballo cabalgando, te das la vuelta y resulta que no hay nada, pero, cuando vuelves a mirar al frente, el jinete está delante, con una sonrisa terrible…

—¿Cómo va a sonreír si no tiene cabeza? —dijo Justina.

—Sí la tiene, la lleva debajo del brazo —dijo Nora—. Chorreando sangre.

Eva dejó escapar un gritillo.

—Ya vale, Nora. Esta noche he tenido pesadillas.

—Nora, siempre contando embustes —dijo Rose—. Pasadme la sal, por favor. Esta carne de lata sabe a neumático.

Y mientras esperaban en la verja del colegio, con los fabulosos grifos de piedra a ambos lados, todas sintieron que aquella tarde se respiraba algo ligeramente turbador. Aún no era de noche, pero las sombras se estaban alargando muchísimo y se levantó una leve brisa que hacía susurrar y murmurar a los árboles. Las chicas estaban todas juntas, mientras esperaban a la señorita Heron. Pequeños jirones de niebla llegaban ondulando como humo por la marisma. Justina volvió a recordar la primera vez que vio Highbury House y la nota que escribió en su diario: «Posibilidades de escapar del colegio sin ser vista:

mínimas. Posibilidades de que aquí se perpetre un asesinato: altísimas».

Dio la impresión de que la señorita Heron surgía de la nada, brillando con su jersey blanco de críquet. Justina pensó que habría sido bueno que todas las chicas llevaran prendas claras, pero las chicas iban con sus jerséis y sus faldas de deporte, todo marrón. Si bajaba la niebla, todas se desvanecerían en la oscuridad.

—Vamos, chicas —dijo la señorita Heron—. Vamos a correr hasta el mar y volvemos. Tenemos que ir deprisa si queremos estar aquí antes de que caiga la noche.

—¿Hasta el mar? —se quejó Rose—. Pero si está lejísimos.

—No, no lo está —replicó la profesora—. He comprobado la ruta esta mañana. Hay media hora de ida y otra media hora de vuelta.

—¿Conoce usted bien la zona, señorita Heron? —preguntó Justina, viendo la oportunidad de recabar alguna información—. ¿Vivió de joven aquí, en las marismas de Romney?

La señorita Heron le lanzó una mirada penetrante.

—No —dijo—. Simplemente lo he comprobado y he recorrido estos lugares. Y ahora, marchando.

Las seis partieron, corriendo en fila india, siguiendo a la señorita Heron y su jersey blanco. Justina iba entre Moira y Alicia, pero, diez minutos después, Rose se adelantó para colocarse junto a Alicia, y Stella se unió a Justina. No hablaban y la señorita Heron fue apretando el paso. Justina podía sentir el corazón latiendo fuerte en su pecho y sus pulmones empezaron a arder por el aire frío, pero todos aquellos entrenamientos debían de estar dando sus frutos, porque notó que podía seguir corriendo sin mucho esfuerzo. Y resultaba reconfortante llevar a su amiga al lado. A su pesar, no podía quitarse de la cabeza la historia de Nora. «Primero oyes el ruido de un caballo cabalgando, te das la vuelta y resulta que no hay nada, pero, cuando vuelves a mirar al frente, el jinete está delante, con una sonrisa terrible…» Es curioso, las malas pasadas que te juega la imaginación. Desde el momento en que salieron del colegio, Justina había tenido la extraña sensación de que alguien las iba siguiendo. Ahora casi podía jurar que podía oír el fatídico ruido de los cascos de un caballo acercándose, inevitablemente, cada vez más y más cerca… Oyó cómo Rose dejaba escapar un grito y se volvió, esperando por un segundo encontrarse de cara con el fantasma decapitado y su espantosa sonrisa.

Pero lo que vio fue el carro de un granjero tirado por un caballo. El farol que llevaba en el carro le daba un aire fantasmal, y arrojaba una luz inquietante y débil. Justina se dio cuenta de que la noche casi había caído por completo.

—¿Sois del colegio? —gritó el hombre.

—Sí —respondió la señorita Heron—. Estamos entrenando.

—Será mejor que volváis —continuó el hombre—. Está bajando la niebla.

—No vamos muy lejos —dijo la profesora—. Solo hasta la costa y volvemos.

—Pues haríais bien en daros prisa —advirtió el hombre—. Y cuidado con las luces.

—¿Qué luces? —preguntó Justina. Sabía que no se le permitía hablar directamente con los adultos si había una profesora delante, pero no pudo evitarlo.

—Hay luces extrañas en las marismas por la noche —dijo el hombre —. Las luces del demonio, las llaman las gentes de por aquí.

Justina pensó en la neblina verde que a veces veía en el horizonte a altas horas de la noche. La señorita Loomis, su profesora de Ciencias, lo llamaba «fosforescencia». También pensó en las luces de los saqueadores de naufragios, que arrastraban a los marineros a los bancos de la costa y a la muerte. «Saqueadores de naufragios, solían llamarlos. Encendían hogueras en el camino de la costa, donde había bancos de arena y rocas. Los barcos encallaban y los saqueadores robaban todo lo que había a bordo. Yo a eso lo llamo maldad. Se ahogaron un montón de pobres marineros…»

—Si vais tras las luces y os salís del camino —avisó el hombre—, estáis perdidas.

Estar perdidas. Sonaba bastante peor que *perderse*. Sonaba como si fuera mortal y sin remedio.

—Volvamos —dijo Rose.

—No —replicó la señorita Heron—. Estamos a un paso. Tenemos que hacer un buen entrenamiento. Gracias —le dijo al granjero, con un tono claro de despedida en su voz.

—… nas noches —dijo el campesino. Luego le comentó algo al caballo y el carro emprendió la marcha. Justina vio cómo desaparecía la luz del farol, y sintió como si toda su seguridad y la de sus compañeras se fueran con ella. Cada vez estaba más oscuro y solo se podía distinguir el jersey claro de la señorita Heron.

—Vamos, chicas.

Empezaron a correr otra vez. Justina no tardó en percatarse del fuerte olor a mar, aquel olor picante y salobre que le recordaba los días en los que recogía conchas en la playa con su padre. Enseguida pudieron escuchar las olas, rompiendo contra los guijarros de la costa. La señorita Heron dio el alto y les entregó unos caramelos.

—Glucosa —dijo—. Os dará energía.

A Justina no le gustaban mucho los caramelos, pero ese le supo delicioso. Dirigió la mirada al lugar donde debería estar el mar, pero no distinguió más que oscuridad y, de vez en cuando, la cresta blanca de una ola. Estaban al borde de las dunas de arena y, en la distancia,

al otro lado de la curva de la bahía, pudo distinguir una única luz brillante. La Guarida del Contrabandista.

Las chicas se sentaron en la hierba salina, en lo alto de una duna, chupando los caramelos e intentando descubrir dónde estaban las olas del mar en el agua negra.

—Será mejor que nos marchemos —dijo la señorita Heron—. Quiero que estemos en el colegio a las seis.

Entonces, la oyó exclamar una maldición. Justina se volvió.

La niebla había caído rápidamente. Tan sigilosa y silenciosa como una cortina de humo, y ahora había una capa densa entre ellas y el camino.

Rose empezó a llorar.

—¡Estamos atrapadas! —exclamó—. ¡No podremos volver! El viejo del carro tenía razón. ¡Estamos perdidas!

—No seas tonta —dijo la señorita Heron. Justina no podía verle la cara, pero pensó que de todos modos su voz parecía bastante angustiada.

—Tengo una linterna —dijo Justina. Siempre la llevaba cuando salía al atardecer o de noche. La encendió en dirección a las marismas, pero el rayo de luz solo reflejó una densa niebla, con diminutas gotitas de agua bailando en el aire.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Moira, y el timbre de su voz escocesa, habitualmente firme, sonó débil y temblorosa.

—Tendremos que coger el camino de la costa —dijo la señorita Heron—. Nos llevará hasta el pueblo. Cuando lleguemos buscaré un sitio desde donde telefonear a Hutchins para que venga a buscarnos.

—Aquella luz es la Guarida del Contrabandista —dijo Justina, señalando la luz al otro lado de la bahía—. Podemos telefonear desde esa casa.

—¿La Guarida del Contrabandista? —exclamó Rose—. No podemos ir allí. Está embrujada. Tú misma se lo dijiste a Stella.

—Solo son cuentos —dijo Justina, confiando en que fuera verdad—. Es una casa muy agradable y el ama de llaves, la señora Kent, es encantadora. Nos dará chocolate y bizcochos.

Justina notó que las chicas se animaban al escuchar sus palabras.

—Muy bien —concedió la señorita Heron, tras pensárselo unos segundos—. Vayamos a la Guarida del Contrabandista. No perdáis de vista la luz, chicas.

Solo después de que emprendieran la marcha Justina recordó la advertencia del granjero: «Si vais tras las luces y os salís del camino, estáis perdidas».

A medida que iban trotando por el camino, cada vez estaba todo más oscuro. Justina encabezaba la marcha con su linterna y la señorita Heron cerraba el grupo. Podían oír cómo las olas eran cada vez más fuertes, porque se había levantado un poco de viento y de vez en cuando sentían que el aire les rociaba el rostro con gotitas de agua marina. Stella iba al lado de Justina de nuevo, y esta se alegró de sentir la presencia incondicional de su amiga. Tras ellas, Rose iba lloriqueando mientras corría… Justina oía de vez en cuando las palabras «mis papás» y «no es justo». Por un momento pareció que jamás iban a llegar a la Guarida del Contrabandista, pero, casi de repente, la casa blanca se alzó ante ellas con la luz brillando en lo alto de la torre. «Vaya, ¿por qué no hay luces en la planta baja? —pensó Justina—. ¿Y si la señora Kent ya se ha ido?» Estaba agotada, tenía el rostro lleno de sudor y agua de mar, y las zapatillas de deporte empapadas. Estaba segura de que las otras chicas estaban igual. Alicia había pisado mal en algún hoyo y se había torcido el tobillo. La sujetaban Moira y la señorita Heron. Necesitaban entrar y ponerse a salvo cuanto antes.

Justina subió los escalones corriendo y golpeó la aldaba del ancla en la puerta. Recordó cuántas veces había hecho lo mismo, cuando *Sabre* a veces ladraba antes incluso de que ella llamara. Pero *Sabre* ahora estaba con Perkins.

Por suerte se oyeron unas pisadas al otro lado de la puerta. Entonces, se abrió y la figura esbelta de la señora Kent se recortó contra la luz del interior.

—¡Justina! ¿Qué estás haciendo aquí?

—¡Por favor…! Hemos salido a entrenar y de repente ha bajado la niebla. Somos cinco y nuestra profesora.

—Entrad —dijo el ama de llaves—. No es una noche para estar a la intemperie. Entrad y secaos.

No hubo que decírselo dos veces a las chicas. Prácticamente se apelotonaron a la entrada y, poco después, todas se habían acomodado en la cocina, con toallas para secarse el pelo y humeantes tazas de chocolate caliente delante de ellas.

—¿Puedo telefonear al colegio? —preguntó la señorita Heron—. No creo que las chicas puedan aguantar una caminata de regreso. Alicia se ha torcido el tobillo de una manera bastante fea.

Efectivamente, el tobillo de Alicia estaba hinchado y ella tenía la cara muy pálida. Moira tenía un rasguño en la cara y Rose estaba a punto de tener un ataque de histeria.

La señora Kent parecía preocupada.

—Oh, lo siento, no tenemos teléfono aquí. El señor Arthur era casi un ermitaño, ¿sabe?

Rose empezó a llorar.

—Tendré que ir al pueblo —dijo la señorita Heron—. Vosotras quedaos aquí, chicas. No tardaré.

—Le dejaré un impermeable —ofreció la señora Kent—. Se avecina una tormenta…

—No tengo mucha comida en casa —dijo la señora Kent—, pero os puedo preparar unas tostas con queso, si tenéis hambre.

Todas las chicas llegaron a un acuerdo inmediato: tenían hambre. Les parecía que habían pasado siglos desde que habían comido en el refectorio del colegio. Resultaba muy acogedor estar allí sentadas, alrededor de la vieja mesa, en la cocina del señor Arthur, mientras el viento ululaba en el exterior. La señora Kent puso unas cuantas rebanadas de pan bajo la parrilla y Stella y Moira se levantaron para poner la mesa. Rose estaba mustia, sentada en una esquina, y Alicia tenía el pie en alto, sobre un taburete. Normalmente, Justina se habría prestado a colaborar, pero se sentía algo inquieta. La tormenta, en el exterior, cada vez resultaba más atronadora y violenta; podía oír cómo las olas se estrellaban contra la barrera de guijarros, a solo unos metros de la casa. También le resultaba extraño permanecer en aquella casa sin que estuvieran el señor Arthur y *Sabre*. La cocina estaba calentita y con mucha luz, pero Justina pensaba en la oscuridad de todas las habitaciones y salas que había en las plantas de arriba; el estudio del señor Arthur estaría vacío, con su pipa y el cuaderno en el escritorio, y el faro desierto con el foco aún brillando.

—Señora Kent… —dijo Justina—. ¿Por qué hay luz en el viejo faro?

La señora Kent estaba poniendo queso en las rebanadas de pan. Se volvió y sonrió.

—Al señor Arthur le gustaba que fuera así. Decía que el faro era una baliza en la oscuridad, una guía que le mostraba a los marineros el camino seguro hasta el puerto. «Tal vez haya alguien perdido que pueda ver nuestra luz —solía decir—, y así llegará a salvo a su casa.»

Yo la sigo encendiendo para honrar su recuerdo.

—Nosotras vimos la luz —dijo Justina—. Y nos salvó.

Se preguntaba si el señor Arthur pensaba en su hija al hablar de la luz que mostraba a las gentes perdidas el camino a casa. Resultaba tan triste que nunca se hubiera vuelto a ver con su única hija…

Las tostadas de queso estaban deliciosas y la señora Kent preparó más chocolate caliente para tomarlo con el pan. Después sacó bollos y rebanadas de pastel de frutas. Las chicas se fueron animando bastante, y acabaron riéndose de su carrera por los pantanos y marismas, y de aquel hombre siniestro del carro.

—No vayáis tras las luces… —dijo Moira, con una voz que pretendía imitar el acento de la zona—, porque os conducirá a la muerteee… —Se echó a reír descaradamente y se sirvió otra rebanada de pastel.

—Yo llegué a pensar que era el Jinete Decapitado —afirmó Stella—. No quise darme la vuelta por si me tiraba su cabeza.

—A mí no me dio ningún miedo —soltó Rose, echándose la melena hacia atrás.

—A todas nos dio mucho miedo —replicó Stella—, incluso a Justina, y eso que es la persona más valiente que conozco.

A Justina no le gustaba admitirlo, pero aún estaba aterrorizada. La tormenta aullaba como un lobo en el exterior, hacía retemblar los cristales de las ventanas y ella se preguntaba por qué nadie planteaba la cuestión que a ella la estaba atormentando: ¿por qué tardaba tanto la señorita Heron?

La señora Kent las dejó con los dulces y el chocolate.

—Tengo que comprobar que las ventanas estén bien cerradas —dijo —. Se está levantando mucho viento.

Justina observó las ventanas de la cocina, cubiertas por cortinas amarillas. ¿No era por allí por donde los ladrones habían entrado? Si fue así, ya no quedaba ni rastro de los desperfectos.

—Vamos —le dijo a Stella—. Investiguemos un poco.

Stella levantó las cejas, pero salió de la cocina con Justina, murmurando algo sobre «ir a buscar el baño».

—¿Qué estamos buscando? —murmuró.

—La solución al misterio —dijo Justina con decisión. No estaba muy segura de a cuál se refería. En cierto sentido, todos los misterios estaban relacionados: la hija perdida desde hacía tanto tiempo, el sótano de Highbury House, el extraño comportamiento de la señorita Robinson, el disparo nocturno que mató al señor Arthur…

—Tenemos que ir al despacho del señor Arthur —dijo Justina.

Estaba en la parte inferior de la torre, y las paredes eran diferentes, de ladrillo en vez de yeso. Sí, por allí era. Bajaron dos escalones y recorrieron un pasillo con fotografías de aviones. Aquella era la puerta. Probablemente estaría cerrada, pero valía la pena intentarlo.

La puerta estaba abierta, pero, cuando Justina entró en la sala, le esperaba una sorpresa mucho más desagradable.

Allí estaba la señorita Robinson, con una pistola en la mano.

Stella dejó escapar un grito. Justina la cogió de la mano y las dos niñas empezaron a retroceder.

—Hola, Justina —dijo la señorita Robinson, como si se hubieran encontrado en el dormitorio o en la enfermería.

—¿Qué está haciendo usted aquí? —preguntó la niña.

—Solo hago mi trabajo —dijo la señorita Robinson, sujetando la pistola de un modo que a Justina le pareció muy profesional. Era una pistola negra, recortada, y lo bastante pequeña como para caber en un bolsillo o en un bolso de enfermera.

—¿Su trabajo? —dijo Justina—. Pero si usted es enfermera. Usted es celadora…

La señorita Robinson empezó a reírse.

—No, no soy enfermera. Y ahora, apartaos de mi camino, niñas. Tengo cosas que hacer.

Se abrió paso entre las dos chicas. Justina y Stella retrocedieron aún más, pero, mientras se apartaba, Justina vio algo que casi consiguió que los ojos se le salieran de las órbitas. Una de las vitrinas estaba abierta. Allí había un rectángulo oscuro y, saliendo de allí, la silueta de una muchacha. ¡Dorothy! Rápida como un relámpago, Dorothy se adueñó de la situación, cogió una figura metálica de un avión y golpeó a la señorita Robinson en la nuca.

La mujer se desplomó como un árbol recién talado.

—¡La has matado! —gritó Stella, con la voz acercándose al ataque de nervios.

—Solo está desmayada —dijo Dorothy, casi sin aliento.

—¡Dorothy! —exclamó Justina—. Pero ¿qué haces tú aquí?

—Encontré el pasadizo secreto —dijo la empleada del colegio—. Vi a la señorita Robinson meterse en los sótanos y la seguí. El pasadizo llega hasta aquí. ¿No os parece extraordinario?

Justina se arrodilló junto al cuerpo de la celadora. Cogió la mano mortecina de la señorita Robinson y le buscó el pulso en la muñeca.

—Aún respira… —dijo—. ¿Qué estaba haciendo esta mujer aquí? ¿Y por qué lleva una pistola? Parece que tenías razón, Dorothy, cuando decías que no era enfermera.

—¿Qué está pasando aquí? —dijo alguien en la puerta. Las chicas se volvieron y vieron a la señora Kent allí, con un sombrero y un enorme impermeable. El ama de llaves se quedó mirando a la mujer tendida en el suelo, al arma que había quedado al lado y la vitrina abierta.

Actuó con una calma extraordinaria. Se arrodilló junto al cuerpo inerte de la señorita Robinson.

—¿Quién es?

—Es la celadora de nuestro colegio —dijo Justina. Pensó que esa sería la explicación más sencilla.

—Yo soy Dorothy —dijo la muchacha alegremente.

—¿Y qué haces aquí? —preguntó la señora Kent, enderezándose. Entonces, ella misma contestó a su pregunta—: Ya veo, el pasadizo secreto. El señor Arthur pensaba que la entrada debía de estar aquí. ¿Va directamente a Highbury House?

—Sí —contestó Dorothy—. Es un camino larguísimo, pero creo que se ha utilizado hace poco. Había huellas en el polvo y el barro de la galería. La señorita Robinson evidentemente conocía la manera de abrir esta puerta desde dentro. Creo que había estado aquí antes.

Justina miró el arma. ¿Se habría metido en la casa la señorita Robinson por el pasadizo y habría matado al señor Arthur? Y, si era así, ¿por qué? La señora Kent siguió la mirada de la muchacha.

—Yo me ocuparé de eso —dijo, y cogió la pistola.

—Tenga cuidado —dijo Justina—. Creo que está cargada.

—No te preocupes —dijo la señora Kent—. Soy una mujer del campo. Estoy acostumbrada a las armas.

Y se metió la pistola en el bolsillo.

—Ayudadme con esta mujer… con la celadora. La llevaremos al sofá, chicas.

Dorothy y Justina ayudaron a la señora Kent; levantaron a la señorita Robinson y la dejaron en el *chesterfield* de piel. Luego, la señora Kent la cubrió con una manta de felpa. Stella parecía petrificada.

—Y ahora —dijo la señora Kent—, niñas, volved a la cocina y quedaos allí. Voy a ir al pueblo a buscar ayuda. Estoy preocupada por vuestra profesora de Educación Física. Ya debería haber vuelto.

Justina quiso pedirle que no se fuera. Pero el ama de llaves ya se encontraba a medio camino del pasillo. Escucharon cómo se alejaban sus pisadas. Después se abrió la puerta principal y se cerró con un portazo. Y luego, el silencio.

—¿Qué está haciendo *esa* aquí? —exclamó Rose.

—Hola, Rose —dijo Dorothy—. He entrado por un pasadizo secreto que sale de Highbury House. ¿Eso es tarta? ¿Puedo coger un poco?

Rose, Moira y Alicia miraban atónitas a Dorothy, que cogió un trozo de tarta y empezó a comérsela. Justina estaba segura de que, para Rose, aquello era casi lo más extraordinario que había ocurrido en todo el día. ¡Una *criada*, sentada a la mesa y comiendo con ellas!

—El pasadizo viene desde el colegio y sale aquí, en el despacho del señor Arthur —dijo Justina—. La señorita Robinson también estaba allí. Dorothy la dejó inconsciente de un golpe.

—¿La señorita Robinson? —exclamó Rose—. *¿La celadora?*

—En realidad no sé si es celadora de verdad… —dijo Justina—. Bueno, sí lo es… pero no es propiamente enfermera. Tenía una pistola, para empezar.

—Creo que iba a matarnos —dijo Stella—. Pero Dorothy le dio un golpe en la cabeza antes de que pudiera decir nada.

—¿Y dónde está la pistola? —preguntó Moira, concentrada en un asunto importante.

—La cogió la señora Kent —dijo Stella—. Ha ido al pueblo a buscar ayuda.

—Y la señorita Heron, ¿dónde está? —preguntó Rose, como si se diera cuenta por primera vez de la ausencia de la profesora.

—No lo sé —contestó Justina—. Ya debería haber vuelto. El pueblo está solo a diez minutos de aquí. He hecho el camino un montón de veces.

—¿Qué hacemos? —dijo Alicia—. ¿Dónde están todos los mayores?

«Los mayores no siempre te protegen», pensó Justina. Recordó a la señorita Robinson apuntándolas con un arma. Pero también pensó que no debería decirle eso a Alicia. Estaba muy pálida tras su lesión, y Justina temió que pudiera desmayarse.

—La señora Kent dijo que nos quedáramos aquí —explicó Justina—. Yo voto por que nos atrincheremos en la cocina. La señorita Robinson puede despertarse en cualquier momento. No tiene la pistola, pero creo que de todos modos puede ser bastante peligrosa.

Aquello animó al equipo de atletismo a pasar a la acción. Había un banco bastante pesado junto a la mesa, y las chicas lo colocaron contra la puerta.

—Y deberíamos sentarnos ahí —dijo Justina—. Así le resultará más difícil moverlo.

Justina, Stella, Dorothy y Rose se sentaron en fila, con las espaldas apoyadas en la puerta. Alicia estaba enfrente, aún con la pierna en alto. Moira abrió los cajones de los cubiertos.

—Estoy buscando armas —dijo—. ¡Bingo! —Blandió un rodillo de amasar—. Todas deberíamos estar armadas. —Y le dio a Stella un cucharón de cobre.

—¿Serías capaz de golpear a alguien? —preguntó Stella.

—Uf… Sí, creo que sí —dijo Moira—. Si fuera por salvar la vida. —Encontró dos cazos más y se los dio a Justina y a Rose.

—¿Y para mí? —preguntó Dorothy—. Yo ya he golpeado a una persona hoy.

—Eso parece… —corroboró Moira—. Para ti algo más fuerte. —Y le dio una cosa que parecía un martillo de madera.

—¿Qué es eso? —preguntó Rose.

—Es un mazo, para majar la carne y que quede más tierna —dijo Dorothy—. ¿No lo habías visto nunca?

—Tengo la satisfacción de decir que no he pisado una cocina casi nunca —dijo Rose en su tono más engreído.

—Yo sí —dijo Stella—. A veces ayudo a mi madre en la cocina.

—Y yo también —asintió Dorothy.

—Y yo —dijo Moira—. No tenemos tanto dinero como para tener cocinera.

Rose parecía sorprendida. Era la primera vez que las chicas admitían que no eran tan ricas como ella. Justina habría querido unirse al coro, pero la verdad es que ella y su padre tenían a una «externa» que les hacía la comida. «Seguramente soy tan ignorante como Rose en las tareas domésticas», pensó, con un sentimiento de culpabilidad.

Sin embargo, por alguna razón, aquella conversación pareció unir aún más a todas las chicas. Ocuparon sus puestos, armadas con sus utensilios de cocina. El reloj de la cocina, encima del horno, dio las

diez. Les parecía que ya era medianoche. Fuera, el viento rugía, haciendo vibrar los cristales de las ventanas en los marcos.

—¿Qué ha sido eso? —dijo Rose.

—¿El qué? —preguntó Alicia.

—Ese ruido.

—Solo es el viento —dijo Moira.

—No, es como si estuvieran arañando… ¡Escuchad!

Todas prestaron atención. Y, por encima del estruendo de la tormenta, Justina lo oyó. Era como si estuvieran rascando, arañando: primero un ruido, y después un gemido.

Alicia gritó:

—¡Es un fantasma!

—¡Es el Jinete Decapitado! —exclamó Rose.

—Bobadas… —dijo Justina, aunque aquellos ruidos le habían helado la sangre. Se levantó y avanzó hasta la puerta de atrás.

—Ten cuidado, Justina —dijo Stella.

El ruido era cada vez más audible. Ahora era más bien como un gemido insistente. La muchacha puso la mano en el picaporte.

—¿Qué haces? —protestó Rose—. ¡Apártate de esa puerta!

Pero Justina giró la llave en la cerradura y la abrió. Una sombra negra se abalanzó en la cocina. Las chicas gritaron horrorizadas…

—¡Es un lobo! —exclamó Alicia—. ¡Va a matarnos!

—No, no es un lobo; creo que es un perro —dijo Dorothy—. Pero es muy grande.

—*¡Sabre!* —Justina rodeó el cuello del alsaciano con los brazos—. Pero ¿qué estás haciendo aquí?

El pelaje del perro estaba chorreando, pero meneaba el rabo con alegría. Miró a Justina como si intentara hacerle comprender algo.

—Este es el perro del señor Arthur —explicó Justina—. Se supone que está viviendo con el chófer, en su casa. No sé qué está haciendo aquí.

—¿Estás segura de que no nos va a hacer nada? —preguntó Alicia. Pero *Sabre* ya estaba entablando amistad con Stella, Dorothy y Moira. Incluso Rose se acercó a darle unas palmaditas, aunque luego se secó las manos en la falda.

—*Sabre* sabe que está ocurriendo algo raro —dijo Justina—. Veréis, os lo puedo contar todo.

Todas volvieron a sentarse; *Sabre* se puso al lado de Justina, y esta les comentó a las demás todo lo que sabía del señor Arthur, de su hija perdida y de su sospechosísima muerte.

—Entonces, su hija podría ser una de las profesoras del colegio —dijo Moira—. Podría ser la señorita Heron, o la señorita De Vere.

—No es la señorita De Vere —dijo Justina—, porque mi padre conoció al suyo. Podría ser la señorita Heron o la señorita Robinson.

Las dos se han estado comportando de una manera muy sospechosa y ambas estuvieron en el funeral del señor Arthur. También podría ser la señorita Hunting. La vi en el sótano el día que seguí a la señorita Robinson allí.

—Pero has dicho que el señor Arthur era alemán —dijo Rose—. Ninguna de ellas es alemana.

—Su hija es inglesa —dijo Justina—. El señor Arthur vivió aquí antes de la guerra. De todos modos, los alemanes son iguales que nosotros. No hay ninguna diferencia.

Dio la impresión de que Rose quería mostrar su desacuerdo. Pero antes de que pudiera decir nada, alguien llamó a la puerta… la puerta que daba al interior de la casa y que las chicas habían bloqueado con un banco.

—Ay, no… —dijo Stella—. Es la señorita Robinson.

Moira levantó el rodillo de amasar.

Justina miró a *Sabre*. El perro tenía la cabeza ladeada, pero seguía moviendo el rabo.

—¿Quién es? —preguntó.

—Soy la señorita Morris. —Fue la sorprendente contestación—. Abrid la puerta inmediatamente.

Las chicas retiraron el banco de la puerta y la abrieron. Y ahí estaba su tutora de curso, con cara de pocos amigos, con su habitual traje de lana escocesa. Sin embargo, Justina se dio cuenta enseguida de que ni su pelo ni su ropa estaban mojados. La señorita Morris debía de haber llegado también por el túnel.

—¿Puede alguna de vosotras, por favor, decirme qué demonios está pasando? —dijo la señorita Morris.

Seis voces a la vez intentaron contestarle.

—… porque fuimos a entrenar…

—… entonces la niebla…

—… y resulta que la señorita Robinson…

—… con una pistola…

—… y la señora Kent…

—… con la tormenta…

—… el pasadizo secreto…

—¡Silencio! —exclamó la señorita Morris levantando la mano—. Una a una, por favor.

Todas miraron a Justina. Esta dejó escapar un suspiro e intentó hacer un resumen somero de todo lo que había ocurrido desde que salieron de las verjas del colegio.

La señorita Morris escuchó con atención, con los ojos brillantes tras sus diminutas gafitas doradas.

—He venido por el pasadizo —dijo—. Cuando he llegado, la señorita Robinson no estaba en el despacho circular con estanterías.

Las chicas se miraron unas a otras. Eso significaba que la señorita Robinson andaba cerca, quizá aún en la casa. No era una idea precisamente agradable.

—¿Cómo sabía usted de la existencia de ese pasadizo secreto? —preguntó Justina.

—Todos los profesores veteranos lo sabemos —dijo la señorita Morris—. La señorita Hunting ha estado investigando la historia del edificio para su libro y siempre sospechó que esa galería existía. Cuando se produjeron los derrumbes y corrimientos en invierno, la salida quedó a la vista. Pero yo no tenía ni idea de hasta dónde llegaba. Cuando la señorita Robinson no apareció por sus estancias habituales esta noche, bajé a comprobar los sótanos y vi huellas que se adentraban en el pasadizo. Dos grupos de huellas, me pareció ver. Supongo que tú, Dorothy, también has pasado por ahí…

—Sí —asintió la chica con gesto avergonzado.

Justina estaba intentando pensar a toda velocidad. ¿Por qué la señorita Morris iba a bajar a comprobar los sótanos cuando buscaba a la señorita Robinson? ¿Significaba eso que sospechaba de la nueva celadora o que estaban compinchadas de algún modo? Pero ¿por qué y para qué?

Antes de que Justina pudiera hacer más preguntas, se escuchó un ruido en el exterior. *Sabre* gruñó. Moira volvió a levantar el rodillo.

La puerta trasera se abrió. Justina debió de olvidar cerrarla. Miró a su alrededor y alargó los brazos para comprobar que Stella y Dorothy estaban a su lado. Cogió a *Sabre* por el collar para infundirse valor.

Dos personas aparecieron en el umbral: la señora Kent, con su enorme impermeable chorreando agua, sujetando a una desvencijada y desaliñada señorita Heron, que tenía un aspecto lamentable.

—¡Pero Margaret! —dijo la señorita Morris—. ¿Qué te ha pasado?

La señorita Heron levantó la mirada, aunque parecía bastante aturdida.

—¿Edna? ¿Qué estás haciendo aquí? Fui a pedir ayuda y me caí en el banco de guijarros. Me hice daño en el brazo y debo de haberme desmayado. La señora Kent acaba de venir a rescatarme…

—La encontré cuando venía del pueblo —dijo la señora Kent, aceptando de nuevo la presencia de otra mujer desconocida sin hacer más comentarios—. Creo que se ha roto el brazo.

Ayudó a la profesora de Educación Física a sentarse en una silla. La cara de la señorita Heron tenía un color macilento, pero intentó sonreír.

—Necesito que la señorita Robinson me mire el brazo… —dijo.

—No me parece muy buena idea —espetó la señorita Morris—. Parece que nuestra nueva celadora no es lo que parece.

—Hay algo muy sospechoso en esa mujer —dijo la señora Kent—.

La he visto rondando la casa unas cuantas veces.

—Ha escapado —anunció Justina—. La señorita Morris ha venido por el pasadizo secreto y la señorita Robinson ya no estaba en el despacho del señor Arthur.

—Ya, entiendo —dijo la señora Kent—. Bueno, la policía está en camino. He conseguido llamar desde el bar. —Dijo aquellas palabras con desagrado.

—Gracias a Dios —suspiró Justina. Pero, al levantar la mirada y ver a la señorita Morris, pensó que la profesora tenía una extraña expresión en el rostro. ¿Era enfado o temor?

—Deberíamos quedarnos todas en la cocina —dijo la señora Kent—. Puedo cerrar todas las puertas hasta que llegue la policía. Así estaremos a salvo de la celadora.

«¿A salvo?», pensó Justina. Puede que la señorita Robinson ya no tuviera el arma, pero Justina creía que de todos modos tenía formas de hacerles daño, si se lo proponía. Pero… ¿por qué iba a querer hacerles daño? No tenía mucho sentido. Se dio cuenta de que el ama de llaves le estaba hablando…

—Voy a coger unas mantas. Justina, ¿me echas una mano?

La muchacha se sintió honrada de que le hicieran esa petición, pero también estaba un poco aprensiva ante la sola idea de andar por la casa con la señorita Robinson suelta. Confió en que *Sabre* fuera con ellas, pero la señora Kent le dijo al perro que se quedara en la cocina y protegiera a las demás. La señora Kent intentó distraer al perro con unas galletas, pero *Sabre* no las comió. Se quedó mirando a la puerta, gimiendo. Al final, la señora Morris tuvo que sujetar al perro por el collar para impedir que siguiera al ama de llaves y a Justina. Cuando abandonaron la cocina, Justina vio que Dorothy iba a su lado. No era tan buena protección como un alsaciano, pero era lo siguiente mejor.

La señora Kent las condujo a través de un pasillo de piedra. Llegaron a una pequeña puerta y la abrió. Justina extendió los brazos para coger las mantas. Pudo escuchar entonces, en la cocina, los ladridos de *Sabre*.

En ese mismo segundo, por su cabeza pasaron mil ideas…

«El día que murió, el señor Arthur había estado hablando con su abogado; a *Sabre* lo habían envenenado; *Sabre* se había negado a comer las galletas que le daba la señora Kent, y había gruñido cuando supo que estaba tras la puerta; al señor Arthur le dispararon cuando estaba sentado en su sillón. Y había escuchado decir a la señora Kent que era una mujer del campo, y que estaba acostumbrada a las armas…»

Cuando se giró y volvió a mirar a la señora Kent, el ama de llaves estaba apuntándola con una pistola.

—Métete en el armario, Justina.

—¡Fue usted! —exclamó Justina—. ¡Usted mató al señor Arthur! ¿Y lo hizo porque iba a cambiar su testamento a favor de su hija? Estuvo hablando con su abogado el mismo día que usted lo mató, ¿no?

—Eres una entrometida —dijo la señora Kent—. No sé qué vio el señor Arthur en ti.

Justina se giró, preguntándose si podría correr lo bastante rápido como para llegar a la cocina, pero la señora Kent le hizo una señal con la pistola.

—Lamentaría mucho que se produjera un accidente trágico. El arma se dispara accidentalmente, una joven estudiante muerta. Una estudiante y una criada. —Miró a Dorothy con un gesto que se parecía bastante al desprecio—. Meteos en ese cuarto. Las dos. Me encargaré de vosotras después.

A las chicas no les quedó más remedio que obedecer.

La señora Kent cerró de un portazo y giró la llave de la cerradura, dejando a Justina y a Dorothy a oscuras. Pero Justina no era una detective aficionada sin recursos. Aún llevaba consigo la linterna, en el bolsillo. La luz iluminó el lugar: el cuartucho era en realidad un reducto diminuto, con las paredes de ladrillo y el techo y el suelo de piedra.

—Vamos a gritar… —dijo Dorothy—. Seguro que pueden oírnos desde la cocina.

Gritaron «¡Socorro!» tan fuerte como pudieron, pero, aunque ellas aún podían escuchar los ladridos de *Sabre*, nadie fue a rescatarlas.

—La tormenta es ensordecedora —dijo Justina—. No pueden oírnos. *Sabre* sí puede, pero ellas no sabrán por qué ladra. —Recordó a

Perkins cuando dijo que «*Sabre* sabe de qué estamos hablando». *Sabre* lo sabía todo, y sabía quién había matado a su dueño, y había intentado decírselo, a su manera. Por eso se había escapado de la casa del chófer, porque sabía que algo malo estaba pasando en la Guarida del Contrabandista.

—¿Crees que la señora Kent nos va a matar? —preguntó Dorothy. Intentó que su voz sonara firme y segura, pero Justina pudo notar un temblor en sus palabras.

—No —contestó Justina, aunque no estaba en absoluto segura—. Solo quiere que no nos interpongamos en su camino.

—Pero dijo que se ocuparía de nosotras más tarde…

—Eso no es más que una fanfarronada —fanfarroneó también Justina—. Pero tenemos que intentar escapar. Tenemos que pedir ayuda. No creo que la señora Kent haya llamado a la policía. Y también tenemos que enfrentarnos con la señorita Robinson. —Intentó empujar y sacudir la puerta, pero la madera recia no cedió. Apoyado en una pared había un aparador, el tipo de mueble que uno encontraría en una cocina para guardar la vajilla. Pero este estaba vacío.

—¿Para qué tendrán esto aquí?

—Será un aparador viejo —observó Dorothy—. Tendrá carcoma o algo. —Y le dio unos golpes a la estantería.

El aparador se movió

—¿Te has dado cuenta?

—Sí —confirmó Justina—. Empújalo otra vez.

Ambas empujaron el mueble y, lentamente, crujiendo, el aparador se movió y reveló una abertura negra en la pared.

—¡Otro pasadizo! —exclamó Dorothy.

Justina enfocó la linterna hacia el agujero. Se veían paredes de ladrillo, verdes de moho, probablemente, y unas escaleras que descendían. No se podía distinguir el final y, además, había un desagradable olor a humedad.

—¿Dónde crees que irá? —preguntó Dorothy inclinándose por encima del hombro de Justina.

—Al pueblo, espero —murmuró ella—. ¿No es eso lo que dijo tu padre? ¿Que la mayoría de los pasadizos desde la Guarida del Contrabandista iban al pueblo?

—¿Y si es un callejón sin salida?

—Bueno, vamos a comprobarlo —dijo Justina, aunque también le daba miedo bajar aquellos escalones oscuros, de aspecto viscoso—. ¿Qué otra opción tenemos?

Justina entró la primera, con la linterna iluminando sus pasos. Dorothy iba tras ella, tan cerca que Justina podía escuchar su respiración.

Intentó contar los peldaños, pero desistió cuando llegó a treinta. Y luego, de repente, entraron en una galería con el suelo llano; el pavimento era de ladrillo, pero las paredes eran rugosas, como de yeso. Justina alargó la mano para tocarla. Estaba empapada, como si hubiera estado debajo del agua. El pasadizo era muy estrecho, así que podían tocar las paredes sin tener que extender del todo los brazos. Aun así, era lo bastante alto como para que no tuvieran que ir agachadas. «Al menos, la señora Kent y la señorita Robinson son altas», pensó Justina. Ir por esa galería les resultaría bastante difícil. Recordó entonces que no habían vuelto a poner el aparador en su sitio. Resultaría evidente por dónde se habían escapado.

El pasadizo parecía interminable. Justina pensó en la cantidad de tierra que tenían sobre la cabeza, aplastándolas. ¿Y si la señora Kent venía tras ellas? No tenían escapatoria en esa galería tan estrecha. Justina intentó caminar más deprisa y de repente se percató de que el túnel estaba descendiendo. Luego giró bruscamente a la derecha. Se detuvo. Mal asunto. Confiaba en que el suelo se empinara o que hubiera algunas escaleras.

—¿Dónde estamos yendo? —preguntó Dorothy, detrás de Justina, y su voz sonó extraña y con eco—. No me gusta.

—Has recorrido el otro túnel tú sola —dijo Justina.

—No era tan estrecho —contestó Dorothy—. Y suponía que conduciría a alguna parte. Pero esto puede ser un callejón sin salida. Podríamos quedarnos atrapadas aquí para siempre.

—Tenemos que seguir —dijo Justina—. Es lo único que podemos hacer.

Al girar la esquina, se dio de bruces con un esqueleto. Justina lanzó un grito. Dorothy se estampó contra la espalda de su amiga y luego empezó a gritar también. El esqueleto estaba tendido en el suelo de ladrillo, con un brazo huesudo extendido, como si estuviera intentando salir desesperadamente, aferrándose a cualquier saliente. Junto a aquellos espantosos huesos había un cofre de madera, asegurado con piezas de hierro. Justina lo abrió. El cofre estaba vacío.

—¡Justina! —La voz de Dorothy era un grito ahogado—. No tenemos tiempo para curiosear en cajas viejas. Tenemos que encontrar una salida. O… o vamos a morir.

Justina enfocó la linterna a la pared de piedra que tenía delante. «Por favor, por favor… que no sea un callejón sin salida.» Por un momento pensó que, efectivamente, lo era, pero enseguida vio unas argollas metálicas clavadas en la pared.

—Tenemos que subir por ahí —dijo—. Se colocó la linterna entre los dientes y agarró la primera argolla.

Resultaba dificilísimo subir. Justina nunca había entendido cómo se conseguía escalar en los aparatos del gimnasio, y a lo que se

enfrentaba ahora era mucho más complicado. Pensó en la señorita Heron diciendo: «No se trata de que seas buena haciendo deporte. Se trata de tu fuerza de voluntad». Pensó también en el esqueleto que habían dejado atrás: había sido un ser humano, como ella, y se había quedado atrapado en aquel túnel. Apretó los dientes y siguió subiendo, argolla tras argolla, el metal oxidado le cortaba las manos. Entonces, cuando pensaba que ya no podía trepar más, su cabeza se topó con algo duro.

—Es una trampilla —dijo. Subió un poco más y, al hacerlo, se le cayó la linterna de la boca. Pudo escuchar cómo rebotaba en el suelo de ladrillo.

Se hizo una oscuridad total.

—¡Mi linterna!—exclamó, y le dieron ganas de llorar. Aquella linterna había sido su compañera fiel en Highbury House, una parte vital de su kit de supervivencia.

—No importa —dijo Dorothy, debajo de ella—. Intenta abrir la trampilla.

—Lo estoy intentando… —Justina empujó con todas sus fuerzas y, como por arte de magia, la madera pareció moverse ligeramente. Empujó un poco más y entonces sintió la lluvia en la cara. Un esfuerzo más, y su cabeza sobresalió y pudo respirar aire puro. La lluvia de la tormenta casi la cegó de inmediato, golpeándole el rostro con el viento. La tormenta aún arreciaba.

Justina consiguió salir y se giró para ayudar a Dorothy. Luego se derrumbaron en la hierba, como si el viento y la lluvia no existieran. Durante un instante ni siquiera dijeron nada, pero entonces Justina se fijó en la luz brumosa de la luna, iluminando las piedras oscuras que tenían a su alrededor… No eran casas, sino piezas cuadradas, sólidas y siniestras…

—Estamos en el cementerio… —observó Dorothy.

—La iglesia —dijo Justina—. Tu padre dijo que el vicario solía estar confabulado con los contrabandistas. Es probable que utilizaran este túnel para trasladar el contrabando hasta la iglesia.

—Entonces estamos muy cerca de mi casa —dijo Dorothy, con un tono de alivio—. Podemos ir y pedir ayuda. Mi padre y mi madre estarán allí. Y John.

—No tan deprisa —dijo una voz que parecía venir de la misma tierra. La señora Kent, pistola en mano, salía en ese momento del túnel.

—¡Corre! —gritó Justina.

Huyeron dando tumbos entre las lápidas. La luna había desaparecido y la lluvia les golpeaba inmisericorde en el rostro, de modo que les resultaba casi imposible ver por dónde iban. Las tumbas surgían por todas partes a su alrededor, con ángeles, vírgenes y cruces

enormes. La linterna de la señora Kent lanzaba rayos tras ellas. Justina se escondió tras una de las tumbas más grandes, arrastrando a Dorothy tras de sí. Esperaron sin hacer ruido, y Justina pensó que podía escuchar su corazón latiendo con violencia. Entonces se dio cuenta de que Dorothy estaba señalando una luz en la distancia. Debía de ser de alguna casa. Las dos chicas asintieron en silencio y empezaron a correr. Justina estaba casi en la cancela del cementerio cuando escuchó un grito. Dorothy se había tropezado con una estela medio enterrada. Justina dio media vuelta y fue a ayudar a su amiga, pero ya era demasiado tarde. La señora Kent las había alcanzado. El ama de llaves levantó el arma. Justina pudo ver cómo brillaba el acero en la oscuridad.

Entonces, por detrás, apareció una segunda sombra, una figura con capa que parecía más alta que cualquier ser humano. Se abalanzó sobre la señora Kent y la derribó, como si fuera un placaje de *rugby*. Luego, le arrebató el arma.

—¿Estáis bien, chicas?

Era la señorita Robinson, con su capa de enfermera al viento. Justina y Dorothy se quedaron petrificadas, mirándola fijamente, temblando y empapadas hasta los huesos.

—Sí —dijo Justina, preguntándose si todo aquello era verdad. La señora Kent podía estar en el suelo, pero la señorita Robinson, la verdadera y original dueña de la pistola, también podía dispararles.

—Id a pedir ayuda —dijo la señorita Robinson. Y luego se dirigió a la mujer que estaba a sus pies—: Beryl Kent, quedas detenida por el asesinato de Friedrich Arthur y por el intento de asesinato de Justina Jones y Dorothy Smith.

—¿Es usted policía? —preguntó Justina.

—Detective privada —dijo la señorita Robinson—. Este es un arresto civil. Ahora, id a buscar ayuda.

Las chicas se dieron media vuelta y echaron a correr. Unos minutos después estaban aporreando la puerta del número diez de la calle de la Rectoría. Tras unos minutos agónicos, se abrió y en el umbral apareció el padre de Dorothy, con un abrigo por encima del pijama.

—¡Papá! —Dorothy se abalanzó contra su padre—. ¡Han intentado matarnos! ¡Están en el cementerio, con una pistola!

—Pero ¿qué es todo esto? —dijo William Smith, tranquilizando a su hija con unas palmaditas en la espalda—. Respira hondo, Dotty. Ya está: estás a salvo.

—La señora Kent, el ama de llaves del señor Arthur, ha intentado matarnos —jadeó Justina—. Pero la señorita Robinson, nuestra celadora, que es en realidad una detective, nos ha salvado. Ahora están las dos en el cementerio. Hemos escapado de la Guarida del Contrabandista por un pasadizo.

William Smith no se lo podía creer. Entonces apareció John, vestido, al lado de su padre.

—John —dijo el padre de Dorothy—, ve a buscar corriendo al agente de policía Hedges. Ya sabes dónde vive: por encima de los herreros. Yo voy al cementerio.

—Vamos con usted —resolvió Justina.

—Vosotras os quedáis aquí —dijo William Smith. Cogió un atizador que había junto a la chimenea y se perdió en la oscuridad de la noche.

La madre de Dorothy les preparó un té y las arropó con mantas. ¿Cuántos siglos habían pasado desde que ellas y la señora Kent salieron de la cocina de la Guarida del Contrabandista para ir a buscar unas mantas? Como si quisiera responder, el reloj de cuco que estaba encima de la chimenea salió a piar doce veces. Era medianoche. Elsie y Susan aparecieron en las escaleras y se les ordenó que se fueran a la cama de inmediato. La madre de Dorothy se sentó con su hija y Justina en el sofá, y las tres esperaron.

Justina notó que se le cerraban los ojos. Estaba en un pasadizo, *Sabre* la acompañaba, pero entonces se volvía un dragón y ambos volaban hacia el mar, y la luz del faro parpadeaba, y luego veían a la señorita Robinson, con su uniforme de enfermera, cabalgando sobre una serpiente marina…

Un ruido, procedente del exterior, la sobresaltó. William y John regresaban, y entraban pateando la madera del suelo con sus enormes botas.

—Parece que andan las cosas revueltas en la Guarida —dijo William Smith—. El agente de policía Hedges ha arrestado al ama de llaves y ha enviado a alguien a buscar refuerzos. Parece ser que hay una investigadora privada en el negocio también. Ahora mismo marcho para allá…

—¿Podemos ir? —preguntó Justina.

—No, querida —dijo la madre de Dorothy—. Vosotras os quedáis aquí, a salvo y calentitas.

—Por favor, mamá… —dijo Dorothy—. No queremos perdernos la diversión…

John se echó a reír, y la señora Hattie dijo:

—¿Llamas diversión a que te persiga gente con pistolas?

—Reconozco que sería mejor que vinieran… —dijo el señor Smith —. En realidad, son las únicas que saben lo que ocurre, al parecer. Ya no corren ningún peligro estando conmigo.

Así que Justina y Dorothy se pusieron abrigos secos y calientes — eran de la señora Hattie y John— y siguieron al señor William Smith por las calles de la desolada aldea. Ya no llovía y la tormenta había amainado. La luna brillaba sobre un mar de plata. Resultaba extraño pensar que, solo unos minutos antes, habían hecho el mismo camino, pero bajo tierra.

Cuando ya estaba cerca de la Guarida, pudieron escuchar a *Sabre*, que estaba ladrando. Parecía ronco, como si hubiera estado así durante mucho rato. Justina condujo al padre de Dorothy a la puerta lateral y llamaron con fuerza.

—¿Quién es? —preguntó la señorita Morris, desde dentro.

—¡Soy yo, Justina! —gritó la estudiante.

Se abrió la puerta y allí estaba la señorita Morris, con *Sabre* a su lado, que movía alegremente la cola.

—¡Justina! ¡Dorothy! ¿Dónde os habéis metido? Me teníais preocupadísima. Al parecer la señora Kent os había encerrado. Hemos estado intentando derribar las puertas.

—Es una larga historia —dijo Justina.

Apenas había acabado de decirlo, cuando vio a la señorita Robinson, acompañada por el agente Hedges y otro policía. Era un hombre canoso que se presentó como el detective inspector Deacon, y dijo:

—¿Vosotras sois las de Highbury House? Tengo a mis hombres buscándoos por las marismas. Vuestra directora está a punto de volverse loca. Pensaba que os habíais caído en los pantanos y que os habíais ahogado.

—Ay, Dios —dijo la señora Morris—. ¿Pueden enviarle un mensaje y decirle que nos encontramos todas bien?

—Podría, si tuviera una cosa de esas que llaman *walkie-talkie* —dijo el inspector Deacon—. Son unos aparatos maravillosos, dicen. Es como llevar un teléfono portátil. Pero tal y como están las cosas… En fin, Hedges, coge la bicicleta y lleva el mensaje al colegio, ¿quieres?

El agente Hedges no parecía muy feliz ante la perspectiva que se le ofrecía, pero se limitó a saludar y se marchó a cumplir las órdenes.

—Y ahora —dijo el inspector Deacon—, lo mejor será que echemos un vistazo al resto de la casa. Supongo que encontraremos el arma del crimen.

Los policías salieron en tropel, seguidos por el padre de Dorothy. Pero la señorita Robinson se sentó a la mesa de la cocina

tranquilamente, como si se dispusiera a tener una amable conversación. Las alumnas de Highbury House se quedaron mirándola asombradas, salvo Alicia, que se había quedado dormida en el banco. Moira aún llevaba el rodillo de amasar en la mano.

—¿Han detenido a la señora Kent? —preguntó Justina.

—Sí —dijo la señorita Robinson—. No ha confesado todavía, pero creo que lo hará cuando encuentren el arma.

—Entonces… ¿Es usted detective privada, en serio? —preguntó Rose.

—Sí —dijo la señorita Robinson, y se sirvió el último pedazo de tarta.

—¿La contrataron para averiguar quién era el asesino del señor Arthur? —preguntó la señorita Morris.

—Al principio no —dijo la señorita Robinson, con una leve sonrisa —. El señor Arthur me contrató para encontrar a su hija perdida. Luego, cuando lo mataron, pensé que era mi obligación perseguir a su asesino.

Justina sintió una leve punzada de resentimiento cuando recordó que el señor Arthur había hablado de contratar a una detective, y que en realidad se refería a la señorita Robinson, y no a ella. Pero luego se acordó de que el señor Arthur le había pedido *a ella* que investigara. En cierto sentido, ella también había sido contratada.

—Entonces, ¿no es enfermera de verdad? —preguntó Dorothy, con una mirada intencionada a Justina.

—Técnicamente, no —dijo la señorita Robinson—. Pero serví en el cuerpo de urgencias médicas durante la guerra, y tengo algunos conocimientos básicos de medicina. Aunque, la verdad, no vi que Ada tenía roto el tobillo. Me sentí fatal por eso.

—¿Y encontró usted a la hija perdida del señor Arthur? —preguntó Stella. Había ido corriendo a darle un abrazo a Justina en cuanto la vio y ahora estaba sentada a su lado.

—Tengo mis sospechas… —dijo la señorita Robinson—. Encontré una carta dirigida a «Bunny», que era el nombre familiar que el señor Arthur utilizaba para llamar a su hija, pero he debido de perderla en algún sitio.

—La perdió en el sótano —dijo Justina—. Yo la encontré. —Se giró entonces hacia la señorita Heron—. Usted es Bunny, ¿no? Por eso siempre estaba interesada en el señor Arthur.

—No —negó la señorita Morris con serenidad—. Yo soy la hija del señor Arthur.

—¿Usted? —Las alumnas de segundo año miraron asombradas a su tutora.

—Sí —dijo la señorita Morris—. Mi nombre real era Hildegarde, pero me lo cambié por Edna durante la guerra. No convenía tener un

nombre alemán en esa época. La familia real también hizo lo mismo. Morris es el apellido de mi exmarido. Estuve casada durante un tiempo muy breve y me divorcié. Por eso siempre me llaman «señorita» en el colegio y en todas partes.

Justina recordaba haber escuchado al señor Arthur decir que su hija era preciosa, rubia y llena de vida. Para ella, sin embargo, la señorita Morris solo era una profesora más, con sus diminutas gafitas y su ropa formal. Llevaba el pelo teñido de un color indescifrable que podía denominarse rubio. Justina recordó que su padre le había dicho en alguna ocasión que, para él, ella siempre sería su pequeña, aunque tuviera treinta y siete años. Imaginó que el señor Arthur sentiría lo mismo.

—No supe que Friedrich… que mi padre había sobrevivido en la guerra hasta que recibí su carta —estaba diciendo la señorita Morris —. Fue una enorme conmoción…

—¿No fue a visitarlo? —preguntó Justina. De repente, por alguna razón, le pareció muy importante conocer ese detalle.

—Sí —dijo la señorita Morris—. Lo hice a través del pasadizo, para que nadie supiera hacia dónde iba. Vine a salir al despacho de mi padre, y allí estaba él, sentado ante el escritorio. Me conoció en cuanto pronuncié su nombre. —La profesora sacó un pañuelo y se lo sujetó contra los ojos—. Me alegra mucho haberlo conocido siendo adulta, aunque solo fuera una vez. Y aunque él nunca me pudiera ver. Lo mataron al día siguiente.

—Vio a su abogado esa mañana —añadió Justina—. Me lo dijo Perkins. Apuesto que el señor Arthur estaba a punto de cambiar el testamento y que le dejaba todo a usted. Antes pensaba dejarle la casa a la señora Kent. Por eso lo mató.

—No me importa nada el testamento —dijo la señorita Morris—. Solo me alegro de habernos reconciliado.

—¿Vio usted a la señora Kent cuando vino a esta casa? —preguntó Justina.

—No —dijo la señorita Morris—. Pero el señor Arthur… mi padre… mi padre debió de decírselo. Confiaba en ella absolutamente —y su voz se quebró.

—Lo siento. —La señorita Heron puso la mano en el brazo de su compañera—. Era un hombre maravilloso —dijo, volviéndose hacia Justina—. Yo no soy la hija del señor Arthur, pero fui una gran admiradora suya. Fue uno de los corredores de maratón más grandes de todos los tiempos. Ganó dos medallas olímpicas.

—¡Las descubrí en su escritorio —exclamó Justina—, cuando estaba buscando pistas!

—De verdad, Justina, tienes que dejar de meter las narices en los asuntos privados de las personas —dijo la señorita Morris con gesto

severo.

—No estaba fisgoneando, ¡estaba investigando! —dijo Justina, aunque no estaba muy segura de cuál era la diferencia exacta entre una cosa y otra. Se volvió hacia la señorita Robinson—. ¿Fue usted la que me dio el golpe en la cabeza aquella noche, cuando la seguí por los sótanos?

—Sí… —respondió la señorita Robinson—. También me sentí fatal por haber hecho eso. Pero tenía que impedir que me siguieras. Pensé que podría haber sido demasiado peligroso para ti, si encontrabas el pasadizo secreto. Y estaba en lo cierto…

—Bueno… —dijo Justina—. Dorothy la golpeó a usted en la cabeza, así que supongo que estamos en paz.

—¿Fuiste tú? —dijo la señorita Robinson, volviéndose para mirar de frente a Dorothy—. Un buen golpe, duro. Bien hecho.

Dorothy se sonrojó.

—*Sabre* sabía que usted era la hija del señor Arthur —le dijo Justina a la señorita Morris—. Le quiso dar la pata en cuanto la vio, ¿no? Y movía el rabo muy contento cuando usted se acercó a la puerta. En cambio, le gruñía a la señora Kent, y eso me pareció muy raro, porque debía de conocerla muy bien.

—Conocí a *Sabre* cuando vine por el pasadizo —dijo la señorita Morris—. Estaba tumbado al lado de mi padre. Es un animal muy inteligente. Voy a llevármelo al colegio. Si voy a heredar algo de mi padre, quiero que sea ese perro.

—Creo que también va a heredar esta casa —dijo la celadora—. Sobre todo, si a la señora Kent la procesan por asesinato.

—No estoy segura de querer quedarme con ella… —dijo la señorita Morris—. Según la gente del pueblo, este lugar tiene un pasado un tanto sombrío.

Justina recordó que el señor Arthur decía que «la Guarida del Contrabandista es una casa llena de secretos». Pensó en la luz que brillaba en la torre y en el deseo del señor Arthur de que la luz fuera un faro para los viajeros perdidos. Pensó también en el hombre del carro, y su advertencia de que no abandonaran el camino. Luego, también recordó la imagen del esqueleto en el pasadizo y en el cofre vacío que tenía al lado. ¿Habría contenido un tesoro aquel cofre? ¿Por ese supuesto tesoro había muerto una persona en aquel pasadizo, cuando quería llegar a la iglesia para ponerse a salvo?

—Creo que he descubierto el secreto del contrabandista —dijo.

Y entonces, de repente, el final del trimestre de primavera casi había llegado a su fin. El tiempo cambió, era cálido y soleado. Las marismas brillaban con sus flores amarillas y púrpuras, y las chicas jugaban al béisbol irlandés en la explanada de césped de la entrada. En una ocasión, Moira bateó con tanta fuerza que la pelota fue a romper los cristales de los invernaderos con un ruido tremendo.

La representación de *Alicia en el País de las Maravillas* se llevó a cabo ante un auditorio compuesto por los empleados y las alumnas del colegio. Rose encarnó maravillosamente al Conejo Blanco, pero Helena, en el papel de Alicia, olvidó el texto en varios momentos de la obra, tal vez distraída por la presencia de *monsieur* Pierre en primera fila. Justina trabajó como un reloj entre bambalinas, asegurándose de que todo el mundo estaba en el lugar adecuado y en el momento oportuno, con el *atrezzo* apropiado. La honraron con un aplauso especial al final de la representación. Sintió como si hubiera organizado toda la función ella sola. ¿Era eso lo que la señorita De Vere quería decir cuando le aseguró que «se ven más cosas entre bambalinas»? Tal vez ser detective se parecía a ese trabajo también. «Recopilar los hechos y buscar un patrón», decía la heroína detectivesca de su madre, Leslie Light. A veces uno solo puede descubrir el patrón si se aleja un poco.

La obra y las vacaciones eran los únicos temas de conversación que había en el colegio, pero, en medio de tanta emoción, se coló la gran noticia de que la señorita Morris de repente tenía un perro. *Sabre* acompañaba a Hutchins en sus rondas nocturnas y todas las niñas lo adoraban. Competían por sacarlo a pasear hasta tal punto que la

señorita Morris tuvo que organizar turnos y horarios. Por lo que tocaba a la señorita Morris, esta parecía imperturbable. Era tan estricta como siempre y no mostraba ninguna inclinación a favorecer a Justina, por mucho que tuvieran lazos compartidos con el difunto señor Arthur. Una tarde, durante la hora destinada a los deberes, sin embargo, llevó a Justina a un aparte y le mostró un recorte del periódico *The Times*. Decía que Beryl Kent, de 55 años, había sido considerada culpable del asesinato de Friedrich Arthur, de 57 años. No se mencionaba la historia militar del señor Arthur en la guerra ni sus medallas olímpicas.

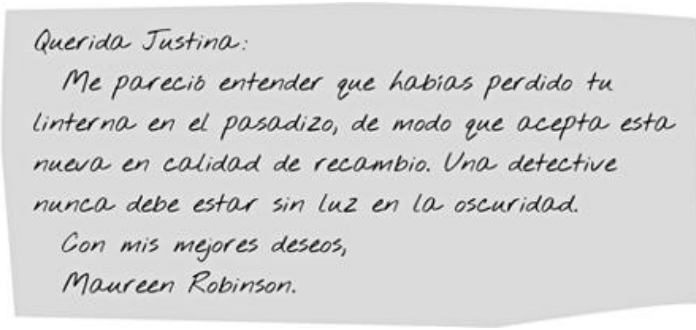
—¿Eso es todo? —preguntó Justina. Le parecía muy injusto que la vida del señor Arthur quedara reducida a un breve párrafo en su periódico favorito.

—Nos corresponde a nosotras mantener vivo su recuerdo —dijo la señorita Morris—. No lo olvidaremos.

Justina sabía que ella jamás olvidaría al señor Arthur ni la noche en la que el equipo de atletismo de campo a través se perdió en la niebla. Pero, a veces, cuando estaba sentada en clase, o corriendo alrededor del campo de *lacrosse*, le resultaba difícil recordar que se había visto cara a cara con una mujer armada con una pistola, o que había recorrido un pasadizo subterráneo que en tiempos pasados utilizaron los contrabandistas. Era como si aquellas aventuras le hubieran ocurrido a otra persona.

La señora Hunting se había mostrado emocionadísima con el descubrimiento del esqueleto. Fue ella misma al pasadizo para verlo, acompañada por el agente Hedges y una arqueóloga. Para gran disgusto de Justina, a ella no se le permitió acceder a la galería. La arqueóloga estimó que el esqueleto tendría unos cien años y que era de un hombre. «Bastante alto para la época», dijo la señora Hunting. ¿Era un contrabandista o un saqueador de naufragios? ¿Por qué había muerto en el túnel, tan cerca de las argollas metálicas que lo habrían conducido a la libertad? ¿Y qué había en el cofre? ¿Un tesoro? Justina estaba un poco indecisa respecto a su composición: ¿serían joyas? ¿monedas de oro? En los libros, los piratas hablaban de «reales de a ocho», que, según la señorita Hunting, eran la antigua moneda de plata española. Pero el cofre había sido expoliado y el secreto del contrabandista había muerto con él.

La señorita Robinson había abandonado el colegio y fue sustituida por una celadora temporal, una mujer terriblemente eficiente que intentaba que todas tomaran pastillas de aceite de hígado de bacalao por las noches. Pero, pocas semanas después de los sucesos de la Guarida del Contrabandista, Justina recibió un pequeño paquete. En el interior había una linterna nueva y modernísima, y una nota.


Querida Justina:
Me parecio entender que habias perdido tu linterna en el pasadizo, de modo que acepta esta nueva en calidad de recambio. Una detective nunca debe estar sin luz en la oscuridad.
Con mis mejores deseos,
Maureen Robinson.

Justina colocó la nueva linterna junto a su kit de supervivencia. Pensó en la Guarida del Contrabandista y en el señor Arthur, que quería que su faro iluminara la oscuridad. Le había caído bien la señorita Robinson, aunque le hubiera dado un buen golpe en la cabeza en una ocasión, y también le había hecho mucha ilusión conocer a una verdadera investigadora privada. Justina estaba muy orgullosa de que la señorita Robinson la hubiera llamado «detective». Confiaba en poder resolver otro crimen pronto.

Resultó que la señorita Heron *se había roto* el brazo, pero volvió a dar clase en cuestión de unos pocos días, con el brazo en cabestrillo. Estaba tan entusiasmada con el atletismo como siempre y anunció que la competición de campo a través tendría lugar el último día del trimestre.

—Así podrán asistir algunos de vuestros padres.

Iban a competir contra el colegio Roedean de Brighton y otros dos colegios de niñas, el St. Margaret y el Totteridge Towers. El tobillo de Alicia aún estaba dolorido, así que Stella, la reserva, fue el cuarto miembro del equipo.

El último día del trimestre fue una jornada atareadísima: había que preparar todas las maletas e intercambiar direcciones, tanto que a Justina casi se le olvidó que tenía que competir en la carrera. Cuando lo recordó, fue como si hubiera descendido muy rápido en un ascensor. Era la primera vez que tenía que participar en una competición y no quería fracasar —o defraudar a su padre, o a la señorita Heron—. Y, aunque jamás lo admitiría, no quería que el colegio de Highbury House fracasara por nada del mundo.

—Estoy muy nerviosa —le dijo a Stella—. Creo que he olvidado cómo se pone un pie delante del otro.

—Lo harás bien —aseguró Stella—. Siempre quedas de las primeras

con Moira. Y yo iré justo detrás.

Justina miró su bolsa de viaje, que estaba abierta sobre la cama. El perro de bronce del señor Arthur estaba colocado encima de su bata doblada. Se lo ofreció a Stella.

—Tócalo, para que nos dé suerte —le dijo—. Al fin y al cabo, el señor Arthur ganó dos medallas olímpicas.

Stella sonrió y le dio unos golpecitos con la mano a la brillante cabeza del perro.

—Danos suerte, señor Arthur —dijo.

—Recordad —dijo la señorita Heron cuando se reunieron en el vestuario, antes de la carrera—: es una competición por equipos. Solo ganan puntos las diez primeras, así que el colegio ganador será el que tenga más corredoras entre las diez primeras. La que llegue primera tendrá dieciséis puntos, la segunda, quince, y así sucesivamente. Estad pendientes unas de otras y tened en cuenta el lugar que ocupáis. Ivy Robin y Jennifer Fortescue, del Roedean, son muy buenas corredoras, ya han ganado varias competiciones. Tenemos que intentar impedir que lleguen primera y segunda. He oído también que Penny Meaker, del Totteridge Towers, es muy buena también. —Sonrió—. Pero estoy segura de que nuestro equipo es el más fuerte de todos. Los otros tienen puntos débiles. Nosotras no. Deberíais ser capaces de estar todas entre las diez primeras. Moira y Justina pueden llegar entre las cinco primeras. Y, sobre todo, lo más importante: disfrutad. Recordad, estáis abriendo camino para las corredoras de larga distancia que vendrán en el futuro.

La señorita Heron parecía tan valiente, allí de pie, con su falda pantalón y su top de *aertex*, con el brazo en cabestrillo, que Justina pensó que si la fortaleza de su profesora servía para algo, ella estaría entre las cinco primeras. Pero cuando salieron al campo y vieron a los otros equipos, Justina sintió que su confianza se venía abajo. Las otras niñas parecían mucho más grandes y fuertes; llevaban ropa que parecía de atletas profesionales y actuaban con mucha determinación. La señorita Heron le estrechó la mano a las profesoras visitantes, todas ellas con el pelo gris y con aspecto muy deportivo y seguro. Justina no podía siquiera imaginarlas yendo a entrenar con sus equipos. Las chicas también se saludaron. Ivy, del Roedean sonrió a Justina, y a esta, casi de inmediato, le cayó bien. Las otras corredoras tenían caras de pocos amigos, y se estaban dando codazos para conseguir la mejor posición en la línea de salida.

Parecía que todo el colegio se había reunido alrededor del gimnasio para ver la carrera: desde las niñas de primer año hasta las de sexto

curso, padres y profesores también. Justina vio a la señorita Morris con *Sabre*, a *monsieur* Pierre con un sombrero panamá, a Helena Bliss con el pelo suelto, intentando parecer una estrella de Hollywood, a Dorothy saludando desde las escaleras y —¡bien!, ¡hurra!—, allí estaba su padre, junto a la señorita De Vere, más alto que todos los demás, diciendo hola con la mano y sonriendo. Justina le devolvió el saludo y, de repente, se sintió capaz de cualquier cosa.

La señorita Heron hizo sonar el silbato y dio comienzo la carrera. Con los nervios, Justina empezó demasiado rápido y tuvo que obligarse a contenerse y seguir su plan de actuación. Podía ver la coleta rubia de Rose por delante de ella, con la cabellera pelirroja de Moira al lado. Stella iba con Justina, acompasando su paso al de su amiga. Mientras bajaban la colina hasta la arboleda, algunas de las corredoras dieron la impresión de estar ya cansadas. Pero Justina y Stella tenían una ventaja: conocían el recorrido. Siguieron trotando por el camino, ahora seco y polvoriento bajo sus pies. Cuando pasaron junto a la torre, Justina pensó en todas las aventuras nocturnas que había pasado en Highbury House, la ocasión en la que fue a la torre a medianoche, cuando se quedó encerrada allí con Dorothy, y la noche en la Guarida del Contrabandista, la fuga por el pasadizo y la huida alocada por el cementerio. Ese día, sin embargo, todas esas historias iban a quedar atrás: la carrera era lo único que importaba.

Rodearon la torre y empezaron a subir la cuesta. Justina y Stella sobrepasaron a unas cuantas corredoras más que habían empezado muy rápido y ahora lo estaban pasando mal. Las que llevaban la delantera casi llegaban ya al gimnasio. Justina pudo distinguir a Ivy al frente del grupo, seguida por Rose, Moira y otra chica a la que no conocía. Luego iba otro grupo de cuatro chicas, y detrás, Justina y Stella. Estaban entre las diez primeras, pero aún quedaba mucha carrera.

Cuando llegaron al gimnasio, la multitud rugió de manera ensordecedora. Justina incluso creyó distinguir la voz de su padre, y la de Dorothy, en medio de la algarabía general. Apretó el paso entonces, alentada por el apoyo que recibía, pero, cuando empezaban a bajar por segunda vez la colina hacia la torre, sintió un pinchazo, un dolor punzante en el costado. Intentó no pensar en él, controlando su respiración, tal y como la señorita Heron les había enseñado. Tenía que hacerlo bien, delante de todas sus compañeras, delante de las profesoras, delante de su padre. Increíblemente, unos centenares de metros más adelante, el dolor pareció remitir… o puede que Justina en realidad ya no lo notara. Cuando rodeaban la torre por segunda vez, Justina se adelantó a Stella. Ya solo quedaban cinco corredoras por delante de ella. Rose se estaba quedando atrás e Ivy, Moira y otras dos niñas iban por delante. Justina pensó que estas dos corredoras

eran Jennifer Fortescue del Roedean y Penny Meaker, del Totteridge Towers. Debería de haber otra corredora del Highbury House entre las cinco primeras. Se forzó a exigir a sus piernas un último esfuerzo e ir más deprisa. A medio camino, en la cuesta de la colina, pasó a Rose, aún corriendo con valentía pero un poco tambaleante, como si estuviera agotada.

—¡Vamos, Justina! —jadeó Rose—. ¡Adelante!

Justina sintió como si estas palabras la empujaran hacia delante. Pensó en el señor Arthur, cuando le dijo «No debes obsesionarte tanto con Rose», pero ahora Rose estaba de su lado, deseando que todo le saliera bien. Pensó en las palabras de la señorita Heron, cuando le dijo «No se trata de que seas buena haciendo deporte. Se trata de tu fuerza de voluntad». Y, de nuevo, en el señor Arthur: «Recuerda, eres una detective, y los detectives nunca se rinden». Ya podía escuchar a la gente gritando y pensó en su padre, animándola: *«Veritas et fortitudo»*, eso era lo que siempre decía. Verdad y valor. Bajó la cabeza e intentó recobrarse para hacer un último esfuerzo y un último esprint.

Pasó a Penny Meaker y luego, de repente, se vio a la altura de Moira y Jennifer. Moira parecía cansada, pues Justina podía ver hasta qué punto le costaba seguir adelante y el esfuerzo que le suponía, pero Jennifer no paraba: tenía un gesto que revelaba decisión y determinación.

—¡Vamos, Justina! —dijo Moira, casi sin aliento, igual que le había gritado Rose.

Justina recordó a Moira blandiendo el rodillo de amasar en la cocina de la Guarida del Contrabandista; se acordó de las cinco corriendo por el camino de la costa en mitad de la niebla. Solo quedaban unos cuantos metros. Ivy ya había acabado. A Justina le ardían las piernas y parecía que el corazón se le iba a salir por la garganta. Pero buscó fuerzas donde ya no quedaban y, de algún modo, consiguió esprintar para adelantar a Jennifer y conseguir el segundo puesto sobre la línea de meta.

Justina se derrumbó en la hierba. Escuchó a la señorita Heron decir:

—¡Bien hecho, Justina! ¡Lo conseguiste!

Pero la sangre le estaba palpitando en los oídos y le resultaba difícil entender nada. Vio a Jennifer cruzar la línea de meta, seguida de cerca por Moira, y luego llegó Penny Meaker, con Rose, haciendo un esfuerzo sobrehumano en el esprint, pisándole los talones; tras ellas llegaron una chica del Roedean y Stella, prácticamente a la par. Una corredora del St. Margaret llegó después, y tras ella otra chica del Roedean. Luego hubo que esperar un buen rato hasta que las siguientes subieran la cuesta. Las chicas del equipo de campo a través de Highbury House permanecían juntas, inclinadas unas sobre los hombros de las otras, intentando recuperar el aliento.

—¿Cómo hemos quedado? ¿Cuál es el resultado final? —dijo Moira —. Yo creo que estamos todas entre las diez primeras, pero me parece que el equipo del Roedean también.

—La señorita Heron y las otras profesoras están haciendo la clasificación —dijo Stella.

Se acercaron al gimnasio y vieron a la señorita Heron y al resto de profesoras de deporte reunidas. La señorita De Vere estaba también allí, con un megáfono en la mano. Había también un hombre con gafas al que habían presentado antes como el juez de la carrera. La señorita Heron le entregó un trozo de papel; el hombre lo examinó con cuidado y luego se lo pasó a la señorita De Vere, que levantó el megáfono.

—Tengo en mi mano los resultados de la carrera de campo a través —anunció, y su voz amplificada rebotó contra los muros de ladrillo del gimnasio. Justina, Stella, Moira y Rose se cogieron de las manos—. Enhorabuena a todas las participantes de esta extraordinaria carrera —añadió la señorita De Vere, y sus últimas palabras se repitieron en un eco, «arrera, era, era…»—. Los resultados son: St. Margaret, ocho puntos. —Aplausos dispersos—. Totteridge Towers, trece puntos.

Más aplausos. Rose estaba apretando la mano de Justina con tal fuerza que esta pensó que jamás recuperaría su forma habitual.

—Roedean, cuarenta y siete puntos.

Fuerte aplauso. Era una puntuación enorme, tan alta que Justina aún tardó unos segundos en darse cuenta de que si el colegio Roedean había conseguido el segundo puesto, eso significaba que…

—Y el equipo ganador es… Highbury House, con cuarenta y ocho puntos.

Las chicas se volvieron locas, gritando, aullando y abrazándose unas a otras. La señorita Heron se acercó enseguida y las felicitó dándoles golpecitos en la espalda.

—¡Bien hecho, equipo! ¡Por un punto! Bueno, si Justina no hubiera hecho ese último esprint…

—¡Lo conseguiste, Justina! —dijo Stella, abrazándola otra vez.

—Lo hemos conseguido todas —apuntó Justina. Sentía como si hubiera abandonado su cuerpo y estuviera flotando allá arriba, en el cielo azul del mes de abril. Entre la bruma de la alegría, vio a su padre caminar hacia ella.

—Enhorabuena, Justina —le dijo, y la abrazó fuerte—. Enhorabuena a todas. Una actuación fabulosa de todo el equipo.

Los otros padres también acudieron y rodearon a las chicas. La madre de Rose, elegante con un dos piezas rosa; la madre de Stella, sonriendo generosamente, con un crío a cada lado; los padres de Moira, ambos pelirrojos, y su padre luciendo un *kilt* escocés.

—¡Bien hecho, Justina! —gritó una voz grave, y Justina vio

entonces a los padres de Dorothy, con John sonriendo alegre a su lado. Justina llevó a su padre con ellos, para presentárselo. La madre de Dorothy le dio un encantador abrazo y John dijo:

—Bueno, no está mal para ser chica…

—Un día te echaré una carrera —dijo Justina.

La señorita De Vere se reunió enseguida con todos ellos.

—Enhorabuena, Justina —dijo—. Una carrera realmente excepcional.

—Gracias… —murmuró Justina, pero la señorita De Vere ya se había vuelto para hablar con su padre.

—Supongo que estarás orgulloso de tu hija, Herbert.

—Por supuesto que sí, Dolores.

¿Herbert? ¿Dolores? ¿Qué demonios estaba pasando allí? Pero antes de que Justina pudiera decir nada, Rose y Moira se abalanzaron sobre ella.

—¡Ya ha salido la clasificación!

Se cogieron de la mano y las tres corrieron hasta el gimnasio: la clasificación estaba colgada en la puerta. Stella ya se encontraba allí, sujetando a su hermana pequeña en brazos.

Y allí estaba, en negro sobre blanco:

1. Ivy Robin, Roedean: 16 puntos
2. Justina Jones, Highbury House: 15 puntos
3. Jennifer Fortescue, Roedean: 14 puntos
4. Moira Campbell, Highbury House: 13 puntos
5. Penny Meaker, Totteridge Towers: 12 puntos
6. Rose Trevellian-Hayes, Highbury H.: 11 puntos
7. Lucy-Anne Mullins, Roedean: 10 puntos
8. Stella Goldman, Highbury House: 9 puntos
9. Bella Mancini, St. Margaret: 8 puntos
10. Yvonne Hope, Roedean: 7 puntos

Primer puesto: Highbury House, 28 puntos
Segundo puesto: Roedean, 27 puntos
Tercer puesto: Totteridge Towers, 12 puntos
Cuarto puesto: St. Margaret, 8 puntos

Justina regresó al colegio del brazo de su padre. Llevaba una medalla al cuello. No era una medalla olímpica, pero tenía que admitir que le

sentaba de maravilla de todos modos.

—Estuviste fabulosa —dijo Herbert Jones—. Menudo final. No sabía que fueras tan buena atleta.

—No lo soy —dijo Justina—. Fue cosa de la señorita Heron, en realidad. Ella creía que yo podía hacerlo, así que lo hice.

—La señorita De Vere me ha dicho que has tenido otro trimestre bastante emocionante —dijo su padre—, atrapando a otra asesina…

—Ya lo sabes todo —dijo Justina—. Te lo conté en una carta.

—Pero no me contaste lo del pasadizo secreto, la detective privada y una criminal peligrosa armada…

—Preferí dejarlo para las vacaciones —dijo Justina—. Quería contártelo bien.

—Sí, es una buena historia —concedió su padre—, pero resulta bastante preocupante.

—Bueno, fuiste tú el que me dijiste que vigilara a la señorita Robinson —dijo Justina—. ¿Por qué me dijiste eso? ¿Sospechaba la señorita De Vere de ella? ¿Era de eso de lo que te quería hablar cuando viniste en el día libre?

—Sí —contestó Herbert Jones—. Entre otras cosas. Dolores… la señorita De Vere, quiero decir, estaba empezando a pensar que la nueva celadora no era lo que decía ser. Me preguntó si la conocía o me había cruzado con ella en mi trabajo. Yo no la conocía, pero ahora creo que debe de ser una detective privada que trabaja para alguno de mis abogados. Su nombre en clave es Florence Nightingale, porque a menudo se disfraza de enfermera, como lo era la famosa Florence.

—Me cae muy bien —dijo Justina—. Me envió una linterna nueva.

—Bueno, espero que no la utilices para meterte en más pasadizos subterráneos —advirtió su padre—. Procura no meterte en líos el próximo trimestre.

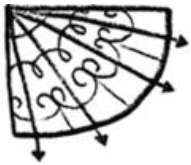
—No lo haré —dijo Justina—. El colegio es aburridísimo la mayor parte del tiempo.

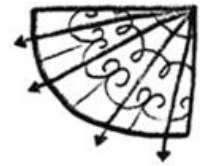
Pero, cuando se iban acercando al edificio principal del colegio, con ladrillos rojos, dorados con la luz del sol, se descubrió pensando que estaba casi deseando que llegara el trimestre estival.

Notas

[1] Es el principio del famoso discurso de Marco Antonio en el drama *Julio César*, también de William Shakespeare.

[2] Poema de John Donne (1572-1631).





Agradecimientos

Los libros de Justina Jones están inspirados en mi madre, Sheila, que fue a un internado en la década de 1930. El padre de Sheila, mi abuelo, era actor, no abogado, pero en muchos aspectos creo que ella era como Justina. A Sheila le encantaban las historias policíacas, pero, al contrario que Justina, nunca tuvo la suerte de encontrarse con un cadáver en su colegio. Highbury House es un internado completamente imaginario, como todos los personajes del libro. La única excepción es Ivy Robin, una alumna del Roedean y campeona de atletismo, que aparece en una versión juvenil de sí misma.

Los libros siempre son el resultado de un esfuerzo colectivo, y me gustaría agradecer el trabajo de todos los empleados de Hachette Children, por su confianza en mí y por su labor en estos libros; sobre todo, quiero dar las gracias a mi fabulosa editora, Sarah Lambert, cuyas sabias sugerencias convirtieron este libro en algo mucho mejor de lo que era, y a Dom Kingston, extraordinario publicista y la mejor compañía en la promoción. Gracias enormes, como siempre, a mi maravillosa agente, Rebecca Carter, que ha creído en estos libros desde el principio.

Gracias también a Allison Padley por el diseño de cubierta y a Nan Lawson por la fabulosa ilustración. Cuando estaba en el colegio, mi madre solía escribir historias sobre una joven espía llamada Nan Lawes. Me gusta pensar que la similitud de los nombres no es una simple coincidencia.

Gracias y mucho amor, siempre, a mi marido Andrew y a nuestros hijos, Alex y Juliet. Este libro está dedicado a Gabriella y a Rafael, los bisnietos de Sheila.

Y, finalmente, gracias a ti, lector, y a todo el mundo que lee y disfruta estos libros. Tu confianza significa muchísimo para mí.

¡Busca en tu librería la primera aventura de Justina Jones!

Criadas desaparecidas, profesoras sospechosas, una tormenta de nieve para morirse...

... y una intrépida chica llamada Justina Jones, superlista y superentrometida.

Esto es solo el principio de sus emocionantes aventuras en el internado de Highbury House.

¿Quieres seguir disfrutando con
LOS MISTERIOS DE JUSTINA JONES?

¡No te pierdas las últimas novedades
y su próxima investigación
en www.maeva.es!

HIGHBURY HOUSE

MAEVA

Título original: *A GIRL CALLED JUSTICE: THE SMUGGLERS' SECRET*
© Elly Griffiths, 2020
© Nan Lawson, 2020
© Traducción: José C. Vales, 2023

© MAEVA EDICIONES, 2023
Benito Castro, 6

28028 MADRID

emaeva@maeva.es
www.maeva.es

Extracto del poema *Ningún hombre es una isla* de John Donne, publicado originalmente en 1624.

MAEVA defiende el *copyright* ©.
El *copyright* alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores.
Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del *copyright* y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que MAEVA continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN ebook: 9788419110978

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S. L.
www.mtcolor.es

Maeva en digital

Para saber más sobre las últimas novedades, noticias, próximos lanzamientos o nuestros puntos de venta visita:
www.maeva.es

Maeva Ediciones en las redes sociales